

EL VIENTO EN LOS SAUCES.

Kenneth Grahame.

TABLA DE CONTENIDOS

LA ORILLA DEL RÍO

EL CAMINO ABIERTO

EL BOSQUE SALVAJE

EL SEÑOR TEJÓN

DULCE DOMUM

EL SEÑOR SAPO

EL FLAUTISTA EN LAS PUERTAS DEL AMANECER

LAS AVENTURAS DEL SAPO

VIAJEROS TODOS

LAS NUEVAS AVENTURAS DEL SAPO

COMO TORMENTAS DE VERANO LLEGARON SUS LÁGRIMAS.

EL RETORNO DE ULISES

I

LA ORILLA DEL RÍO

El Topo pasó trabajando muy duro toda la mañana, haciendo la limpieza de primavera de su casita. Primero con escobas, luego con plumeros; luego sobre escaleras, escalones y sillas, con un cepillo y un balde de agua de cal para blanquear; hasta que tuvo polvo en la garganta

y los ojos, y salpicaduras blancas por todo su pelaje negro, dolor de espalda y brazos cansados. La primavera bullía en el aire sobre él, por debajo en la tierra y a su alrededor, impregnando su casita oscura y humilde con su espíritu de divino descontento y añoranza. No es de extrañar que de golpe lanzó su cepillo al suelo y dijo «¡Qué molesto!» y «¡Caracoles!» y también «¡Basta de limpieza!» y salió corriendo de la casa sin siquiera esperar para ponerse un abrigo.

Algo le estaba llamando imperiosamente desde arriba y se dirigió hacia el túnel pequeño y empinado que hacía las veces del camino de grava que hay en las residencias de otros animales que están más cerca del sol y del aire. Así que raspó, araño y rascó y raspó y luego rascó de nuevo y araño y rascó y raspó, trabajando afanosamente con sus patitas y murmurando para sí mismo: «¡Arriba vamos! ¡Arriba vamos!» hasta que, por fin, ¡pop! su hocico salió a la luz del sol, y se encontró rodando en la cálida hierba de una gran pradera.

«¡Esto está bien!», se dijo a sí mismo. «¡Es mejor que blanquear!». La luz del sol calentaba su piel, suaves brisas acariciaron su frente acalorada, y después del encierro del sótano en el que había vivido tanto tiempo, el canto alegre de los pájaros retumbaba en sus oídos casi como un grito. Saltando en sus cuatro patas a la vez, con alegría de vivir y la delicia de la primavera sin tener que hacer limpieza, prosiguió su camino a través de la pradera hasta llegar al seto del otro lado.

—«¡Espera!» — dijo un conejo anciano que cuidaba la entrada. — ¡Seis peniques por el privilegio de pasar por el camino privado!

Fue arrollado en un instante por el impaciente y desdeñoso Topo, que trotaba por el lado del seto, rozando a los otros conejos mientras se asomaban apresuradamente desde sus madrigueras para ver el motivo del alboroto.

—¡Salsa de cebolla! ¡Salsa de cebolla! —observó burlonamente, y se fue antes de que pudieran pensar en una respuesta completamente satisfactoria. Entonces todos comenzaron a quejarse unos de otros.

—¡Qué tonto eres! ¿Por qué no le dijiste...?

—Bueno, ¿por qué no le dijiste tú que...?

—¡Le pudiste recordar que...!

Y así sucesivamente, pero, por supuesto, para entonces era demasiado tarde, como suele suceder.

Todo parecía demasiado bueno para ser verdad. De aquí para allá deambulaba sin cesar a través de la pradera, a lo largo de los setos, a

través de los bosquecillos, encontrando pájaros construyendo, las flores brotando, las hojas despuntaban. Todos felices, progresando y ocupados.

Y en lugar de tener un remordimiento de conciencia que le susurrase «¡A limpiar!», de alguna manera solo podía sentir la felicidad de ser el único ocioso entre todos estos ciudadanos ocupados. Después de todo, la mejor parte de unas vacaciones quizás no sea tanto descansar, sino ver a todos los demás ocupados trabajando.

El Topo pensó que su felicidad estaba a tope cuando, mientras deambulaba sin rumbo fijo, de repente se detuvo al borde de un río caudaloso. Jamás en su vida había visto un río antes. Este animal elegante, sinuoso, de cuerpo completo, persiguiendo y riéndose, agarrando cosas con un gorgoteo y dejándolas con una risa, para lanzarse sobre nuevos compañeros de juego que se liberaban de él y eran atrapados y retenidos nuevamente.

Todo era una sacudida y un escalofrío; destellos, centelleos y resplandores, susurros y remolinos, parloteos y burbujeos. El Topo estaba hechizado, en trance, fascinado. A la orilla del río iba trotando como uno lo hace cuando es muy pequeño, al lado de un hombre que lo tiene embelesado por historias emocionantes; y cuando por fin se cansó, se sentó en la orilla, mientras el río aún hablaba con él, una procesión balbuceante de las mejores historias del mundo, enviadas desde el corazón de la tierra para ser contadas por fin al mar insaciable.

Mientras se sentaba en la hierba y miraba al otro lado del río, un agujero oscuro llamó su atención en la orilla opuesta, justo sobre el borde del agua, y se puso a considerar qué agradable cómodo lugar para vivir sería para un animal con pocas necesidades tener una vivienda junto al río, por encima del nivel del agua y alejada del ruido y el polvo. Mientras miraba, algo brillante y pequeño pareció brillar en el fondo, se desvaneció y luego brilló una vez más como una pequeña estrella. Pero difícilmente podría haber una estrella en un lugar tan improbable; y aquello era demasiado brillante y pequeño para una luciérnaga. Luego, mientras miraba, le hizo un guiño, y así se dio cuenta de que es un ojo; y un pequeño rostro comenzó gradualmente a aparecer alrededor de él, como un marco alrededor de un cuadro.

Una cara marrón, con bigotes.

Una cara redonda y seria, con el mismo brillo en sus ojos que primero había llamado su atención.

Orejas pequeñas y pulcras y cabello espeso y sedoso.

¡Era una Rata de agua!

Entonces los dos animales se pusieron de pie y se miraron con cautela.

—¡Hola, Topo! —dijo la Rata.

—¡Hola, Rata! — contestó el Topo.

—¿Te gustaría venir? — preguntó la Rata en ese momento.

—Oh, estaría muy bien hablar—, dijo el Topo, bastante malhumorado, pues el río era algo nuevo, además de la vida ribereña y sus costumbres.

La Rata no dijo nada, pero se inclinó y desató una cuerda y tiró de ella; entonces ágilmente subió a un pequeño bote que el Topo no había visto. estaba pintado de azul por fuera y blanco por dentro, y era del tamaño justo para dos animales; y al Topo le robó el corazón, que se acercó a él de inmediato, aunque todavía no entendía para qué se usaba.

La Rata remó rápidamente y aceleró. Luego le tendió al Topo su pata delantera con cautela.

—Apóyate en eso! —, dijo. —Ahora salta rápido!

Y el Topo, para su sorpresa, se encontró sentado en la popa de un barco de verdad.

—¡Ha sido un día maravilloso! — dijo a la Rata mientras ésta se alejaba y tomaba los remos.

—Sabes? Nunca antes había estado en un bote.

—¿Qué? — gritó la Rata, con la boca abierta — Nunca he estado en un... nunca... bueno, ¿qué has estado haciendo?

—Entonces, ¿Es tan agradable? — preguntó el Topo tímidamente, aunque estaba dispuesto para creérselo mientras se recostaba en su asiento y examinaba los cojines, los remos, los remos y todos los accesorios fascinantes, y sintió que el bote se balanceaba ligeramente debajo de él.

—Agradable? Es lo único. — dijo la Rata solememente, mientras se inclinaba hacia adelante para tomar su remo. — Créeme, mi joven amigo, no hay nada, nada en absoluto, que valga tanto la pena como simplemente jugar en los barcos. Simplemente jugar, —continuó soñadoramente: — Navegar... en barcos... navegando...

—¡Mira hacia adelante, Rata! — gritó el Topo de repente.

Era demasiado tarde. El bote golpeó fuertemente la orilla. La soñadora y gozosa remera, yacía de espaldas en el fondo del bote, con las patas al aire.

—Navegar en botes o remar—, continuó la Rata tranquilamente, levantándose con una risa agradable—. Dentro o fuera de ellos, no importa. Nada parece importar realmente y ese es el encanto. Si te escapas, o no lo haces; si llegas a tu destino o a otro lugar, o si nunca llegas a ningún lugar, siempre estás ocupado y nunca haces nada en particular; y cuando lo hayas hecho, siempre hay algo más que hacer, y puedes hacerlo si quieres, pero será mucho mejor que no. ¡Mira! Si realmente no tienes nada más a mano mañana, ¿qué tal si nos tiramos al río juntos pasamos el rato?

El Topo movió los dedos de los pies de pura felicidad, abrió el pecho con un suspiro de satisfacción y contento, se recostó felizmente en los suaves asientos.

—Qué día estoy teniendo! —Dijo. —¡Empecemos de una vez!

—¡Espera un momento! —dijo la Rata—. Hizo un nudo a través de un anillo en su embarcadero, subió a su agujero y después de un rato reapareció tambaleándose debajo de una gruesa canasta de mimbre con el almuerzo.

—Pon eso bajo tus pies —dijo al Topo, mientras pasaba la canasta al barco. Luego desató el nudo y volvió a tomar los remos.

—¿Qué hay dentro? —preguntó el Topo, observando con curiosidad.

—Hay pollo frío adentro—, respondió la Ratita;

lenguafríajamónfríocarnederesenescabechepepinillosensaladarollo
francesessándwichderessmanchascarnejengibrecervezalimonadasodaagua.
..

Gritó el Topo embelesado: —¡Esto es demasiado! —

—¿De verdad lo crees? —preguntó la Ratita — Es sólo lo que siempre llevo en estas pequeñas excursiones; y los otros animales ¡siempre me dicen que soy muy tacaña y calculo siempre por debajo!

El Topo nunca escuchó una palabra de lo que decía. Absorbido en la nueva vida que estaba teniendo, embriagado con el brillo, las ondas, los olores, los sonidos y la luz del sol, mientras ponía una pata en el agua y soñaba despierto.

La Ratita, como buena muchacha que era, remaba constantemente y no lo molestaba.

—¡Me gusta mucho tu ropa, chico! —le dijo al cabo de media hora más o menos—. Me voy a comprar un traje de terciopelo negro uno de estos días, en cuanto pueda.

—Perdona —dijo el Topo, tratando de volver a la realidad—. Pensarás que soy un maleducado, pero todo esto es tan nuevo para mí. Así que... ¡esto... es... un río!

—El río —le corrigió la Rata.

—¿Y realmente vives junto al río? ¡Qué buena vida!

—Junto a él y con él, sobre él y dentro de él—dijo la Rata—. Para mí es como un hermano, tíos y demás familia, y mi comida y bebida y (naturalmente) mi lavadero. Es mi mundo y no deseo ningún otro. Lo que el río no contiene, no vale la pena poseerlo, y lo que él no conoce, no merece la pena que se conozca. ¡Ay, Señor! ¡Lo bien que nos lo hemos pasado juntos! Tanto en invierno como en verano, en primavera como en otoño, siempre resulta divertido y emocionante. Lo mismo si vienen las crecidas de febrero, y las bodegas y sótanos rebosan de un líquido que no me sirve de nada, y las aguas turbias pasan por delante de la ventana de mi habitación principal; como cuando todo remite, dejando atrás trozos de barro que huelen a tartas de frutas, y las algas y los herbajos atascan los canales, y puedo pasar el rato caminando por la mayor parte de su lecho en busca de comida fresca y recogiendo cosas que la gente descuidada ha dejado caer de sus botes.

—¿Y no es aburrido a veces? —se preguntó tímidamente el Topo—. Sólo tú y el río, sin nadie más con quien hablar.

—Nadie más con quien... Bueno, tengamos la cuenta en paz —dijo la Rata con indulgencia—. Eres nuevo aquí y no entiendes de esto, claro. Hoy en día vive tanta gente en las orillas, que muchos tienen que mudarse. ¡Vamos, que ya no es como antes! Hay nutrias, martines pescadores, somorgujos, gallinetas, que pasan el día por ahí y siempre se empeñan en que hagas algo. ¡Como si uno no tuviera asuntos propios que atender!

—¿Qué hay ahí? —preguntó el Topo, señalando con la pata un fondo de árboles que ponían un marco oscuro a las vegas de un lado del río.

—¿Aquellos? ¡Ah, pues el Bosque Salvaje! —dijo la Rata secamente—. La gente de las orillas no vamos mucho por allí.

—¿No son..., no son muy agradables los de ahí? —dijo el Topo un poco nervioso.

—Bueno... —contestó la Rata—, verás. Las ardillas están bien. Y los conejos... depende, porque entre los conejos hay de todo. Y además está el Tejón, por supuesto. Vive en el mismísimo corazón del bosque y no cambiaría su morada, aunque le pagasen por ello. ¡Tan agradable el Tejón! Nadie se mete con él. Más les vale —añadió, en tono significativo.

—¿Por qué? ¿A quién se le iba a ocurrir meterse con él? —preguntó el Topo.

—Bueno... hay... hay otros —explicó la Rata con cierto titubeo—. Comadrejas, armiños, zorros y otros animales por el estilo. Están bien, hasta cierto punto... yo me llevo bien con ellos y siempre nos saludamos cuando nos vemos, y eso... pero a veces se descontrolan, por qué vamos a negarlo, y entonces... bueno, no te puedes fiar de ellos, eso es un hecho.

El Topo sabía muy bien que va en contra de la etiqueta animal insistir por adelantado en posibles problemas, incluso para evadirlos; así que dejó el tema.

—¿Y más allá del Bosque Salvaje? —preguntó— Donde todo es azul y oscuro, y se ven colinas o algo así, además de algo semejante al humo de las ciudades, ¿O son sólo las nubes?

—Más allá del Bosque Salvaje viene el ancho Mundo —dijo la Rata—. Y eso es algo que no nos importa, ni a ti ni a mí. Yo nunca he estado allí, y yo nunca me iré, ni tú tampoco, si tienes algo de sentido común. Nunca te refieras a eso otra vez por favor. ¡Ahora bien! Aquí está por fin nuestro remanso, donde vamos a almorzar.

Dejando la corriente principal, pasaron a lo que a primera vista parecía un pequeño lago sin salida al mar. Césped verde inclinado hacia cada borde, raíces de árboles marrones serpenteantes brillaban bajo la superficie del agua, mientras que delante de ellos el flujo plateado y la espumosa caída de una presa, junto con una inquieta rueda de moler que goteaba, que sostenía a su vez un molino de techos grises, llenó el aire con un murmullo relajante de sonido, aburrido y sofocante, pero con vocecitas claras que hablan alegremente de él en pequeños intervalos. Era tan hermoso que el Topo solo alzar ambas patas delanteras y jadear, «¡Oh, oh, oh Dios mío!».

La Rata acercó el bote a la orilla, lo ató, ayudó al torpe Topo a desembarcar y sacó la cesta de la comida. El Topo pidió como favor que se le permitiera preparar todo él solo; y la Rata estaba muy encantada en complacerlo y en tumbarse sobre la hierba y descansar, mientras su amigo emocionado sacudió el mantel y lo extendió, sacó todos los misteriosos paquetes uno por uno y arregló su contenido en el debido orden, todavía jadeando, «¡Oh, Dios mío!» «¡Oh, Dios mío!» en cada nuevo descubrimiento. Cuando todo estuvo listo, la Rata dijo:

—Ahora, prueba, amigo— Y el Topo estaba realmente feliz de obedecer, porque había comenzado con la limpieza muy temprano esa mañana, como suele hacer la gente, y no se había detenido para comer ni beber; y había pasado por muchas cosas desde aquel momento, que ahora parecía que fue hace muchos días.

—¿Qué estás viendo? —le dijo luego la Ratita, cuando habían comido bastante y los ojos del Topo pudieron desviarse un poco del mantel.

—estoy viendo —dijo el Topo— una hilera de burbujas que van moviéndose por la superficie del agua. Es muy raro.

—¿Burbujas? ¡Eh! —dijo la Rata, dando un grito de alegría a modo de invitación. Por encima de la pendiente apareció un hocico ancho y brillante, y la Nutria salió sacudiéndose el agua de su abrigo de piel.

—¡Glotones! —les dijo, acercándose a la canasta de la comida—. ¿Por qué no me invitaste, Ratita?

—Ha sido algo improvisado —le explicó la Rata—. A propósito, éste es mi amigo, el señor Topo.

—Orgullosa de conocerle —dijo la Nutria, y los dos animalitos se hicieron amigos. —¡Qué alboroto hay por todas partes! —añadió la Nutria—. Parece que a todo el mundo se le ha ocurrido venir hoy al río. Me acerqué a esta orilla para buscar un poco de paz, y me tropiezo de frente con ustedes. Perdón... no quise decir eso, créanme.

Detrás de ellos se oía un crujido procedente de un seto en el que todavía estaban las hojas del año pasado, y apareció una cabeza a rayas sobre unos anchos hombros.

—¡Acércate, viejo Tejón! —gritó la Rata.

El Tejón avanzó uno o dos pasos y gruñó:

—¡Ejem! Tenemos compañía. Y dándose la vuelta, desapareció de la vista.

—¡Ese es el tipo de persona que es! —dijo desilusionada la Rata—. ¡No le gusta la sociedad! no lo veremos más hoy. Bueno, y dinos, ¿quién vino hoy al río?

—Para empezar, el Sapo —contestó la Nutria—. En su flamante bote. Con ropa nueva. ¡Todo nuevo! Los dos animalitos se miraron y se echaron a reír.

—Al principio, sólo le gustaba navegar —dijo la Rata—. Cuando se cansó de eso, le dio por ir pateando cosas. Sólo le gustaba patear, todos los días y a todas horas. ¡Y se metía en muchos problemas! El año pasado se le antojó que fuésemos a su casa-bote, y todos tuvimos que ir a pasar unos días en su casa-bote, y hacer como si nos gustara. Decía que se iba a pasar el resto de su vida en un barco. Siempre le pasa lo mismo, haga lo que haga; se aburre de eso, y empieza con otra cosa.

—Es un buen muchacho —dijo la Nutria muy pensativa—, pero le falta estabilidad... ¡sobre todo en barco! Desde donde estaban sentados

podían ver, por detrás de la isla que los separaba de ella, la corriente principal del río y en aquel momento apareció un bote; el remero (una figura pequeña y regordeta) trabajaba muy duro, aunque salpicaba y se balanceaba mucho. La Rata se levantó y lo llamó, pero el Sapo (que era el remero) negó con la cabeza y siguió remando sin hacerles caso.

—Si sigue balanceándose así, se va a caer al agua —dijo la Ratita mientras se sentaba de nuevo.

—Por supuesto que lo hará— se rio la Nutria entre dientes—. ¿Alguna vez te conté esa buena historia sobre al Sapo y al portero? Sucedió de esta manera: el Sapo... Una Mosca revoloteaba a contra corriente de esa manera embriagadora que tienen las jóvenes Moscas cuando descubren la vida. Hubo un remolino de agua, un «¡glup!», y la Mosca desapareció... También lo hizo la Nutria.

El Topo miró hacia abajo. Aún sonaba en sus oídos la voz de la Nutria, pero el césped donde había estado acostada se encontraba vacío. Y no había ni una Nutria a la vista en el horizonte. Pero de nuevo apareció la racha de burbujas en la superficie del agua. La Rata tarareó una melodía, y el Topo recordó que la etiqueta animal prohibía cualquier comentario sobre la repentina desaparición de un amigo en cualquier momento, por cualquier razón, o sin razón alguna.

—En fin —dijo la Rata—. Va siendo hora de que nos vayamos. ¿Quién puede recoger la canasta de comida? Ella no parecía demasiado animada en hacerlo.

—¡por favor, déjamelo a mí! —dijo el Topo. Y por supuesto, la Rata lo dejó.

Empaquetar la canasta no era un trabajo tan placentero como desempacarla. Nunca lo es. Pero el Topo estaba empeñado en disfrutar de todo; aunque justo cuando había acabado de llenar la canasta y la había atado para que quedase bien segura vio un plato en medio del césped mirándole fijamente; y cuando lo guardó, la Rata señaló un tenedor que nadie había visto y, por último, ¡he aquí!, el tarro de mostaza, sobre el que había estado sentado todo este tiempo sin darse cuenta. Pero acabó de recoger todo sin demasiada complicación.

El sol de la tarde se estaba poniendo mientras la Ratita remaba suavemente hacia su casa, animada y susurrando poemas sin prestar mucha atención al Topo. Pero el Topo estaba muy lleno de comida, satisfacción y orgullo, y muy a gusto en el barco (o eso le parecía), y además empezó a ponerse nervioso. Y por fin dijo:

—¡Ratita, por favor, deja que yo reme! La Rata sacudió la cabeza sonriendo.

—Aún no, amiguito —le dijo—; espera a que hayas tenido algunas lecciones. No es tan fácil como parece.

El Topo se quedó en silencio durante uno o dos minutos, pero empezó a sentir celos de la Rata, que remaba con tanta fuerza y facilidad, y su orgullo comenzó a desvanecerse. Se levantó y tomó los remos tan rápido que la Ratita, que estaba contemplando el agua y recitando sus poemas, fue tomada por sorpresa y cayó hacia atrás de su asiento con las piernas encogidas. Fue tomada por sorpresa y cayó hacia atrás de su asiento nuevamente con las patas en el aire, mientras el Topo triunfante tomaba su lugar y agarraba los remos con toda confianza.

—¡Para, estúpido! —le gritó la Rata desde el fondo del bote—. ¡No sabes hacerlo! ¡nos vamos a caer! El Topo echó los remos hacia atrás y los empujó con fuerza hacia el agua. Pero sólo tocaron la superficie y sus patas volaron por encima de su cabeza, y se cayó encima de la Rata.

Muy alarmado, agarró el costado del bote, y luego... ¡Splash! el bote volcó, y se encontró luchando para salir del río. ¡oh, qué fría estaba el agua, y qué húmeda se sentía! ¡Y cómo resonaba en los oídos a medida que se iba hundiendo! ¡Y qué brillante y reconfortante le parecía el sol cuando lograba salir hasta la superficie, tosiendo y balbuceando! ¡Y cuan grave era su desesperación cuando sentía que se hundía de nuevo! entonces, una pata lo agarró con fuerza de la nuca. Era la Rata que evidentemente se reía; el Topo sentía su risa recorriéndole el brazo hasta las patas, y de allí al cuello del Topo.

La Rata agarró un remo y lo metió debajo del brazo del Topo; luego hizo lo mismo del otro lado, y, nadando detrás de él, impulsó al indefenso animalito hasta la orilla, lo sacó del agua, y lo sentó en el césped; el Topo estaba como un bullo de pelos blando. Cuando la Rata lo frotó un poco y escurrió un poco de la humedad, le dijo: —¡Bueno, amigo! Sube y baja corriendo por el camino hasta que estés caliente y seco otra vez, mientras yo intento recuperar la cesta de comida. Así que el pobre Topo, mojado por fuera y avergonzado por dentro, trotó hasta que estuvo bastante seco; mientras tanto, la Rata se sumergía de nuevo, sacaba el bote, le daba la vuelta y la amarró en la orilla. Luego se volvió a zambullir y rescató la canasta de comida.

Cuando todo estuvo listo para comenzar de nuevo, el Topo, agotado, se sentó en la popa del bote, y mientras se ponían en marcha, dijo en voz baja y lleno de emoción:

—Ratita, mi generosa amiga, ¡Lamento mucho haberme portado de una manera tan tonta e ingrata! Mi corazón se estremece cuando pienso en cómo pudimos haber perdido esa hermosa canasta de almuerzo. ... efectivamente, me he portado como un estúpido, ¿Pasarás por alto por esta vez lo ocurrido y podrías perdonarme y que todo sea como antes?

—¡No te preocupes, muchacho! — respondió la Ratita alegramente.

—¿qué es un poco de humedad para una Rata de Agua? Estoy más tiempo dentro del agua que fuera de ella. No pienses más en ello. Y yo realmente creo que deberías venir a pasar conmigo un rato. Es una casa muy sencilla y rústica, ¡no como la Mansión del Sapo! Aunque tú aún no la has visto. Aun así, puedo hacer que te sientas cómodo y te enseñaré a remar y a nadar, y pronto serás tan hábil en el agua como cualquiera de nosotros. El Topo se sintió tan conmovido por su manera amable de hablar que no supo qué contestar, y se limpió unas lágrimas con el dorso de la pata. La Rata tuvo la delicadeza de mirar hacia otro lado. El Topo se reanimó e incluso fue capaz de responderles a dos gallinetas que se reían disimuladamente de su desaliñada apariencia. Cuando llegaron a la casa, la Rata encendió un fuego brillante en la chimenea del salón, y sentó al Topo en un sillón frente a él, después de prestarle una bata y unas pantuflas, y le contó historias del río hasta la hora de la cena. Eran historias muy emocionantes, también, para un animal terrestre como el Topo. Eran historias de presas, de inundaciones repentinas, de lucios saltarines y de barcos de vapor que tiraban botellas vacías (o, por lo menos, las botellas caían desde los barcos, así que parecía lógico que fuesen ellos quienes las tiraban), historias de garzas, y de lo peculiares que eran cuando se les hablaba; y de aventuras en los desagües, y de pescas nocturnas con la Nutria, o de excursiones muy lejos con el Tejón. La cena fue de lo más entretenida; pero muy pronto, pero muy poco después un topo terriblemente somnoliento tuvo que ser escoltado escaleras arriba por su considerado anfitrión, al mejor dormitorio, donde pronto apoyó la cabeza en la almohada con gran paz y satisfacción, sabiendo que su nuevo amigo, el río, lamía el alféizar de la ventana.

Este día fue sólo el primero de muchos similares para el liberado Topo, cada uno más largo y lleno de alegría a medida que el verano iba avanzando. Aprendió a nadar y a remar, y conoció la alegría del agua; y con el oído pegado a los cañaverales, escuchaba a intervalos lo que el viento susurraba constantemente entre ellos.

II

EL CAMINO ABIERTO

Rata —dijo el Topo de repente, una brillante mañana de verano— Quiero pedirte un favor.

La Rata estaba sentada en la orilla del río, cantando una pequeña canción. La acababa de componer él mismo, por lo que estaba muy ocupada con ella y no le prestaba la debida atención ni al Topo ni a nada más. Desde temprano en la mañana había estado nadando en el río, en compañía de sus amigos los patos. Y cuando de repente los patos sumergían la cabeza, como hacen todos los patos, ella se sumergía y les hacía cosquillas en el cuello, justo debajo de donde estarían sus barbillas si los patos tuvieran barbilla, hasta que se veían obligados a salir a la superficie a toda prisa muy enojados y agitando sus plumas, porque es imposible decir exactamente todo lo que sientes cuando tu cabeza está bajo el agua.

Finalmente le rogaron que se fuera y se ocupara de sus propios asuntos y dejara que ellos se ocuparan de los suyos. Así que la Rata se fue, se sentó en la orilla del río al sol e inventó una canción sobre ellos, a la que llamó:

CANCIONETA DE LOS PATOS

A través de los altos juncos
Los patos están chapoteando
A lo largo del remanso
Colas de patos, colas de dracos,
Pies amarillos temblando.
Picos amarillos hundidos
Ocupados en el río.

Entre la maleza verde fangosa
Donde nadan las cucarachas
Tenue despensa
Fresca y llena
Cada uno con su gusto:
Nos gusta estar cola arriba
Con el pico abajo.
En el cielo azul
Llaman y giran los vencejos.
Abajo estamos chapoteando
Arriba todas las colas.

— No sé si me guste mucho esa cancioncita, Rata. Dijo el Topo con cautela. Él no era un poeta y no le importaba quien lo supiera; además, era honesto de naturaleza.

— Tampoco a los patos — respondió alegremente la Rata. Dicen: — ¿por qué mis compañeros no pueden hacer lo que quieran, cuando quieran y como quieran, en lugar de tener que soportar a otros tipos sentados en los bancos mirándolos todo el tiempo mientras hacen comentarios sobre poesía y cosas sobre ellos? ¡qué tontería es todo esto! Eso es lo que dicen los patos.

—Tienen la razón — dijo el Topo con gran entusiasmo.

—¡No, no lo es! — gritó la Rata indignada.

—Bueno, entonces no la tienen, no la tienen — Respondió el Topo con dulzura— Pero lo que te quería preguntar era, ¿no me llevarás a visitar al sr. Sapo? He oído mucho sobre él y me encantaría conocerlo.

— Claro que sí —dijo la amable Rata poniéndose de pie y olvidando la poesía de su mente por ese día. — Saca el bote y nos iremos remando hasta allá. Nunca es mal momento para ir a visitar al Sapo. En cualquier momento del día él siempre está de buen humor, siempre contento de verte y siempre arrepentido de cuando te vayas.

— Debe ser un animalito muy agradable— dijo el Topo, mientras se subía al bote y tomaba los remos, mientras que la Rata se acomodaba en la popa.

—De hecho, es el mejor de todos —contestó la Rata. — Tan simple y bondadoso, y es muy cariñoso. Tal vez no sea muy inteligente, no todos

podemos ser genios; y es bastante vanidoso y engreído. Pero tiene algunas grandes cualidades el bueno del Sapito.

Al doblar un recodo del río, vieron una hermosa y digna casa antigua de ladrillo rojo pálido, con un césped bien cuidado que llegaba hasta la orilla del río.

—Ahí está la Mansión del Sapo —dijo la Rata— y aquel arollo a la izquierda, donde hay un cartel que dice “Privado. No se permite desembarcar”,

conduce a su cobertizo para botes, donde dejaremos el barco. Los establos están ahí a la derecha. Y aquello que estás mirando, es el salón de banquetes, muy antiguo, por cierto. Sabes, el Sapo es bastante rico, y esta es realmente una de las mejores casas por estos lugares, aunque nunca se lo admitimos al Sapo.

Se deslizaron por el remanso, y el Topo metió los remos mientras se adentraban en la oscuridad del gran cobertizo para botes. Aquí vieron muchos hermosos botes, colgados de las vigas o levantados en una grada, pero ninguno en el agua; el lugar tenía un aire de abandono.

La Rata miró a su alrededor.

—Vaya —dijo— los barcos han pasado de moda. Está cansado de eso, y los ha dejado. Me pregunto qué nueva moda ha tomado ahora. Vamos a buscarlo. Vamos a buscarlo, muy pronto nos enteraremos de todo.

Desembarcaron y caminaron por los alegres prados adornados con flores en busca del Sapo, a quien de pronto encontraron descansando en una silla de mimbre, con una expresión de preocupación en su rostro, y un gran mapa extendido sobre sus rodillas.

—¡Hurra! —gritó poniéndose en pie de un salto al verlos.

—¡Esto es espléndido! —sacudiendo las patas de ambos cálidamente, sin esperar una presentación del Topo

—¡Qué amable de su parte! —continuó, bailando a su alrededor— Iba a enviar un barco río abajo por ti, Ratita, con órdenes estrictas de traerte inmediatamente, sea lo que fuere que estuvieras haciendo. Los necesito a los dos. ¿Qué van a tomar? ¡entren y tomen algo! no saben lo afortunado que es que llegaran en este momento.

—¡Vamos a descansar un rato, Sapito! —dijo la Rata

mientras se dejaba caer a sí mismo en la silla, mientras el Topo se sentó a su lado e hizo

un comentario cortés sobre la encantadora residencia del Sapo.

—¡Es la mejor casa de todo el río! —exclamó el Sapo, y añadió sin poder contenerse— o en cualquier otro lugar.

La Rata le dio un codazo al Topo. Desafortunadamente, el Sapo lo vio hacerlo y se puso muy rojo. Hubo un silencio embarazoso. Por fin, el Sapo se echó a reír y dijo:

—Está bien, Ratita, es solo mi manera de hablar. Y no es una casa tan mala, ¿verdad? Y a ti te gusta bastante. Pero hablando de otra cosa. Ustedes son los animalitos que necesito. Tienen que ayudarme. ¡Es muy importante!

—Se trata de tu forma de remar—dijo la Rata con cara de inocencia.
— Vas mejorando mucho, aunque todavía salpicas un poco. Con mucha paciencia y un poco de entrenamiento, podrás hacerlo bien.

—¡Oh, Bah! ¡Remar! —Le interrumpió el Sapo con gran disgusto. — Jueguecitos de niños. He renunciado a eso hace mucho tiempo. pura pérdida de tiempo, eso es lo que es. Me hace sentir francamente apenado verlos a ustedes gastar tantas energías de una manera tan tonta. No, yo he descubierto algo verdaderamente bueno, lo único que vale la pena hacer en la vida. Me propongo a dedicarle el resto de mi vida, y lo único que lamento son los años malgastados en trivialidades. Ven conmigo, mi querida Ratita, y tu amable amigo también, si no le importa. Vamos hasta el patio del establo, y verán lo que es bueno. Y los llevó hasta el patio. La Rata lo siguió con una expresión de desconfianza; y ahí, en la entrada de las cuadras, vieron una carreta de gitanos, brillando como nueva, pintada de amarillo canario realzado con verde y ruedas rojas.

—¡Ahí está! —gritó el Sapo todo orgulloso. — Aquí, encerrada en este carrito, está la auténtica vida. el camino abierto, las carreteras polvorrientas, los páramos, los ejidos, el seto vivo, los montes ondulados. ¡campamentos, aldeas, pueblos, ciudades! Hoy aquí, ¡levántate y vete mañana a otro lugar! ¡Viajes, cambios, interés, emoción! ¡El mundo entero a tu alcance y un horizonte que siempre está cambiando! Y además esta es la mejor carreta de su tipo que se haya construido jamás, sin excepción. Ven y mira cómo es por dentro. ¡La diseñé yo solito!

El Topo estaba tremadamente interesado y emocionado, y lo siguió ansiosamente por los escalones al interior de la carreta. Pero la Rata se quedó dónde estaba, y metió sus manos en sus bolsillos. De hecho, todo era muy compacto y cómodo. Había unas pequeñas literas para dormir, una mesita que se doblaba contra la pared, una cocina, armarios, estanterías, una jaula con un pajarito; y jarras y teteras de todos los tamaños y variedades.

—¡Tiene de todo! —dijo triunfalmente el Sapo, mientras abría un armario. — Ves: galletas, langosta en conserva, sardinas, todo lo que pueda

desear. El agua está aquí, el tabaco allí, papel de escribir, tocino, mermelada, cartas y fichas de dominó, encontrarán—continuó mientras bajaban por los escalones, — encontrarás esta tarde que nada en lo absoluto ha sido olvidado.

—Disculpe —Dijo lentamente la Rata mientras masticaba una pajilla, — pero me parecido escuchar algo sobre nosotros, algo como «nos marchemos» y «esta tarde».

—Vamos, mi querido y viejo amigo Ratita —dijo el Sapo, implorando — no empieces a hablar de esa manera rígida y desdeñosa, porque sabes que tienes que venir. Ya sabes que no me las puedo arreglar sin ti, así que por favor considéralo resuelto y no discutas, es lo único que no puedo soportar. ¿Seguramente no querrás quedarte toda la vida en el viejo y aburrido río, y vivir en un agujero en la orilla, y remar? ¡Quiero mostrarte el mundo! ¡Voy a hacer de ti todo un animal, amigo!

—No me importa —dijo la Rata obstinada. — No voy a ir contigo, y es todo. Y voy a quedarme con mi viejo río, y a vivir en un hoyo, y a remar, como siempre lo he hecho. Además, el Topo se va a quedar conmigo, y a hacer lo que yo haga, ¿no es así, Topo?

—¡Claro que sí! —dijo el Topo con lealtad. — Siempre me quedará contigo, Ratita, y se hará lo que tú digas. Aunque, de todos modos, hubiera sido... pues eso, divertido, ¿no lo crees? —añadió con nostalgia. ¡Pobre Topo! La Vida de un Aventurera era algo tan nuevo para él y tan emocionante; y este nuevo aspecto tan tentador; y se había enamorado a primera vista de la carreta color canario y de todos sus pequeños accesorios.

La Rata se dio cuenta de lo que estaba pensando por su mente y vaciló. No le gustaba decepcionar a la gente, y se había encariñado con el Topo, y haría casi cualquier cosa para complacerlo. El Sapo los observaba a ambos de cerca.

—Pasan y almuercen un poco —dijo diplomáticamente. — Y ya hablaremos. No tenemos que tomar una decisión ahora mismo. Por supuesto, realmente no me importa. Sólo quiero complacerlos. «¡Vive para los demás!». Ese es mi lema en la vida.

Durante el almuerzo que, por supuesto era tan excelente como todo en la Mansión del Sapo, el Sapo no pudo contenerse. Ignorando a la Rata, empezó a jugar con el Topo inexperto por naturaleza y dominado siempre por su imaginación, describió las perspectivas del viaje, y las alegrías de la vida al aire libre, y los caminos, con unos colores tan brillantes que apenas el Topo podía quedarse sentado de la emoción. Y no tardaron mucho en hablar del viaje como si lo hubieran aceptado. Y la Rata, aunque todavía no estaba convencida, accedió por pura generosidad a olvidar sus propias

objeciones. No podía soportar decepcionar a sus dos amigos, ya se habían metido a fondo en planes y proyectos y tenían distribuidas las ocupaciones de cada día por las próximas semanas.

Cuando estuvieron listos, el Sapo ahora triunfante condujo a sus compañeros hasta el prado y les encargó capturar al viejo caballo tordo, quien, sin que nadie le hubiera consultado y para su podrida molestia extrema, le había tocado la tarea más polvorienta en aquella expedición. La verdad era que él hubiera preferido quedarse en el prado, y costó mucho agarrarlo. Mientras tanto, el Sapo llenó aún más los armarios con lo necesario y colgó morrales, redes de cebollas, fardos de heno y cestos por debajo de la carreta.

Finalmente consiguieron atar al caballo y se pusieron en marcha, hablando todos al mismo tiempo, ya sea caminando al lado de la carreta, o sentados en el eje, según les apetecía. Era una tarde dorada. El olor del polvo que levantaban era intenso y satisfactorio; desde los espesos huertos que bordeaban el camino, los pájaros cantaban y silbaban con alegría; algunos caminantes afables les daban los buenos días cuando se cruzaban, o se paraban y decían cosas agradables sobre la preciosa carreta; y los conejos, sentados en el umbral de sus madrigueras, exclamaban con las patas delanteras levantadas y dijeron: «¡Oh, dios mío! ¡Oh, dios mío! ¡Oh, dios mío!».

Al anochecer, cuando ya estaban cansados y felices y muy lejos de casa, se detuvieron en un remoto lugar distante de todo lugar habitado, soltaron el caballo que se fue a pastar, y cenaron sentados en la hierba junto a la carreta. El Sapo hablo mucho de todo lo que iba a hacer los días por venir, mientras a su alrededor las estrellas crecían más y más; y de repente una luna amarilla apareció silenciosa, sin que se supiera de donde, para hacerles compañía y escuchar lo que contaban. Por fin se acomodaron en sus pequeñas literas en la carreta; y el Sapo, estirándose, dijo ya medio dormido:

—¡Buenas noches, amigos! ¡Esto sí que es vida para un caballero!
¡No me hables más de tu viejo río!

—Yo no hablo de mi río —contestó la Rata pacientemente, — Pero lo pienso todo el tiempo —y añadió tristemente, en tono más bajo. — Pienso en él... ¡todo el tiempo!

El Topo se estiró por debajo de su manta, buscó en la oscuridad la mano de la Rata, y le dio un fuerte apretón, y susurró:

—Haré lo que tú quieras, Ratita. ¿Por qué no nos escapamos mañana por la mañana, temprano... muy temprano... y regresamos a nuestro querido agujerito en el río?

—No, no, aguantaremos hasta el final —murmuró la Rata. — Te lo agradezco, pero tengo que quedarme con el Sapo hasta que acabe el viaje. No sería seguro para él quedarse solo. No tomará mucho tiempo. Sus antojos nunca duran. ¡Buenas noches!

El final del viaje estaba mucho más cerca de lo que la Rata se esperaba.

Después de tanto aire libre y emoción, el Sapo durmió profundamente, y por más que le sacudieron no hubo manera de sacarlo de la cama a la mañana siguiente. Así que el Topo y la Rata se levantaron, silenciosos y decididos y, mientras la Rata se ocupaba del caballo, encendía una fogata, lavaba las tazas y platos de la cena y preparaba el desayuno, el Topo se dirigió a el pueblo más cercano, que estaba bastante lejos, por leche, huevos y otras necesidades que, por supuesto, se le habían olvidado al Sapo. El trabajo duro ya estaba hecho, y los dos animalitos agotados se sentaban a descansar un poco, en eso apareció el Sapo, descansado y alegre, y comentó lo agradable que era aquella vida fácil, comparada con las preocupaciones y cuidados que exige el llevar una casa.

Aquel día tuvieron un agradable paseo por las colinas cubiertas de hierba y por estrechos senderos y acamparon en un terreno llano, pero esta vez los dos invitados se aseguraron de que el Sapo hiciera su parte justa del trabajo. Así que, cuando se tuvieron que levantar a la mañana siguiente, el Sapo no estaba tan entusiasmado con la sencillez de la vida primitiva, y hasta intentó volverse a meter en su litera, de donde lo sacaron a la fuerza. El camino, como en los días anteriores, recorría campos y hasta el atardecer no llegaron a la carretera, su primera carretera; y entonces les sobrevino, veloz e imprevisto, un desastre decisivo para la expedición y que dejaría gran impacto en el Sapo.

Pasaban tranquilamente por la carretera principal, el Topo al lado del caballo, hablando con él, ya que el caballo se había quejado de que nadie le hacía caso, ni contaban con él para nada; el Sapo y la Rata iban caminando detrás de la carreta, —o por lo menos el Sapo hablaba y la Rata de vez en cuando decía:

«Sí, claro». «¿Y tú qué dijiste?», mientras pensaba en cosas muy distintas, —cuando detrás de ellos, en la distancia, escucharon un débil zumbido de aviso, como el de una abeja lejana. Miraron hacia atrás y vieron una nubecita de polvo con un punto negro que se movía hacia ellos a una velocidad increíble, mientras que desde el polvo se escuchaba un «pop pop» como el quejido de un animal herido. Sin apenas mirarlo, continuaron su conversación y de repente (o eso les pareció) la escena pacífica fue cambiada con un golpe de viento y un remolino de ruido que los hizo saltar hacia la zanja más cercana ¡los alcanzó! El «pop pop» resonó

con un grito ensordecedor en sus oídos, vislumbraron un reluciente y lujoso interior de Cristal, un inmenso e impresionante carroaje, conducido por un piloto aferrado a las riendas, que dominó toda la tierra y el aire durante una fracción de segundo. Levantó una nube de polvo que los cegó, y los envolvió por completo, y luego fue desapareciendo en la distancia hasta quedar de nuevo reducido a una pequeña mancha que zumbaba como una abeja.

El viejo caballo tordo que iba soñando, mientras caminaba, por su tranquilo prado, en una situación tan nueva como ésta, se dejó sencillamente llevar por sus instintos naturales. Alzándose, hundiéndose y retrocediendo rápidamente, a pesar de los esfuerzos del Topo y de los ánimos que intentó darle, condujo la carreta hacia atrás de la zanja profunda al costado del camino. Esta se balanceó un momento y luego se oyó un tremendo estruendo desgarrador... y la carreta color canario, que había sido su orgullo y la alegría del Sapo, quedó volcada en la zanja completamente destrozada.

La Rata se puso a pegar saltos de un lado al otro de la carretera, gritando furiosa y sacudiendo los puños:

—¡Salvajes! ¡Criminales, sinvergüenzas! ¡Me las van a pagar! ¡Los denunciaré! ¡Los llevaré a la corte! Su nostalgia había desaparecido casi por completo, y por un momento se imaginó ser el capitán del barco color canario que había sido empujado hacia un banco de arena por la imprudente maniobra de unos marineros rivales. Y se intentaba acordar de todos los comentarios sutiles y mordaces que solía decir a los capitanes de barcos de vapor cuando pasaban demasiado cerca de la orilla y sus estelas inundaban la alfombra del salón de su casa.

El Sapo estaba sentado muy tieso en medio de la carretera polvorienta con las patas estiradas, y miraba fijamente hacia el punto por donde desaparecía el carroaje. Respiraba jadeante y su cara tenía una expresión de satisfacción, y de vez en cuando susurraba «¡pop pop!».

El Topo estaba ocupado tratando de calmar al caballo, lo que logró hacer después de un tiempo. Luego fue a mirar la carreta, que estaba volcada en la zanja. Daba pena verla. Los paneles de las ventanas estaban destrozados, los ejes doblados sin remedio, una rueda se había roto, las latas de sardinas se habían esparcido por el ancho mundo, y el pájaro se lamentaba en su jaula y pedía que lo liberaran.

La Rata se acercó a ayudarla, pero sus esfuerzos no eran suficientes para enderezar la carreta.

—¡Eh! ¡Sapo! —gritaron. — ¡Échanos una mano! El Sapo nunca respondió ni una palabra, ni se movió de su sitio en medio de la carretera, así que fueron a ver qué le pasaba. Lo encontraron como hipnotizado, con

una sonrisa de felicidad en su cara y los ojos aún fijos en la polvorienta estela de su destructor. Todavía se le oía susurrar: «¡pop-pop!». La Rata lo sacudió por los hombros.

—Sapo, ¿Vienes a ayudarnos? —le preguntó con firmeza.

—¡Oh, visión gloriosa y emocionante! —murmuró el Sapo sin moverse. — ¡La poesía del movimiento! ¡La verdadera forma de viajar! ¡La única forma de viajar! Hoy aquí; ¡mañana, muchísimo más allá! Pasar de largo aldeas, pueblos y ciudades... ¡y un nuevo horizonte cada día! ¡Oh maravilla! ¡Oh pop pop! ¡Oh! ¡Ah!

—¡Deja ya de hacer tonterías, Sapo! —gritó el Topo desesperadamente.

—¡Y pensar que nunca lo supe! —añadió el Sapo con monotonía. — ¡Tantos años desperdiciados, y yo sin saber, ni siquiera soñé! ¡Pero ahora... pero ahora que lo sé, ahora que me he dado cuenta! ¡Oh, qué camino florido se extiende ante mí de ahora en adelante! ¡Qué de nubes de polvo surgirán detrás de mí mientras acelero por la carretera! ¡Cuántos carros volcaré en las zanjas sin que me importe, carritos feísimos, carros vulgares... carretas color canario!

—¿Qué hacemos con él? —preguntó el Topo a la Rata.

—Nada —contestó con firmeza la Rata, — porque no hay nada que hacer.

Lo conozco desde hace mucho tiempo. Ahora está hechizado. Él tiene una nueva locura, y siempre le pasa lo mismo. Seguirá así durante algunos días, como un animal que camina en un sueño feliz, totalmente inútil para cualquier propósito práctico. Déjalo. Vamos a ver qué se puede hacer con la carreta.

Cuando la inspeccionaron cuidadosamente, se dieron cuenta de que, aunque consiguieran enderezarla, la carreta no podría rodar más. Los ejes estaban en muy malas condiciones, y la rueda que se había salido estaba destrozada. La Rata ató las riendas del caballo sobre su lomo, y lo tomó por la cabeza, llevando en la otra mano la jaula con su histérico inquilino.

—¡Vamos! —le dijo malhumorado al Topo. — Sólo hay cinco o seis kilómetros hasta el pueblo más cercano, y tendremos que ir hasta allá caminando. Cuanto antes comencemos, mejor.

—¿Y el Sapo? —preguntó preocupado el Topo mientras partieron juntos. — No podemos dejarlo aquí, sentado en medio de la carretera solo, en el estado en que se encuentra. Podría ser peligroso. ¡Imagina que venga otra cosa!

—¡Que se vaya al diablo! —dijo la Rata furiosa. — ¡He terminado con él!

No habían ido muy lejos cuando oyeron detrás de ellos unos pasos, y el Sapo los alcanzó, y los agarró del brazo, jadeante y con la mirada perdida.

—¡Escucha, Sapo! —le dijo la Rata enfadada. — Tan pronto que lleguemos al pueblo, te vas a la comisaría a ver si ahí saben a quién pertenece ese carro y presentas una denuncia contra él. Y luego tendrás que ir al herrero o al carretero para que vayan a buscar la carreta y la arreglen. Llevará tiempo, pero tiene remedio. Mientras tanto, el Topo y yo iremos a una posada a buscar habitaciones cómodas para quedarnos hasta que hayan arreglado la carreta, y hasta que te recuperes del susto.

—¡Comisaría! ¡Denuncia! —murmuró el Sapo ensimismado. — ¡Yo, denunciar esa visión hermosa y celestial que me ha sido otorgada! ¡Reparar la carreta! Estoy harto de carretas. No quiero ver ni una carreta más, ni oír hablar de ellos en mi vida. ¡Ay, Ratita! ¡No te puedes imaginar lo agradecido que estoy por haber accedido a hacer conmigo este viaje! No me habría ido sin ti, y entonces nunca hubiera visto aquel... ¡aquel cisne, aquel rayo de sol, aquel trueno! ¡Nunca hubiera oído aquel fascinante ruido, ni oido aquel hechizante olor! ¡Se lo debo todo a ustedes, que son mis mejores amigos!

La Rata se apartó de él desesperadamente.

—¿Ves lo que te decía? —le dijo por encima de la cabeza del Sapo. — No tiene remedio. Me rindo. Cuando lleguemos al pueblo, iremos a la estación, y con un poco de suerte tomaremos un tren que nos lleve esta misma noche a la Orilla del Río. ¡Y no vuelvo a irme por ahí con un animal como éste!

Estaba tan enfadado, que durante el resto de la caminata dirigió sus comentarios exclusivamente al Topo. Cuando llegaron al pueblo, fueron directamente a la estación y dejaron al Sapo en la sala de espera de segunda clase, y dieron dos peniques a un empleado para que lo vigilara estrictamente. Ellos luego dejaron el caballo en el establo de una posada, y dejaron todas las instrucciones que pudieron sobre la carreta y su contenido. Por fin un tren les dejó en una estación no muy lejos de la Mansión del Sapo, acompañaron a su hechizado compañero hasta su puerta, lo metieron en su casa y ordenaron al ama de llaves que lo alimentara, lo desvistiera y lo metiera en la cama. Luego sacaron el bote del cobertizo y fueron remando hasta la casa de Ratita.

Ya era muy tarde cuando se sentaron a cenar en el salón a orillas del río; y la Rata no cabía en sí de alegría y satisfacción. A la noche siguiente, el Topo, que se había levantado muy tarde y se había tomado las

cosas con calma durante todo el día, estaba pescando sentado en la orilla, cuando la Rata, que había ido a visitar a sus amigos y a contarles todo, vino a buscarlo.

—¿Escuchaste las noticias? —le preguntó. — No se habla de otra cosa en todo el río. El Sapo se fue a la ciudad en tren a primera hora de la mañana. ¡Y ha encargado un automóvil muy grande y muy caro!

III

EL BOSQUE SALVAJE

El Topo había querido durante mucho tiempo conocer al Tejón. Parecía ser un muy importante y, aunque rara vez se le veía, hacía sentir su influencia sobre todos. Pero cada vez que el Topo mencionaba su deseo a la Rata, ésta trataba de disuadirle.

—No te preocupes —le decía la Rata—, el Tejón aparecerá por aquí un día de éstos, siempre está apareciendo, y luego te lo presentaré. ¡Es el mejor de los compañeros! Pero hay que tomarlo como es, sino cuando lo encuentres.

—¿Por qué no le invitas a cenar, o algo así? —dijo el Topo.

—No vendría —contestó la Rata simplemente—.

El Tejón odia la sociedad, y las invitaciones, y cenas, y todo ese tipo de cosas.

—¿Y si vamos a visitarlo? —sugirió el Topo.

—Oh, estoy seguro de que no le gustaría nada —dijo bastante alarmada la Rata—. Él es muy tímido, seguramente se ofendería. Yo nunca me he atrevido a visitarlo en su propia casa, aunque lo conozco muy bien. Además, no podemos. Es imposible, porque vive en medio del Bosque Salvaje.

—Bueno, suponiendo que sea así —dijo el Topo—, tú me dijiste que el Bosque Salvaje era seguro, ¿no es así?

—Oh, lo sé, lo sé, así es —replicó evasiva la Rata—. Pero creo que es mejor que no vayamos. Aún no. Es un largo camino, y él no estaría en casa en esta época del año, y vendrá algún día, si esperas con paciencia. Y el Topo se tuvo que contentarse con eso. Pero el Tejón no aparecía y los días pasaban con nuevas diversiones. Y no fue sino hasta que pasó mucho tiempo que terminó el verano, empezó el frío, la escarcha y el fango a embarrar los caminos que los obligaba a quedarse en casa. El río crecido corría delante de sus ventanas con una velocidad que impedía navegar por él, y el Topo volvió a pensar a menudo en el solitario Tejón gris, que vivía en su agujero en medio del Bosque Salvaje. En invierno, la Rata dormía mucho, se acostaba temprano y se levantaba tarde. Durante su breve día, a veces garabateaba poesía o hacía pequeños trabajos domésticos; y, por supuesto, siempre había animales visitando para charlar, y en consecuencia, no les faltaban historias que contar, y comparaban las notas sobre todo lo que habían hecho durante el verano pasado.

¡Qué bonito había sido, cuando volvían a mirar hacia atrás! Con ilustraciones tan numerosos y tan coloridos. El espectáculo de la orilla del río se había ido desarrollando en escenas como un desfile. Al principio llegaron las primaveras púrpuras, sacudiendo exuberantes mechones enredados a lo largo del borde del espejo del agua, donde les sonreía la propia cara del río. Les siguieron las adelfas, tiernas y ansiosas como una nube rosada al atardecer. Y las borrajas, rojas y blancas, agarrándose unas a otras de la mano, tampoco se hicieron esperar; y por último una mañana apareció en escena la tímida y tardía rosa silvestre y, como si una música de instrumentos de cuerda lo anunciara con los majestuosos acordes de una gaviota, uno sabía que por fin junio había llegado. Sólo faltaba por aparecer un miembro de la función: el pastorcito que cortejaba a las ninfas, el caballero a quien las damas esperaban en las ventanas, el príncipe que, con un beso, devolvería la vida y el amor al verano. Pero cuando la

pradera, elegante y olorosa con su chaleco dorado, se colocó en medio de los otros, entonces pudo empezar la obra.

¡Y qué obra había sido! Los animalitos somnolientos, acomodados en sus agujeros mientras el viento y la lluvia golpeaban a sus puertas, recordaba las mañanas aún gélidas, una hora antes del amanecer, cuando la niebla blanca, todavía sin dispersar, se aferraba estrechamente a la superficie del agua; y el impacto de la primera zambullida muy temprano, de las carreras por la orilla, y de la radiante transformación de la tierra, del aire y del agua, cuando de repente el sol estaba de nuevo con ellos, y el gris era oro y nacía el color y brotaba una vez más de la tierra.

Recordaron las lánguidas siestas del caliente mediodía, en lo profundo de la verde maleza, el sol penetrando, cuando el sol brillaba en rayitos y en puntos; y los paseos en barca y los baños de la tarde, las caminatas por senderos polvorrientos y por dorados campos de trigo; y las veladas largas y frescas, cuando se reunían tantos amigos y se contaban tantas historias, y juntos proyectaban las aventuras del día siguiente. Siempre tenían de qué hablar cuando los animalitos se sentaban alrededor de la chimenea durante los cortos días de invierno. A pesar de todo, al Topo le quedaba bastante tiempo libre, de modo que una tarde, mientras la Rata estaba sentada en su sillón delante de la chimenea, medio adormilada o escribiendo versos que no rimaban, decidió ir solo a explorar el Bosque Salvaje, y tal vez llegar a conocer al Sr. Tejón.

Era una tarde fría y tranquila, con un cielo duro y gris en lo alto, cuando salió del cálido salón. El campo yacía desnudo y completamente sin hojas a su alrededor, y pensó que nunca había visto tan lejos y tan íntimamente en el interior de las cosas como en ese día de invierno cuando la naturaleza estaba profundamente en su sueño anual y parecía se han quitado la ropa. Bosquecillos, vallecitos, canteras y todos los lugares escondidos que habían sido las minas misteriosas que ellos exploraban en los frondosos veranos ahora mostraban patéticamente todos sus secretos, y parecían pedirle que se olvidase de su miserable pobreza hasta que pudieran alborotar de nuevo en un intenso carnaval, y atraerlo y seducirlo con los viejos engaños. Era lamentable en cierto modo y, a la vez resultaba alentador, incluso se alegraba de que le gustase el campo sin adornos, duro y sin esplendor. Había llegado hasta sus mismísimos huesos desnudos, y eran finos, fuertes y simples. No quería el trébol tibio, ni el juego de sembrar hierbas, y se alegraba de no ver ni las pantallas de los setos espinosos, ni las ondulantes cortinas de las hayas y de los olmos; y con gran entusiasmo se dirigió hacia el Bosque Salvaje, que se extendía ante él, bajo y amenazador, como arrecife negro en un mar tranquilo del sur.

Cuando entró en él, no vio nada inquietante. Las ramitas crujían bajo sus pies, se tropezaba con los troncos, los musgos en los tocones parecían

caricaturas, y le sobresaltaba por un momento el parecido que tenían con cosas familiares y lejanas; pero todo aquello le divertía y le emocionaba. Siguió caminando, y se adentró hasta donde había menos luz, y los árboles se agazapaban más y más cerca, y los agujeros a cada lado le hacían muecas horribles.

Todo estaba muy quieto ahora. El crepúsculo avanzó sobre él de manera constante, rápida, rodeándolo por detrás y por delante; y la luz parecía desvanecerse como el agua de una inundación.

Entonces aparecieron las caras.

Primero le pareció ver una cara por encima de su hombro: era una cara malvada, en forma de cuña, mirándolo desde un agujero. Cuando se volvió y lo enfrentó, aquello había desaparecido. Apresuró el paso, diciéndose alegremente que no empezara a imaginar cosas, o si no aquello no acabaría nunca. Pasó junto a otro agujero, y luego otro, y otro; y entonces ¡sí!, ¡no!, ¡sí!, un rostro pequeño y estrecho, con ojos duros, apareció un instante en un agujero y desapareció. El Topo dudó, se dio ánimos y siguió adelante. Entonces, de repente, y como si hubiera sido así todo el tiempo, parecía que cada agujero, cercano o lejano, tenía su propio rostro, que aparecía durante un instante, todos fijando en él miradas de malicia y odio: rostros con ojos duros, malvados y perversos. Pensó que, si al menos pudiera alejarse de los agujeros del camino, ya no vería más caras. Se alejó del camino y se adentró por los lugares no pisados del bosque.

Entonces comenzaron los silbidos.

Al principio eran muy débiles y estridentes, y muy lejanos; pero de alguna manera hizo que se apresurara. Luego, todavía débiles y estridentes, parecían venir de muy adelante y lo hizo vacilar y querer volver. Mientras se detuvo indeciso, estallaron los silbidos a ambos lados de él y le pareció que se transmitían hasta los límites más lejanos del bosque. Estaban despiertos, alertas y listos, evidentemente, Y él... él estaba solo, y desarmado, y lejos de cualquier ayuda; y la noche se estaba cerrando.

Entonces comenzaron las pisadas.

Al principio pensó que eran sólo las hojas que caían, tan ligero y delicado era el sonido. Luego, a medida que crecía, tomó un ritmo regular, y él no lo reconoció más que por el pat-pat-pat de unos piececitos que todavía estaban muy lejanos. ¿Estaba delante o detrás? Le pareció que venían de todas partes. Escuchó ansiosamente y se dio cuenta de que crecían y se multiplicaban a su alrededor. primero uno, otro, luego los dos. Creció y se multiplicó, hasta que venían de todas partes, mientras escuchaba con ansiedad, inclinándose de un lado a otro, parecía estar

acercándose a él. Cuando se detuvo a escuchar, un conejo se le acercó corriendo por entre los árboles. El Topo esperó, pensando que el conejo disminuiría la velocidad o se desviaría en otra dirección. Sin embargo, el animal lo rozó al pasar, con la cara muy seria y los ojos fijos.

—¡Sal de aquí, tonto, fuera! —le oyó susurrar el Topo mientras esquivaba un tocón y se metía adentraba en una acogedora madriguera.

El golpeteo aumentó hasta que sonó como un granizo repentino sobre la alfombra de hojas secas extendida alrededor de él. Todo el bosque parecía correr, con fuerza, cazando, persiguiendo algo, —¿o a alguien? —.

Presa del pánico, él también echó a correr, sin rumbo fijo, no sabía adónde. Se tropezaba con cosas, se caía dentro y sobre cosas, se metía debajo y sorteaba cosas. Por fin se refugió en la oscuridad profunda de un agujero dentro del tronco de una vieja haya, que le ofrecía refugio, escondite y tal vez seguridad. Pero ¿quién podría decirlo? De todos modos, estaba demasiado cansado para seguir corriendo, así que se escondió entre las hojas secas que había en aquel hoyo, creyéndose a salvo. Y mientras yacía allí, temblando, y escuchando los silbidos y las pisadas, tomó plena conciencia de aquella cosa temible que los otros habitantes de los campos y los setos también habían experimentado, aquella cosa que la Rata había intentado evitarle: ¡El Terror del Bosque Salvaje!

Mientras tanto la Ratita, cálida y cómoda, dormitaba junto a la chimenea. Su papel de versos a medio terminar se deslizó de su rodilla, su cabeza cayó hacia atrás, su boca se abrió y él vagó por las verdes orillas de los ríos de los sueños. Entonces un carbón se deslizó, el fuego crepitó y envió un chorro de llamas, y se despertó sobresaltado. Se acordó de lo que había estado haciendo y se agachó a recoger los versos. Los estudió minuciosamente durante un rato y luego miró a su alrededor para preguntarle al Topo si sabía una buena rima.

Pero el Topo no estaba allí.

Escuchó un momento. La casa parecía muy tranquila. Entonces llamó al Topito y, como no recibió respuesta de ningún tipo, se levantó y salió al pasillo. La gorra del Topo no estaba en el perchero. Sus chanclos, que solía dejar junto al paraguero, tampoco estaban allí. La Rata salió de casa y observó con atención la superficie fangosa del suelo, esperando encontrar las huellas del Topo. Y por supuesto, allí estaban. Los chanclos eran nuevos, recién comprados para el invierno, y el relieve de las suelas se había marcado perfectamente en el barro, y se dirigían directamente hacia el Bosque Salvaje. La Rata se quedó muy seria y pensativa unos momentos. Luego entró de nuevo en la casa, se ató una correa a la cintura, colocó en ella dos pistolas, agarró un garrote que había en un rincón del vestíbulo y se dirigió con decisión hacia el Bosque Salvaje.

Ya anochecía cuando la Rata llegó al borde del bosque y, sin pensárselo dos veces, se adentró en él, buscando alguna señal de su amigo. Los rostros malvados salían de los agujeros cuando pasaba, pero desaparecían en cuanto veían a la valiente Rata con sus pistolas y el enorme garrote que empuñaba. También cesaron los silbidos y las pisadas que había oído al principio, y todo quedó muy silencioso. Siguió caminando con decisión hasta el borde más lejano. Luego, olvidándose de los senderos conocidos, se abrió camino entre los árboles, gritando:

—¡Topito! ¡Topo! ¿Dónde estás? ¡Soy la vieja Rata!

Cuando llevaba ya una hora o más buscando por el bosque, oyó con alegría una vocecita que le contestaba. Guiándose por el ruido, se abrió camino en la oscuridad hasta que llegó al pie de una vieja haya, que tenía un hueco en el tronco, y una vocecita que salía del hoyo dijo:

—¡Eres tú, Ratita! ¿De verdad?

La Rata se metió en el agujero y allí encontró al Topo, agotado y aún tembloroso.

—¡Oh, Ratita! —lloriqueó—. ¡No te puedes imaginar el miedo que he pasado!

—¡Lo puedo suponer! —dijo la Rata intentando calmarlo—.

—No debías haberlo hecho, Topo. Hice todo lo que pude para convencerte. Nosotros, los de la Orilla del Río, casi nunca venimos solos aquí. Si tenemos que venir, lo hacemos en parejas, por lo menos; así no suele suceder nada. Además, hay muchas cosas que uno tiene que saber, que nosotros comprendemos, pero tú aún no. Por ejemplo, señas y contraseñas, y dichos que tienen poder y efecto, y plantas que uno puede llevar en los bolsillos, y versos que hay que repetir, y trucos y trampas que se pueden practicar; son todos muy fáciles cuando te los sabes, pero cuando uno es pequeño (como nosotros) tiene que conocerlos, porque si no se puede uno meter en un buen lío. ¡Claro que, si fueras un Tejón o una Nutria, sería distinto!

—Seguro que al valiente Sr. Sapo no le importa venir aquí solo ¿cierto? —preguntó el Topo.

—¿El viejo Sapo? —dijo la Ratita riéndose a carcajadas—. Él no mostraría su rostro aquí solo, ni por un montón de oro.

El Topo se sintió reconfortado cuando escuchó la risa descuidada de la Rata así como por la vista de su bastón y su relucientes pistolas, y dejó de temblar y comenzó a sentirse más audaz y más él mismo otra vez.

—Ahora bien —dijo la Rata en ese momento—, nos tenemos que emprender el camino para llegar a la casa mientras queda un poco de luz.

No podemos pasar la noche aquí, ¿entiendes? Hace demasiado frío, para empezar.

—Ratita querida —dijo el pobre Topo—, lo siento mucho, pero estoy simplemente agotado. Debes dejarme descansar aquí un rato más, y recuperaré mis fuerzas, si es que voy a llegar a casa.

—Está bien —dijo la bonachona Rata—, descansa un poco. Además, está oscuro como boca de lobo. Dentro de poco saldrá la luna.

Así que el Topo se acomodó entre las hojas secas, se estiró un poco y se quedó dormido; mientras tanto, la Rata también se abrigó como pudo, y se recostó lo mejor que pudo, para calentarse mientras yacía pacientemente esperando, con una pistola en la pata. Cuando por fin el Topo se despertó, muy descansado y con su humor habitual, la Rata dijo:

—¡ahora bien! Voy a echar un vistazo fuera, a ver si todo está tranquilo, y luego tenemos que irnos. Fue hasta la entrada del agujero y sacó la cabeza. El Topo le oyó diciendo en voz baja a sí mismo:

—¡Vaya! ¡Vaya! ¡Tenemos problemas!

—¿Qué sucede, Ratita? —preguntó el Topo.

—Ha nevado— respondió brevemente la Rata—, y además mucho. El Topo se acurrucó a su lado y miró hacia afuera. Vio el bosque que tanto le había asustado completamente cambiado. Los agujeros, los huecos, los charcos, las trampas y otras amenazas oscuras para el viajero estaban desapareciendo rápidamente, y se transformaban en una luminosa alfombra de hadas, demasiado delicada para que la pisaran con toscos pies. El polvo fino llenó el aire y acarició las mejillas con un hormigueo, y los agujeros negros de los árboles se destacaban sobre una luz que parecía venir desde abajo.

—¡Bueno, no se puede evitar! —dijo la Rata después de reflexionar—. Tenemos que ponernos en marcha y aprovechar esta oportunidad. Lo peor es que no sé ni dónde estamos. ¡Y la nieve hace que todo se vea diferente! Y así era. El Topo no sabido que era el mismo bosque. Sin embargo, se pusieron valientemente en camino, y tomaron la dirección que parecía más prometedora, apoyándose el uno en el otro y pretendiendo con un incansable buen humor que reconocían en cada árbol a un viejo amigo que les saludaba sombrío y silencioso; o que reconocían una curva de un camino, una brecha o un hoyo en aquella monotonía blanca con troncos de árboles que se negaban a cambiar. Una o dos horas más tarde (también habían perdido la noción del tiempo) se detuvieron desanimados, agotados y desesperados, y se sentaron en un tronco caído para recuperar el aliento y considerar lo que había que hacer. Estaban doloridos por la fatiga y

magullados por tropiezos; habían caído en varios agujeros y se habían mojado; la nieve se estaba poniendo tan profunda que apenas podían arrastrar sus patitas a través de ella, y los árboles estaban más gruesos y más parecidos entre sí que nunca. Parecía que este bosque no tenía fin, ni diferencia alguna, y lo que es peor, sin salida.

—No podemos sentarnos aquí mucho tiempo —dijo la Rata—. Tendremos que seguir un poco más, o hacer algo. Hace demasiado frío, y pronto la nieve será demasiado profunda para poder caminar. La Rata miró a su alrededor y se quedó pensando.

—Mira aquí—prosiguió—. Esto es lo que se me ocurre. Hay una especie de valle aquí abajo, frente a nosotros, donde el terreno es ondulado y desigual. Bajaremos hasta allí, e intentaremos encontrar un sitio donde refugiarnos, una cueva o un agujero con el suelo seco, cubiertos de la nieve y del viento, donde podamos descansar antes de intentarlo de nuevo, porque ambos estamos agotados. Además, a lo mejor deja de nevar, o puede que ocurra algo bueno. Así que se levantaron y caminaron hasta el valle.

Al llegar se pusieron a buscar una cueva o algún rinconcito seco al abrigo del viento y de la nieve. Estaban investigando uno de los montecitos que había señalado la Rata, cuando de repente el Topo tropezó y se cayó hacia adelante sobre su cara dando un chillido.

—¡Oh, mi pata! —gritó—. ¡Oh, mi pobre espinilla! —y se sentó en la nieve y se acarició la pata con las dos delanteras.

—¡Pobre Topo! —dijo amablemente la Rata—. No pareces tener mucha suerte hoy, ¿cierto? Echemos un vistazo a la pata. Sí —continuó mientras se arrodillaba para mirar—, te has cortado en la espinilla. Espera que saque mi pañuelo y lo ataré para ti. —Debo haber tropezado con una rama escondida o un tocón —dijo el Topo tristemente—. ¡Ay! ¡Dios mío!

—Es un corte muy limpio —dijo la Rata, examinándole de nuevo atentamente—. Esto no lo ha hecho ni una rama ni un tocón. Parece como si se hubiera hecho con un borde afilado, de metal, o algo así. ¡Qué extraño! Reflexionó un rato y luego se puso a buscar por los montículos y las cuestas que los rodeaban.

—Bueno, no importa con quién me lo haya hecho —dijo el Topo, dijo el Topo, olvidando su gramática por el dolor. —Eso duele igual, sea lo que sea lo que lo haya hecho. Pero la Rata, después de atar cuidadosamente la pierna con su pañuelo, lo había dejado y estaba ocupado escarbando la nieve. Arañaba y escarbaba y exploraba con sus cuatro patas, mientras el Topo esperaba con impaciencia, diciendo de vez en cuando: «¡Oh, vamos, Ratita!».

De repente la Rata gritó:

—¡Hurra!, y luego: ¡Hurra, hurra, hurra!, y empezó a dar saltos en la nieve.

—¿Qué has encontrado, Ratita? —preguntó el Topo, acariciándose aún la pata.

—Ven y mira —dijo la Rata encantada mientras seguía saltando. El Topo se acercó cojeando hasta allí y lo miró bien.

—Bueno —dijo lentamente al cabo de un momento—, ya lo veo. He visto ese tipo de cosa antes muchas de veces. Es un objeto familiar. ¡Un raspador de puertas! ¿Y qué hay con eso? ¿Por qué hay que bailar alrededor de un raspador de puertas?

—¿No lo entiendes? —gritó la Rata con impaciencia. Claro que veo lo que significa, que alguna persona muy descuidada y olvidadiza ha olvidado el raspador en medio del Bosque Salvaje, donde seguramente hará tropezar a todos. Muy desconsiderado de su parte. Cuando llegue a casa me voy a quejar con alguien, aún no sé a quién, pero lo haré.

—¡No lo hagas! ¡Dios mío! —gritó la Rata, desesperada por su torpeza—. ¡Ven aquí y ponte a raspar! —Y se puso a trabajar lanzando nieve en todas direcciones. Al cabo de un buen rato sus esfuerzos se vieron recompensados, y felpudo muy gastado yacía expuesto a la vista.

—¡Ahí! ¿Qué te dije? —exclamó triunfante la Rata.

—No me dijiste nada en absoluto —contestó el Topo, que no mentía. Y prosiguió—: Bueno, pues ya has encontrado basura doméstica, y supongo que estarás muy contenta. Más vale que te pongas a bailar alrededor si no hay más remedio, y que acabes pronto; así podremos ponernos en marcha y no perder más tiempo con montones de basura. ¿Podemos comernos un felpudo? ¿O dormir debajo de un felpudo? ¿O sentarnos en un felpudo e ir tirando de él a la casa como si fuera un trineo, exasperante roedor?

—Mira, Rata —dijo el Topo malhumorado—, creo que ya hemos tenido suficiente de esta locura. ¿Quién oyó nunca que un felpudo le dijera algo a alguien? Eso es algo que no hacen. No es esa su misión. Los felpudos conocen su lugar.

—Bestia de cabeza dura —le contestó la Rata muy enfadada—. Esto debe terminar. Ni una palabra más, y a raspar, escarba y raspa y excava y busca sobre todo en los montículos, si esta noche quieres dormir en un lugar seco y caliente, ¡es nuestra última oportunidad! La Rata golpeó con fuerza un banco de nieve, tanteando con su garrote y cavando con furia; y el Topo también se puso a rascar, más por complacer a la Rata que por otra cosa, ya que en su opinión la Rata estaba demasiado alterada.

Después de unos diez minutos de arduo trabajo, la punta del garrote de la Rata golpeó algo que sonaba hueco. Siguió cavando hasta que pudo meter una mano y sentir. Luego llamó al Topo para que le ayudara. Los dos amigos trabajaron con todas sus fuerzas hasta que al fin el resultado de sus esfuerzos apareció ante los ojos del incrédulo y asombrado Topo.

En el costado de lo que parecía ser un banco de nieve había una puerta que resultaba bastante gruesa y pintada de un verde oscuro. Un tirador de hierro colgaba a un lado, y debajo de él, en una plaquita de latón, pulcramente grabado en letras mayúsculas, podían leer a la luz de la luna:

SR. TEJÓN.

El Topo, El Topo cayó hacia atrás sobre la nieve de pura sorpresa y deleite.

—¡Ratita! —exclamó arrepentido—. ¡Eres una maravilla! ¡Una auténtica maravilla, eso es lo que eres! ¡Ahora lo veo todo! ¡Lo imaginaste todo, paso a paso, en esa sabia cabeza tuya, desde el mismísimo momento en que me caí y me corté en la espinilla! Miraste el corte, y al momento tu mente majestuosa pensó: «¡Raspador de puertas!». Y entonces empezaste a escarbar ¡y encontraste ese mismo raspador de puertas. ¿Y te detuviste ahí? No. Cualquiera se hubiera sentido satisfecho, pero tú no. Tu intelecto siguió trabajando: «Tengo que encontrar un felpudo», te dijiste a ti mismo. «¡Y entonces quedará demostrada mi teoría!». Y, por supuesto, encontraste el felpudo. Eres tan inteligente, que creo que podrías encontrar cualquier cosa. «Esa puerta existe, te dijiste. Tan clara como si la estuvieras viendo ¡No queda nada más por hacer que encontrarla!». Bueno, he leído sobre ese tipo de cosas en los libros, pero nunca me había sucedido en la vida real. Tendrías que ir a donde supiesen apreciarlo de verdad. Aquí, entre nosotros, estás perdiendo el tiempo. Si tan solo tuviera tu cabeza, Ratita...

—Pero como no la tienes —le interrumpió la Rata de forma poco amable—, supongo que te vas a quedar ahí sentado toda la noche en la nieve hablando. Levántate ahora mismo y toca ese timbre, y llama todo lo fuerte que puedas, mientras yo golpeo la puerta. Y mientras la Rata se ponía a golpear la puerta con el garrote, el Topo agarró el cordel del timbre, tiró de él, y se quedó allí colgado con los dos pies en el aire, hasta que oyeron el débil y lejano sonido de una campana de tono profundo.

IV

EL SEÑOR TEJÓN

El Topo y Ratita esperaron pacientemente lo que pareció bastante tiempo, pisoteando la nieve para mantener sus pies calientes. Por fin escucharon el sonido de pasos lentos arrastrando los pies acercándose a la puerta desde el interior. Parecía como si alguien caminase con pantuflas demasiado grandes para él y con los talones caídos, como le comentó el Topo a la Rata, lo cual fue inteligente por parte del Topo, porque eso era exactamente lo que era. Se escuchó el ruido de un cerrojo y la puerta se abrió unos centímetros, lo suficiente para mostrar un largo hocico y un par de ojos soñolientos y parpadeantes.

—La próxima vez que esto suceda —dijo una voz áspera y desconocida— estaré extremadamente enojado. ¿Quién es esta vez, molestar a la gente en una noche como ésta?

—¡Oh, Tejón —gritó la Rata—, déjanos pasar, ¡por favor! Soy yo, la Rata, y mi amigo el Topo, y nos hemos perdido en la nieve.

—¡Ratita, mi querida amiga! —exclamó el Tejón, cambiando de tono de voz—. ¡Entren los dos enseguida! ¡deben estar agotados! ¡Pero bueno! ¡Perdidos en la nieve! ¡Y en el Bosque Salvaje, y a estas horas de la noche! ¡Por favor, entren los dos! Los dos animalitos se atropellaron en su afán por entrar, y oyeron contentos y aliviados el ruido de la puerta que se cerraba detrás de ellos. El Tejón que vestía una bata larga y cuyas pantuflas eran realmente muy grandes, y sostenía en una pata un candelabro, probablemente se dirigía a cama cuando llamaron a la puerta. Los miró cariñosamente y les dio unas palmaditas en la cabeza.

—Esta no es la clase de noche para que salgan los animalitos —les dijo paternalmente—. Me temo que hayas vuelto a hacer una de tus bromas, Ratita. ¡Pero vengan a la cocina! ¡Hay una chimenea de primera, y cena, y de todo! Siguió caminado arrastrando los pies y ellos le siguieron dándose codazos de satisfacción por un pasillo largo y destaladado hasta llegar a una especie de sala central, de la cual salían otros pasillos como túneles, que se ramificaban misteriosa e interminablemente. Pero también había puertas que daban al salón, unas gruesas puertas de roble de aspecto reconfortante. El Tejón abrió una de las puertas y de repente se encontraron en todo el resplandor y calidez de una gran cocina iluminada por fuego.

El suelo era de ladrillo rojo muy gastado, y en la amplia chimenea ardía un fuego de leña entre dos preciosas rinconeras bien protegidas por la pared. Un par de asientos, uno frente a otro, a cada lado del fuego. En

medio de la sala había una larga mesa de tablas lisas colocadas sobre caballetes, con bancos a cada lado. En uno de sus extremos, donde había un sillón algo apartado, estaban esparcidos los restos de la sencilla pero abundante cena del Tejón. En el aparador, al otro extremo del salón, relucían filas de platos limpísimos, y de las vigas colgaban jamones, manojos de hierbas secas, cebollas trenzadas, y cestas con huevos. Parecía un lugar donde los héroes podían festejar después de la victoria, o donde los recolectores agotados pudieran celebrar alrededor de la mesa su cosecha con cantos y alegría, o donde dos o tres amigos de gustos sencillos pudieran reunirse para charlar, comer y divertirse sin que nadie los molestara. El suelo de ladrillo desgastado sonreía al techo lleno de humo; los bancos de roble, brillantes por el uso, intercambiaban entre ellos alegres miradas; los platos de la cómoda hacían sonreír a las ollas de los estantes, y las alegres llamas chisporroteaban y jugaban con todo.

El bondadoso Tejón los sentó en un banco para que brindaran junto al fuego, y les hizo que se quitaran los abrigos mojados y las botas. Luego les trajo batas y pantuflas, y él mismo lavó la espinilla del Topo con agua tibia y cubrió el corte con un poco de yeso hasta que quedó como nuevo, si no mejor. En el calor junto a la luz del fuego, ya secos y calentitos se disponían a descansar con los pies apoyados en unos taburetes. Todo ello, unido al prometedor tintineo de los platos encima de la mesa de atrás, hizo que, a los agotados animalillos, azotados por la tormenta, ahora arribados a y puestos a salvo, les pareciera que el frío y desconocido Bosque Salvaje estaba lejísimos, y que todo lo que les había sucedido no era más que un sueño medio olvidado.

Cuando por fin entraron en calor, el Tejón les llamó a la mesa donde había preparado la comida. Estaban bastante hambrientos, pero, cuando vieron la cena que les había preparado, el único problema les pareció saber qué atacaban primero ya que todo resultaba muy atractivo, y si las otras cosas les esperarían amablemente hasta que tuvieran tiempo de prestarles atención.

La conversación fue imposible durante mucho tiempo; y cuando se reanudó lentamente, fue ese desagradable tipo de conversación que resulta de hablar con la boca llena. Al Tejón no le importaba ese tipo de cosas en absoluto, ni se dio cuenta de los codos en la mesa, o todos hablando a la vez. Él tenía la idea de que todo esto carecía realmente de importancia (Sabemos por supuesto que estaba equivocado y tenía una visión demasiado limitada; porque importan muchísimo, aunque sería demasiado largo explicar por qué). Se sentó en su sillón en el cabeza de la mesa, y asentía gravemente a intervalos mientras los animales contaban su historia; y no parecía sorprendido ni escandalizado por nada, y no dijo ni una sola vez: «Se los dije» o «Justo lo que siempre dije», ni comentó que

deberían haber hecho tal y tal cosa. Al Topo empezó a caerle muy bien el Tejón.

Cuando por fin acabaron de cenar, todos sentían que su panza estaba tan apretada que ya no les importaba nada ni nadie, se reunieron junto a las brasas del fuego, pensando lo agradable que era estar aún levantados tan tarde, y sentirse tan independientes, y tan llenos. Y tras charlar durante un buen rato de cosas en general, el Tejón dijo animado:

—¡Bueno! Díganme las noticias de su parte del mundo. ¿Cómo está el viejo Sapo?

—Peor. —dijo con seriedad la Rata, mientras el Topo, erguido en el banco, con las patas en alto, se tostaba al fuego y trataba de poner cara de tristeza—. Tuvo otro accidente la semana pasada, y además grave. Verás, él insiste en conducir él mismo, y es de lo más inútil. Si por lo menos hubiera contratado a un animal tranquilo, serio y con experiencia, y le pagara un buen sueldo y le dejase ocuparse de todo, le iría todo muy bien. Pero de eso nada; está convencido de que es un conductor nato, y nadie puede enseñarle nada.

—¿Y cuántos ha tenido? —preguntó con tristeza el Tejón.

—Accidentes o carrozas? —dijo la Rata—. Bueno, después de todo, es lo mismo con el Sapo. Este es séptimo. En cuanto a los demás, ¿Conoces su cochera? Bueno, pues está llenita, pero llenita hasta arriba, de fragmentos de carrozas. ¡Y ninguno de ellos es más grande que tu puño! Allí están los otros seis, o por lo menos lo que queda de ellos.

—Ha estado tres veces en el hospital —añadió el Topo —¡Y de las multas que ha tenido que pagar, es simplemente horrible pensarlo!

—Sí, y eso es parte del problema —continuó la Rata—. El Sapo es rico, eso lo sabemos todos; pero no es millonario. Además, es un conductor irremediable, y no respeta ni las leyes ni el orden. Terminará de una de dos formas: o se mata, o se arruina. ¡Tejón, nosotros somos sus amigos! ¿No deberíamos hacer algo? El Tejón se quedó pensativo.

—¡Mira! —dijo por fin de un modo un tanto brusco—, supongo que te das cuenta de que no puedo hacer nada de momento. Sus amigos asintieron, pues sabían a lo que se refería. Según las reglas de la etiqueta animal, nunca se puede exigir a un animal que haga nada heroico, extenuante o ni siquiera moderadamente activo durante su época de descanso invernal. Todos están somnolientos, algunos incluso dormidos. Todos están sujetos al clima; y todos descansan de los agotadores días y noches durante los cuales han puesto a prueba cada uno de sus músculos utilizando sus energías al máximo

—Muy bien —continuó el Tejón—. Pero una vez haya pasado el invierno y las noches se hagan más cortas, y uno se despierte temprano y e inquieto..., ¿Ya saben? Los dos animalitos asintieron: ¡Claro que lo sabían! Bien, entonces —añadió el Tejón—, nosotros... es decir tú y yo y nuestro amigo el Topo nos encargaremos seriamente del Sapo. No soportaremos ninguna tontería. Le haremos entrar en razón, por la fuerza si es necesario. Haremos ser un Sapo sensato ... ¡Estás dormido, Rata!

—¡Yo no! —dijo la Rata, despertándose de un salto.

—Ya se ha quedado dormida dos o tres veces desde la cena, dijo riéndose el Topo. Él, en cambio, se sentía bastante despierto, aunque no sabía por qué. La razón era que, siendo él por naturaleza un animal subterráneo, la madriguera del Tejón le hacía sentirse a gusto y como en casa; en cambio para la Rata, que dormía todas las noches en una habitación con ventanas abiertas a la brisa del río, el ambiente le resultaba tranquilo y opresivo.

—Bueno, es hora de que nos vayamos a la cama —dijo el Tejón mientras se levantaba yendo a la cama y buscando unos candelabros—. Suban conmigo, y les enseñaré su habitación. Y mañana no hace falta que madruguen. ¡Desayunen cuando quieran! Llevó a los dos animalitos a una larga habitación que parecía mitad alcoba y mitad solar. Las reservas que el Tejón tenía para el invierno ocupaban media habitación. Había montones de manzanas, nabos y patatas, cestas de nueces y tarros de miel. Pero las camitas blancas que ocupaban la otra mitad del dormitorio parecían blandas y acogedoras, y las sábanas estaban limpias y tenían un delicioso olor a lavanda; el Topo y la Ratita se desvistieron en un santiamén y se metieron en la cama con gran alegría y satisfacción.

De acuerdo con las sugerencias del bondadoso Tejón, los dos animales cansados bajaron a desayunar muy tarde a la mañana siguiente, y encontraron el fuego encendido en la chimenea, y dos jóvenes erizos sentados en un banco a la mesa, comiendo gachas de avena en unos tazones de madera. Los erizos soltaron las cucharas, se pusieron de pie y agacharon sus cabezas respetuosamente cuando los dos entraron.

—¡Allí, siéntense, siéntense! —dijo la Rata amablemente—. Y sigan comiendo su papilla. ¿De dónde vienen ustedes dos? ¿Se perdieron en la nieve?

—¡Sí, señor! —dijo con respeto el mayor—. El pequeño Billy y yo, estábamos tratando de llegar a la escuela, porque mamá nos hacía ir, aunque hiciera tan mal tiempo, y claro, pues nos perdimos, señor. Billy se asustó y se puso a llorar, porque es muy pequeño y muy cobarde. Y por fin dimos con la puerta trasera del señor Tejón, y nos atrevimos a llamar, ¿sabe?, porque el señor Tejón es un caballero de un buen corazón, como todo el mundo sabe.

—Comprendo —dijo la Rata, mientras se cortaba unas lonchas de tocino y el Topo echaba unos huevos en una sartén—. ¿Cómo está el clima ahí fuera? —y añadió—: No hace falta que me llaméis «señor» a cada rato.

—¡Oh! Terriblemente malo, señor, y la nieve es muy profunda —contestó el erizo—. Un caballero de su clase no debería salir hoy.

—¿Dónde está el señor Tejón? —preguntó el Topo, mientras calentaba la cafetera ante el fuego.

—El maestro está en su estudio, señor —respondió el erizo—. Y dijo que como esta mañana iba a estar particularmente ocupado, que no se le podía molestar bajo ningún contexto. Por supuesto, todos entendieron aquella explicación. El caso es que, cuando se vive intensamente durante seis meses del año, y se dormita durante los otros seis, uno no puede pasarse estos últimos alegando que tiene sueño cuando hay gente alrededor y tantas cosas que hacer. La excusa acaba por ser monótona. Los animalitos sabían muy bien que el Tejón, tras haberse tomado un buen desayuno, se había encerrado en su estudio y, sentado en un sillón con las patas apoyadas en otro y un pañuelo de algodón rojo sobre la cara, estaba tan ocupado como se suele estar en esta época del año. El timbre de la puerta sonó con fuerza, y la Rata, que se había ensuciado de mantequilla, mandó a Billy, que era el menor de los erizos, a abrir la puerta. Se oyeron unos pasos por el pasillo, y Billy entró seguido de la Nutria, que se abalanzó sobre la Rata para abrazarla y darle un saludo cariñoso

—¡Aléjate! —balbuceó la Rata, que tenía la boca llena. —Ya sabía que los encontraría aquí! —dijo con alegría la Nutria—. Esta mañana estaban todos alarmados cuando llegué a la Orilla del Río. «La Rata no ha regresado a su casa en toda la noche y tampoco el Topo, algo terrible les debe haber ocurrido», decían todos; y por supuesto, la nieve había cubierto sus huellas. Pero yo sabía que, cuando la gente se mete en problemas, en su mayoría acuden al Tejón, o bien el Tejón se entera de alguna manera de lo que ha sucedido. ¡Así que vine directamente para acá, a través del Bosque Salvaje y la nieve! ¡Yo estaba muy bien en el bosque cubierto de nieve, mientras el sol rojo salía y se mostraba contra los troncos negros! De vez en cuando, mientras caminaba por aquel silencio, algunos montones de nieve se deslizaban de las ramas y caían con un golpe y me asustaban al punto que salía corriendo a esconderme. Durante la noche habían aparecido castillos y cuevas de nieve; ¡y puentes de nieve, y terrazas, murallas! Me hubiera encantado quedarme y jugar un buen rato con ellos. A veces se veía una rama rota por el peso de la nieve, y los petirrojos, tan presumidos y descarados, se subían en ella y daban saltitos, como si la hubiesen roto ellos mismos.

Una hilera irregular de gansos salvajes pasó por encima, en lo alto el cielo gris, y algunos grajos giraron sobre los árboles, inspeccionaron,

aletearon y se alejaron volando hacia su casa con una expresión de disgusto. Pero no encontré a ningún ser sensato que pudiera darmel noticias.

A mitad de camino me encontré con un conejo sentado en un tocón, limpiándose la tonta cara con sus patas. No se pueden imaginar el susto que se llevó cuando me acerqué por detrás y le puse con fuerza la pata sobre el hombro. Le tuve que sacudir un par de veces para sacarle alguna palabra sensata. Por fin conseguí que me dijera que la noche anterior uno de ellos había visto al Topo caminando por el Bosque Salvaje. Me dijo que lo que se contaba por las madrigueras era que el Topo, el amigo de la Rata, se había metido en un grave problema, porque se había perdido en el Bosque, y «Ellos» habían salido de caza y lo tenían rodeado.

«¿Y por qué ustedes no hicieron algo? —le pregunté—. Puede que no hayan sido bendecidos con cerebro, pero son cientos y cientos de ustedes, grandes y fuertes, y gordos como mantequilla, y además sus madrigueras van en todas direcciones. Podrían haberlo ayudado y puesto a salvo, o por lo menos, haberlo intentado». «¿Qué, nosotros? —me contestó—. ¿Nosotros, los conejos? ¿Hacer algo?». Así que le di una bofetada y me marché.

No había nada más que hacer. Por lo menos me había enterado de algo; y si hubiera tenido la suerte de toparme con uno de «ellos», me habría enterado de algo más... o, mejor dicho, ellos lo habrían hecho.

—¿Y no estabas ner... nervioso? —preguntó el Topo, mientras le volvía a la mente el terror de aquella noche al mencionarle el Bosque Salvaje.

—¿Nervioso? —Y La nutria mostró un brillante juego de fuertes dientes blancos mientras se reía—. Yo sí que les pondría nervioso si cualquiera de ellos se hubiera atrevido a meterse commigo. Oye, Topito, ¿por qué no me fríes unas lonchas de tocino, como el buen chico que eres? ¡Tengo un hambre espantosa! ¡Y tengo un montón de cosas que contarle a la Rata! ¡Hace tanto tiempo que no la veo! Así que el Topo cortó unas lonchas de jamón, encargó a los erizos que las frieran, y se hizo cargo de su propio desayuno, mientras la Nutria y la Rata conversaban mano a mano sobre todos los temas de la Orilla, en una interminable conversación que se alargaba como las aguas cantarinas del río. Un plato de tocino frito acababa de ser retirado y enviado por más cuando entró el Tejón, frotándose los ojos y bostezando. Saludó a todos en su forma sencilla y amistosa tan propia de él, y dirigió a cada uno unas palabras dulces.

—Debe de ser hora de almorcizar —le dijo a la Nutria—. ¿Por qué no te quedas con nosotros? Debes de estar hambrienta con este frío.

—¡Pues sí! —contestó la Nutria, guiñándole un ojo al Topo—. ¡Sólo con ver a estos dos jóvenes erizos llenándose con tocino frito me hacen sentir muy hambriento! Los erizos, que empezaban a sentir hambre de nuevo, mientras se esforzaban por freír un jamón; pero no se atrevieron a rechistar.

—¡Jóvenes, váyanse a casa con su madre! —dijo cariñosamente el Tejón—. Pediré a alguien que los acompañe para que no se pierdan. Hoy no querrán cenar, imagino yo. Les dio seis peniques a cada uno y una palmada en la cabeza, y se fueron muy agradecidos. Entonces, los cuatro se sentaron a comer. El Topo se colocó al lado del señor Tejón. Como las otras dos seguían contando historias del Río y no había manera de que se detuvieran, el Topo aprovechó para decir al Tejón lo cómodo que todo aquello le resultaba, y que se sentía como en su propia casa.

—Una vez estás bajo tierra —dijo—, sabes exactamente dónde estás. Nada puede pasarte, y nada puede afectarte. Eres tu propio amo, y no tienes que consultar a nadie, ni preocuparte de lo que digan. La vida sigue su curso por encima de tu cabeza, y nada te preocupa. Cuando quieras salir, subes a la superficie, y allí están las cosas esperándote.

—Eso es exactamente lo que dije. No hay mejor paz, ni seguridad, que bajo tierra. Y si te crecen las ideas y quieres expandirte, pues no tienes más que ponerte a escarbar, ¡y listo! Y si la casa te parece demasiado grande, tapas un par de agujeros, ¡y es todo! Ni constructores, ni comerciantes, ni comentarios hechos por compañeros que vigilen su pared. Pero, sobre todo, que no dependes del tiempo. Fíjate en la Rata, por ejemplo. En cuanto el nivel de la corriente sube medio metro, ya tiene que alquilar alguna habitación en otro sitio; que además es incómoda, está lejos de todo y muy cara. Y mira el Sapo. No tengo nada en contra de la Mansión; la mejor casa de esos lugares, pero es una casa. Imagínate, por ejemplo, que hay un incendio..., ¿dónde queda el Sapo? Imagínate que se vuelan unas tejas, o se cae una pared, o se abre una grieta, o se rompe una ventana, ¿qué hace el Sapo? Imagínate que hay corriente (y a mí no me gustan nada las corrientes) ¿qué hace el Sapo? No. Arriba, ahí fuera, se está muy bien para dar un paseo, o ganarse la vida; pero no hay nada como regresar bajo tierra. ¡A esto sí que yo lo llamo un hogar! El Topo asintió con alegría; y los dos se hicieron muy amigos. —Cuando acabemos de comer, te enseñaré mi casita. Estoy seguro de que te va a encantar. ¡Ésa es mi idea del hogar!

Así que después de comer, mientras las otras dos, acomodadas frente a la chimenea, se habían puesto a discutir acaloradamente sobre las anguilas, el Tejón encendió una linterna y pidió al Topo que le acompañase. Cruzaron el salón y se metieron en uno de los túneles principales. El parpadeo de la llama de la linterna alumbraba las habitaciones, grandes y pequeñas, que había a cada lado. Algunas eran como armarios, y otras, tan

amplias y asombrosas como el comedor del Sapo. Un túnel estrecho y retorcido los llevó hasta el siguiente pasillo, que era como el anterior. El Topo estaba asombrado del tamaño, la extensión y las ramificaciones que tenía el lugar. ¡Aquellos pasillos oscuros y larguísimos, y las sólidas bóvedas de los almacenes, los muros, las columnas, los arcos, los pavimentos! Al cabo de un buen rato le dijo:

—Pero ¿cómo encontraste tiempo y energías para hacer todo esto? ¡Es asombroso!

—Sería verdaderamente asombroso si lo hubiese hecho yo —dijo el Tejón—. El caso es que yo no hice nada más que limpiar los pasillos y las habitaciones que iba a necesitar. Esto es enorme, y se extiende todo alrededor. Verás, te lo explicaré mejor. Hace ya muchísimo tiempo, en el mismo lugar donde ahora crece el Bosque Salvaje, mucho antes de que éste existiera, había una ciudad —una ciudad de gente, ¿sabes? —. Aquí mismo, donde nos encontramos ahora nosotros, vivían ellos. Aquí caminaban, charlaban, dormían y se ocupaban de sus asuntos. Aquí había cuadras, salones de baile, y de aquí se marchaban a la guerra o a atender sus negocios. Era gente poderosa, rica, y excelentes arquitectos. Todo lo construían para que perdurara, ya que pensaban que la ciudad duraría eternamente.

—¿Y qué sucedió con ellos? —preguntó el Topo.

—¡Quién sabe! —contestó el Tejón—. La gente viene, se queda un tiempo, prospera, construye y luego se marcha. Así viven ellos. Pero nosotros nos quedamos. Se dice que ya había muchos tejones por aquí mucho antes de que se construyera la ciudad. Y ahora hay tejones aquí otra vez. Y aunque nos mudemos por un tiempo, esperamos con paciencia, y tarde o temprano regresamos. Y así será siempre.

—¿Y qué pasó cuando se fue la gente? —preguntó el Topo.

—Cuando se fueron —continuó el Tejón—, los fuertes vientos y la lluvia se encargaron de todo, poco a poco, año tras año sin cesar. Quizá nosotros los tejones también hicimos lo que pudimos, ¿quién sabe? Y así poco a poco todo se fue hundiendo, convertido en ruinas, hasta que desapareció. Y al mismo tiempo todo iba creciendo, las semillas se convirtieron en arbustos, y los arbustos en árboles del bosque, y las zarzas y los helechos se fueron arrastrándose y ocupando del resto.

El moho de las hojas fue borrando todas las huellas, y los arroyos de invierno trajeron arena y tierra que lo fue cubriendo todo, y así con el tiempo nuestro hogar estuvo listo, y regresamos. Y lo mismo ocurría allí arriba, en la superficie. Llegaron los animales, les agradó el lugar, eligieron su rincón y se instalaron y prosperaron; no les importaba el pasado (eso no se preocupan por el pasado, están demasiado ocupados). El terreno era un

poco montañoso, y algo escabroso, naturalmente lleno de agujeros, pero es una ventaja. Tampoco les preocupa el futuro, cuando quizá regrese la gente a mudarse, por un tiempo, como puede suceder. Ahora viven muchos animales en el Bosque Salvaje. Algunos buenos, otros malos, y otros regular. No doy nombres. Se necesita de todo tipo para hacer el mundo. Pero supongo que sabes de eso a estas alturas.

—Ciertamente —dijo el Topo con un ligero escalofrío.

—Bien, bien —le dijo el Tejón, dándole unas palmaditas en el hombro—; fue tu primera experiencia con ellos. No son tan malos en realidad; y todos debemos vivir y dejar vivir. Pero voy a pasar la voz mañana y creo que no tendrás más problemas. Cualquiera de mis amigos tiene el derecho de ir por donde le apetece en este lugar, ¡o me enteraré! Cuando regresaron a la cocina, encontraron a la Rata caminando de un lado al otro, muy nerviosa. El ambiente subterráneo le resultaba muy pesado, y parecía que el río se iba a escapar si ella no estaba allí para vigilarlo. Se había puesto el abrigo y volvió a poner las pistolas en el cinturón.

—Vámonos, Topo —dijo ansiosamente en cuanto los vio aparecer—. Tenemos que ponernos de camino mientras haya luz. No quiero pasar otra noche en el Bosque Salvaje.

—No te preocupes, amiguita —le dijo la Nutria—. Les acompañó yo, que conozco todos los caminos hasta con los ojos cerrados; y si hay que golpear a alguien, ya me encargaré yo de ello.

—No tengas prisa por irte, Ratita —añadió amablemente el Tejón—. Mis pasillos llegan más lejos de lo que tú crees, y tengo salidas en el lindero del bosque, aunque no quiero que todo el mundo se entere. Cuando de verdad tengan que irse, pueden ir por el atajo. Pero de momento ponte cómoda y siéntate. Pero la Rata seguía nerviosa, y quería regresar rápidamente al río, así que el Tejón tomó la linterna y los condujo por un pasillo húmedo y con poco aire, por trozos abovedados o cavados en roca dura, y que parecía interminable. Por fin pudieron ver la luz del día a través de la enredada vegetación que tapaba el agujero. Tras despedirse rápidamente, el Tejón los empujó por el agujero, que volvió a cubrir con enredaderas, hojas y maleza, y regresó por donde había venido.

Se encontraron de pie en el mismo borde del Bosque Salvaje. Detrás de ellos estaban las rocas, las zarzas y las raíces de los árboles enredadas; ante ellos, los campos tranquilos rodeados por hileras de setos negros sobre la nieve y, más allá, un destello del viejo río, mientras el rojo sol de invierno se escondía detrás del horizonte. La Nutria, que conocía todos los caminos, encabezó el grupo, y se pusieron a caminar en línea recta hacia una lejana cerca. Allí se detuvieron a descansar y, al mirar hacia atrás,

vieron la masa densa y amenazadora del Bosque Salvaje, compacta, sombríamente asentada en los alrededores; simultáneamente dieron media vuelta y se dirigieron rápidamente a la casa, a la luz del fuego de la chimenea, hacia todos los objetos conocidos, hacia la voz alegre del río frente a sus ventanas, del río que ellos conocían y confiaban en todos sus estados de ánimo, que nunca les hizo temer con cualquier sorpresa.

Mientras corría, anticipando ansiosamente el momento en que estaría de nuevo en casa. entre las cosas que conocía y le gustaban, el Topo vio claramente que él era un animalito de campos labrados y setos vivos, ligado al surco del arado, al pasto, a los paseos al anochecer, a la huerta cultivada. Para otros las asperezas, la resistencia obstinada, o el choque de un conflicto real con la Naturaleza en su estado salvaje. El Topo tenía que ser prudente, y permanecer en aquellos lugares agradables donde su vida estaba trazada, y que le ofrecían a su manera suficientes aventuras para toda la vida.

V

Dulce Domum

Las ovejas corrieron juntas hacia los setos con sus hociquitos al aire, y pateando con sus patas delanteras haciendo resonar contra el suelo, con sus cabezas echadas hacia atrás y un suave vapor emanando del colapsado corral de ovejas hacia el frío aire, mientras pasaban dos animalitos muy felices, charlando y riendo. Retornaban por el campo luego de un largo día de excursión con la Nutria, cazando y explorando por los montes donde nacían los pequeños riachuelos que desembocaban en el gran río; las sombras del breve día de invierno comenzaban a cubrir todo y aun les faltaba camino por recorrer. Caminaban al azar por el arado, cuando escucharon las ovejas escucharon a las ovejas y decidieron dirigirse a ellas. Consiguieron un recinto cercado por el que se les hizo el camino más sencillo, además, los llevó llevó a esa interrogante de todos los animalitos, diciéndose de manera errónea: «¡Eso es! ¡Esto lleva a la casa!».

—Parece que nos estamos acercando a un pueblo —dijo el Topo dudoso y disminuyendo el paso.

El sendero se había convertido en un camino y luego en un pequeño carril. A los animalitos no les agradaban los pueblos y sus caminos, y sus propias carreteras, muy transitadas, seguían un curso independiente, sin importarles iglesias, buzones o tabernas.

—¡Oh, no importa! —dijo la Rata. — En esta época del año todo el mundo está en su casa, hombres, mujeres, niños, gatos y perros y todos. Pasaremos sin inconvenientes, ni molestias, y podremos mirar a través de las ventanas y ver qué están haciendo, si quieres.

El apresurado anochecer de mediados de diciembre había arropado totalmente el pueblecito. Cuando ellos se acercaron de puntillas sobre una delgada capa de nieve. A duras penas se lograba ver los cuadrados color anaranjado de las luces o fuego de cada cabaña que alumbraban por las ventanas hacia la oscuridad del exterior. Casi todas las casas eran bajas y enrejadas y carecían de persianas, y para los espectadores de afuera, se veía a los habitantes reunidos alrededor de la mesa, absortos en trabajos manuales o charlando y riendo entre ellos, tenían esa gracia que es lo último que el buen actor conquistar: la gracia natural que acompaña a la intachable inconsciencia de ser observado. Moviéndose de una escena a otra, los dos espectadores, se hallaban tan lejos de su hogar, que poseían algo de melancolía en sus ojos, mientras miraban a un gato ser acariciado, o al ver a un niño somnoliento ser llevado a su cama, o a un hombre cansado estirarse y golpear su pipa en la esquina de leño ardiente.

Pero fue desde una pequeña ventana con persianas bajas donde los animalitos más intensamente sintieron, como una blanca sombra en la noche oscura, aquella sensación de hogar y el pequeño mundo rodeado paredes, extraño al ancho y desconocido mundo de la Naturaleza. Cerca de la persiana blanca, colgaba una jaula de pájaros, con cada barrote, perchas y accesorios distintos y reconocibles, inclusive el opaco terrón de azúcar del día anterior. En la perchas del medio, se encontraba el esponjoso ocupante, con su cabeza bien metida entre sus plumas, que para los dos animalitos les parecía que estaba tan cerca de ellos, que podrían haberlo acariciado con facilidad, si lo hubiesen intentado. Incluso las delicadas puntas de su plumaje se dibujaban con claridad sobre la pantalla iluminada. Mientras miraban, el pequeño adormilado se despertó inquieto, se sacudió y levantó la cabeza. Lograron ver la abertura de su diminuto pico mientras bostezaba con aire aburrido, miraba a su alrededor y luego volvía a esconder su cabeza entre sus perfectas plumas. Luego, una ráfaga de viento amargo los golpeó en la nuca, una nevisca congelada en la piel los despertó como de un sueño. Sintieron que los dedos de sus pies estaban fríos y sus piernas cansadas, y cayeron en cuenta que su hogar estaba lejos y aun les faltaba un buen trecho para llegar a casa.

Pasado el pueblecito, donde de la nada las cabañas cesaron de una manera brusca, pudieron oler a través de la oscuridad, los campos amistosos nuevamente. Se alistaban para caminar el último tramo, el que les llevaría a casa, ese tramo que acabaría en cualquier momento, con el ruido del pestillo de la puerta, la repentina luz del fuego y la vista de objetos familiares que los acogerían como viajeros que retornaban de

ultramar. Caminaron con paso firme y silencioso, cada uno sumergido en sus propios pensamientos. Los del Topo rondaban la cena, estaba muy oscuro y no se veía nada, todo era extraño para él, así que seguía obedientemente los pasos de la Rata, dejándole la guía por completo. Por otro lado la Rata, caminaba un poco más adelante, con los hombros encorvados, la mira puesta fijamente en el recto camino gris que frente a ella; así que no se percató del pobre Topo, cuando el pobre fue sorprendido por una descarga eléctrica.

Nosotros, quienes hace mucho tiempo hemos perdido el más sutil de los sentidos físicos, no poseemos los términos adecuados para expresar la comunicación de un animal con su entorno, y solo poseemos la palabra "olor", por ejemplo, para incluir toda la gama de diversas sensaciones que susurran en el olfato del animal noche y día, avisando, advirtiendo, incitando y repeliendo. Y fue esa, una de esas misteriosas llamadas de la nada, a través de la oscuridad, que alcanzó a Topo, haciéndolo estremecer con su familiar atractivo, incluso sin recordar con claridad qué era. Se detuvo en seco, olfateando por aquí y por allá, en un esfuerzo por buscar el delgado filamento, de aquél mensaje telegráfico que tanto le había entusiasmado. Y de repente, lo había vuelto a atrapar y con él esta vez, los recuerdos le vinieron a la mente.

¡Su hogar! A eso se referían esas suaves llamadas, esos pequeños toques flotando en el aire, esas manitos invisibles que lo empujaban en una sola dirección. No debía estar muy lejos de su hogar, aquel que había abandonado y nunca más volvió a buscar desde el día que halló el río. Y ahora su hogar le enviaba a sus mensajeros y exploradores para traerlo de nuevo hacia ella. Desde que escapó aquella mañana, apenas y recordaba su hogar; ¡tan absorto había estado en su nueva vida! ¡y de la nada sucumbieron ante él una oleada de recuerdos en medio de la noche! Destartalo, in duda, pequeño y ligeramente amueblado, y sin embargo suyo, era su hogar, el que construyó para sí mismo, con el que había sido feliz al regresar, luego de un día de trabajo. Y por lo que veía, su hogar también había sido feliz con él, extrañaba su compañía y lo quería de vuelta y se decía a través de su nariz, con tristezas y reproches, pero sin amarguras, ni molestias; tan solo con un lastimoso recordatorio de que aún estaba allí y lo echaba de menos. La llamada era clarísima, debía marcharse al instante.

—¡Ratita! —gritó lleno de entusiasmo—. ¡Espera! ¡Regresa!

—¡Apresúrate, topo, no te detengas! —le contestó la Rata alegremente, sin parar de caminar.

—¡Por favor! ¡Detente, Ratita! — suplicó el pobre Topo con el corazón angustiado— ¡No comprendes! ¡Es mi hogar, mi antiguo hogar! ¡Me acaba

de llegar su olor, y está cerca de aquí, realmente cerca, de verdad! ¡Y debo regresar, tengo que hacerlo! ¡Regresa, Ratita! ¡Por favor te lo pido, regresa!

Pero la Rata ya estaba muy lejos, demasiado lejos para oír claramente lo que el Topo le estaba diciendo, demasiado lejos para captar la aguda nota de su dolorosa súplica en su voz. Y a ella también la preocupaba algo que podía oler, algo sospechosamente parecido a la nieve que se acercaba.

—¡Mira, ¡Topo, no podemos detenernos ahora, de verdad! —le gritó —. Mañana volveremos a ver lo que acabas de encontrar. Pero es mejor que sigamos caminando. Es tarde, y volverá a nevar, y además no estoy muy segura del camino. Y necesito tu nariz, Topo, así que date prisa, por favor. Y continuó caminando sin esperar respuesta.

El pobre Topo se quedó solo en medio del camino, con el corazón desgarrado, y un gran sollozo acumulándose, en lo más profundo de su ser, que le iba subiendo y quería estallar en un grito. Pero incluso bajo una prueba como ésta, su lealtad hacia su amiga, se mantuvo firme. Ni por un momento se le ocurrió abandonarla. Mientras tanto, la llamada de su hogar le rogaba, le susurraba, le conjuraba y, finalmente, le ordenaba que regresara. No se atrevió a entretenerte en aquel círculo mágico. Con un esfuerzo que le desgarró el corazón se puso en marcha y se siguió sumiso el rastro de la Rata, mientras los tenues y delgados olores aún perseguían su nariz y le reprochaban su nueva amistad y su insensible olvido.

Con gran esfuerzo logró alcanzar a la Rata, que, sin sospechar nada, se puso a charlar alegremente sobre de todo lo que iban a hacer cuando regresaran a casa, y de lo agradable que sería encender un fuego de leña en la sala, y de la cena que se iban a comer. Ni por un momento se dio cuenta de lo triste y silencioso que estaba su compañero. Sin embargo, tras haber caminado un buen rato y al pasar cerca de unos tocones de árboles en el borde de un bosquecillo que bordeaba el camino, la Rata se detuvo y dijo con amabilidad:

—Mira, Topo, pareces agotado. No tienes fuerzas ni para hablar, y vas arrastrando los pies como si fueran de plomo. Nos sentaremos aquí por un minuto a descansar. Por los momentos no parece que vaya a nevar, y ya casi llegamos.

El Topo se dejó caer sobre un tocón e intentó controlarse, de lo que sabía pasaría. El sollozo que tanto esfuerzo le había costado retener no se daba por vencido. Los suspiros se abrían camino hacia el aire, primero uno, y luego otro, y otro más, algunos densos y rápidos; hasta que el pobre Topo no pudo luchar más, y rompió a llorar desconsoladamente, sin poder hacer nada y ahora que todo había terminado y había que había perdido lo que apenas se puede decir que hubiera encontrado.

La Rata, atónita y consternada ante la violenta emoción del Topo y no se atrevió a decir ni una palabra. Al cabo de un rato le preguntó en voz baja y con simpatía:

—¿Qué te pasa, amiguito? Dime ¿qué te pasa? Cuéntame, quizá yo pueda hacer algo.

Al pobre Topo se le hacía muy difícil pronunciar cualquier palabra entre los trastornos de su pecho que venían uno tras otro, con tanta rapidez que le retenían el habla. Por fin, entre muchos sollozos, consiguió sacar algunas frases entrecortadas.

—Sé que es... un lugar pequeño y destortalado... —sollozó— no como tu casita, o la hermosa Mansión del Sapo, o la enorme casa del Tejón, pero era mi pequeña casita, mi hogar, y a mí me gustaba mucho... y me marché y la olvidé por completo, y de la nada la he oido, y allí, en el camino... cuando te llamé y tú no me escuchaste, Ratita, y todas las memorias me volvieron a la mente... ¡y yo lo quería!... ¡Ay! ¡Ay! y cuando tú no quisiste volver, Ratita, y tuve que dejarlo atrás, aunque podía olerlo todo el tiempo, pensé que se me partiría el corazón... Podríamos... Podríamos haberle echado una mirada, Ratita... sólo una mirada..., estaba tan cerca..., pero tú no quisiste volver, Ratita, ¡no quisiste volver! ¡Ay! ¡Ay!

Los recuerdos le trajeron nuevas oleadas de dolor, y las lágrimas volvieron a apoderarse de él, impidiéndole seguir hablando.

La Rata no dijo nada; sólo miró fijamente y le dió al Topo unas palmaditas en el hombro. Pasado un rato, murmuró:

—¡Ahora me doy cuenta! ¡Qué estúpido he sido! Un estúpido ¡Eso soy, qué mal! ¡Pero qué mal!

Esperó a que los sollozos del Topo disminuyeran un poco, y hasta que los hidos se hicieran más frecuentes y los sollozos solo intermitentes. Luego se levantó de su asiento y dijo sin darle importancia:

—¡Bueno, pues más vale que nos pongamos en marcha, amigo! —y se puso a andar por el camino que habían traído.

—¿Pero (hip) a dónde vas (hip), Ratita? —gritó Topo triste, levantando la vista.

—Vamos a buscar esa casita tuya, amigo —respondió con buen humor la Rata—, ¡así que más te vale venir conmigo, porque será difícil encontrarlo sin tu nariz!

—¡No, Ratita, vuelve! —le gritó el Topo, corriendo detrás de ella—. ¡Es inútil, de verdad! ¡Es demasiado tarde, y está todo oscuro, el lugar es demasiado lejos, y va a nevar! Y... además, no quería que te enteraras de

cómo me sentía..., ¡fue un accidente y un error! ¡Y piensa en la Orilla del Río, y en tu cena!

—¡Te digo que voy a encontrar ese lugar ahora! —dijo la Rata con alegría—. Aunque me tenga que pasar la noche buscando, voy a encontrar tu casita. Así que ánimo, amigo, y toma mi brazo, que pronto la encontraremos.

Todo reacio y aun suspirando, el Topo se dejó llevar por su implacable compañero, quien se puso a charlar de todas las divertidas anécdotas que se le ocurrían para animarle y para que aquel camino tedioso pareciera más corto. Cuando por fin le pareció a la Rata que debían estar acercándose al lugar donde el Topo se había detenido, le dijo:

—¡Ahora, no hablemos más! ¡A trabajar! ¡Usa tu nariz y concéntrate!

Continuaron caminando un poco más en silencio durante un breve trecho, cuando de repente la Rata sintió en el brazo sobre el que iba apoyado el Topo como una especie de escalofríos o corriente eléctrica recorría el cuerpo de su amigo. Entonces le soltó el brazo, dio un paso hacia atrás y esperó. ¡Las señales estaban llegando!

El Topo se detuvo un momento, mientras elevaba su nariz, estremeciéndose ligeramente al oler el aire. Entonces dio una caminata corta y rápida hacia delante, dudó, husmeó, volvió de regreso hacia atrás; y ahora avanzó lentamente, pero con confianza.

La Rata, muy entusiasmada, se mantenía siguiéndole el paso al Topo, mientras él cruzaba como un sonámbulo una zanja seca, trepaba a través de un seto se metía por debajo de un seto, y husmeaba en un campo abierto, sin caminos, alumbrado por la tenue luz de las estrellas.

De repente y sin avisar, el Topo se metió en un agujero. Pero la Rata lo seguía con atención y también ella saltó rápidamente por el túnel al que el infalible olfato del Topo los había conducido.

Era angosto y sofocante, con un fuerte olor a tierra, y a la Rata le pareció un trayecto muy largo antes de que terminara y se pudiera poner de pie, estirarse y sacudirse. El topo encendió una cerilla, y a la luz la Rata se vio que se encontraban en un lugar abierto, bien barrido y lijado, y frente a ellos, estaba la pequeña puerta principal del Topo, y encima de la campanilla estaba escrito en letras góticas: «Rincón del Topo».

El Topo descolgó una lámpara de un clavo de la pared y la encendió; y la Rata mirando a su alrededor, observó que estaban en una especie de patio delantero. A un lado de la puerta había un banco de jardín, y del lado contrario un rodillo, porque el Topo era un animal pulcro cuando estaba en casa, no le gustaba que otros animales pasaran por allí levantándole la tierra del patio y haciendo montoncitos de tierra. De las paredes colgaban

cestas de alambre con helechos, alternadas con estatuas de yeso: Garibaldi, el niño Samuel, la reina Victoria y otros héroes de la Italia moderna. A un lado del patio, había una bolera, con bancos a los lados y pequeñas mesas de madera marcadas con huellas de vasos de cerveza. En el medio había un pequeño estanque redondo con peces de colores y estaba rodeado por un borde de conchas de berberechos. Del centro del estanque se levantó una fantasiosa construcción vestida con conchas de berberecho y con una bola de cristal plateada que reflejaba todo y producía un efecto muy agradable.

El rostro del Topo se iluminó al ver todas aquellas cosas tan queridas para él; hizo pasar a la Rata, y encendió una lámpara en el vestíbulo y miró a su antigua casa. Todo estaba cubierto de una espesa capa de polvo, vio el aspecto triste y desierto de la casa abandonada durante tanto tiempo, y además sus pequeñas dimensiones, pues era pequeña, vieja y destortalada. El Topo se dejó caer en un sillón y con la nariz entre las patas, dijo tristemente:

—¡Ay, Ratita! ¿Por qué lo he hecho? ¿Por qué te traje a este lugar frío y pequeño, en una noche como ésta, cuando podríamos ya estar en la Orilla del Río a esta hora, calentándonos los pies sentados delante de la chimenea, con todas tus cosas tan preciosas rodeándonos?

La Rata no prestó atención alguna a sus tristes reproches. Corría de aquí para allá abriendo puertas, inspeccionando habitaciones y armarios, y encendiendo lámparas y velas por todas partes.

—¡Qué casita tan pequeña y linda tienes! —dijo alegremente—. ¡Tan bien aprovechada y planificada! ¡Tiene absolutamente de todo, y cada cosa en su lugar! Esta será una noche alegre, empezaremos con encender un buen fuego. Yo me ocuparé de eso..., ya encontraré la leña. ¿Así que éste es el salón? ¡Espectacular! Asumo que estas literas empotradas en la pared fueron idea tuya. ¡Qué original! Bueno, ahora voy en busca de la leña y el carbón, y tú, Topo, te encargas del plumero —encontrarás uno en el cajón de la mesa de la cocina— e intenta arreglar y limpiar un poco las cosas. ¡Muévete, amigo!

Animado por el entusiasmo de su compañero, el Topo se levantó, quitó el polvo y se puso a limpiar y a sacar brillo con mucha energía, mientras la Rata, que no hacía más que correr de un lado a otro, entrando y saliendo con los brazos cargados de leña, logró encender un buen fuego en la chimenea. Llamó al Topo para que viniera a calentarse un poco; pero de la nada el Topo tuvo otro ataque de tristeza, dejándose caer en el sofá en una oscura desesperación, y con la cara en el plumero se quejó:

—¡Ay, Ratita! ¿Y tu cena? ¡Pobre Ratita con el hambre, frío y cansancio que debes de tener! Y yo que no tengo nada que ofrecerte... ¡Nada!... ¡Ni una migaja de pan!

—Pues vaya hace unos minutos vi un abrelatas en la cocina, y eso significa que también hay latas en algún lugar. —dijo la Rata en tono de reproche—. Anímate, cálmate y ayúdame a buscar.

Y ambos fueron a buscar por todos los armarios y cajones. Después de todo el resultado fue gratificante, aunque pudo haber sido mejor: encontraron una lata de sardinas, una caja de galletas casi llena y una salchicha alemana envuelta en papel de plata.

—¡Qué buen banquete nos vamos a dar! —dijo la Rata mientras arreglaba la mesa —. ¡Conozco muchos animalitos que darían sus orejas por cenar con nosotros esta noche!

—¡No hay pan! —se quejó el Topo—. Ni mantequilla, ni...

—¡Ni paté de foie gras, ni champán! —agregó la Rata sonriendo—. Y a propósito, ¿a dónde lleva la pequeña puerta al final del pasillo? No será el sótano, ¿verdad? ¡Tienes una casita super lujosa! Sólo aguarda un momento.

Se dirigió a la puerta del sótano, y al momento volvió a aparecer cubierta de polvo, con una botella de cerveza en cada pata y otra debajo de cada brazo.

—¿Cómo te cuidas, eh, Topo? —observó—. No te privas de nada. Me fascina tu casita, es realmente el lugar más alegre en el que he estado. ¿De dónde sacaste esos grabados? ¡Hacen de la casa un lugar más hogareño! La verdad, no me parece extraño que te guste tanto vivir aquí, Topo. Cuéntame todo de cómo conseguiste convertirla en lo que es.

Entonces, mientras la Rata se encargaba de traer los platos, cuchillos y tenedores y mostaza que estaba mezclando, el Topo, con la voz llena de emoción, le contó, al inicio con ligera timidez, pero a medida que hablaba lo hacía cada vez con más entusiasmo, de cómo había planificado tal cosa; o cómo había imaginado tal otra; y cómo esto se lo había dejado en herencia inesperada de una tía, y aquello había sido una verdadera suerte, y otras las había comprado tras muchos ahorros y «privaciones». Su ánimo fue restaurado por fin totalmente, y sentía la necesidad de acariciar sus posesiones. Fue en busca de una lámpara para enseñarle a la Rata algunas cosas que requerían largas explicaciones, fue tanta la emoción que incluso se olvidó de la cena que ambos necesitaban. La Rata, que estaba desesperadamente hambriento, aunque se esforzaba en disimularlo, asentía muy seria, y examinaba todo con el ceño fruncido, diciendo: «maravilloso» o «muy interesante», cuando tenía la ocasión de hacer algún comentario.

Por fin la Rata logró atraerlo hacia la mesa y, cuando se disponía a abrir la lata de sardinas, se escucharon sonidos de pasos y un confuso

murmullo de pequeñas voces en el patio, mientras llegaban hasta ellos frases entrecortadas: «ahora, todos en fila... Levanta un poco la linterna, Tommy... Aclaren sus gargantas primero... Que nadie tosa cuando yo haya dicho un, dos, tres... ¿Dónde está el pequeño Bill?... apresúrate, que te estamos esperando...».

—¿Qué ocurre? —preguntó la Rata dejando el abrelatas sobre la mesa.

—Creo que son los ratoncitos de campo —contestó el Topo con orgullo. Van cantando villancicos regularmente en esta época del año.

Por aquí se han convertido en una institución y nunca se olvidan de mí. Siempre dejan para el final al «Rincón del Topo». Yo solía darles alguna bebida caliente, y a veces hasta se quedaban a cenar, cuando podía permitírmelo. Volver a oírlos será como volver a aquellos buenos y viejos tiempos.

—¿Por qué no vamos a verlos? —gritó la Rata, levantándose de un salto y corriendo hasta la puerta.

Un hermoso espectáculo, y oportuno para las fechas hallaron cuando abrieron la puerta. En el patio, iluminado por la tenue luz de una lámpara de cuerno, había unos ocho o diez ratoncitos de campo de pie, haciendo un semicírculo, con bufandas rojas alrededor del cuello, las patitas delanteras bien metidas en los bolsillos, y moviendo los pies en busca de calor. Se miraron tímidamente entre ellos con sus ojitos redondos y brillantes se rieron un poco, sorbiéndose los mocos y limpiándose los en la manga. Cuando se abrió la puerta, el que llevaba la lámpara les estaba diciendo «¿Preparados? ¡Un, dos, tres!», y en seguida sus agudas vocecitas se llenaron de aire, entonando uno de los villancicos más antiguos que sus antepasados habían compuesto en los campos en barbecho congelados, cuando la nieve los cubría y los obligaba a quedarse en los rincones de las chimeneas, y que se habían transmitido de generación en generación para que cantaran por las calles embarradas delante de las ventanas en tiempo de Navidad.

VILLANCICO

Aldeanos todos,
esta marea helada;
dejad que sus puertas abiertas
de par en par
entre la nieve y el viento.
Llévennos junto al fuego

Para esperar.
¡La alegría que
sentirás por la mañana!
Aquí estamos,
entre el frío y la nieve
soplando los dedos
y en el suelo pateando.
Desde muy lejos venimos
hasta aquí a saludarlos,
Ustedes junto al fuego,
nosotros desde la calle.
¡Pero verás que alegría
sentirás por la mañana!
Una estrella nos ha guiado
en la mitad de la noche.
Traía felicidad y bendiciones.
Mañana y eternamente
tendremos dicha bienaventuranza.
¡Alegría para cada mañana!
Escuchando a los ángeles decir
¿Quiénes fueron
Los primeros en llorar?.
¡Todos los animales lo vieron!
En el pesebre donde moraban
¿Quiénes fueron los primeros?
se escuchó decir a los ángeles
¡Los animales estaban en el establo,
era allí donde habitaban!
¡Qué alegría sentirían

aquella mañana!

Las voces cesaron. Los ratoncitos, tímidos pero sonrientes, intercambiaron miradas. Hubo un silencio, pero sólo por un momento. Entonces, desde arriba y muy lejos por el túnel, de donde habían venido, llegó hasta ellos un dulce zumbido musical de campanas lejanas, alegres y estrepitosas.

—¡Muy bien, muchachos! —gritó la Rata encantada—. ¡Ahora pasen todos! Caliéntense junto al fuego de la chimenea y tomen algo caliente.

—Sí, pasen, ratoncitos de campo —gritó entusiasmado el Topo—. ¡Es como en los viejos tiempos! Y que el último cierre la puerta. Pueden arrimar el banco al fuego. Esperen un minuto, mientras nosotros... ¡Oh, Ratita! —gritó con lágrimas en los ojos, dejándose caer en un sillón—. ¿Pero qué estamos haciendo? ¡Si no tenemos nada que darles!

—¡Tranquilo, eso déjamelo a mí! —dijo la Rata—. ¡Oye, tú, el de la lámpara! Ven aquí, quiero decirte algo. Dime, ¿hay alguna tienda abierta a estas horas de la noche?

—Claro que sí, señora —contestó con respeto el ratoncito—. En esta época del año, nuestras tiendas están abiertas a todas horas.

—Entonces, escucha —dijo la Rata—. ¿Por qué no vas con tu lámpara y me compras...?

Y se pusieron a murmurar. Que el Topo sólo podía escuchar fragmentos de su conversación, como: «Que sea fresca, con medio kilo bastará..., pero que sea de marca Buggins, porque no me gusta ninguna otra..., no, que te den el mejor que tengan..., si allí no lo tienen, intentalo en..., ¡sí, claro, que sea casero, nada de latas!, ¡bueno, a ver si te acuerdas de todo!». Luego le proporcionó una amplia cesta para sus compras, y el ratoncito se apresuró a salir con su lámpara y cesta.

Mientras tanto, los demás ratoncitos se calentaban felizmente ante el fuego de la chimenea, calentando sus pequeños pies, muy sentaditos en fila en el banco de madera, y columpiando los pies. El Topo, incapaz de entablar una conversación, se sumergió en la historia familiar, y les hizo recitar uno a uno los nombres de todos sus hermanos y hermanas, que aún eran demasiado jóvenes para que los dejaran salir este año a cantar villancicos, pero esperaban que muy pronto recibirían el permiso de sus padres.

Mientras tanto, la Rata examinaba con mucha atención la etiqueta de una de las botellas de cerveza.

—Por lo que veo esto es Old Burton —comentó con aprobación—. ¡Este Topo sabe lo que es bueno! ¡Exquisito! Podríamos hacer un ponche de

cerveza. Prepáralo todo, Topo, mientras yo destapo las botellas.

No tardaron en preparar la bebida, y metieron el puchero entre las brasas rojas de la chimenea. Y en un abrir y cerrar de ojos, todos los ratoncitos de campo estaban bebiendo, tosiendo y atragantándose (ya que un poquito de ponche da para mucho), y parpadeaban, se reían y se olvidaban de aquel frío que habían pasado.

—Estos muchachos también son actores de teatro —explicó el Topo a la Rata—. Crean ellos mismos las historias, y luego las representan. ¡Y lo hacen muy bien! El año pasado hicieron una obra excelente, sobre un ratón que fue capturado en el mar por un corsario de Berbería, y al que obligaron a remar en una galera; y cuando se escapó y volvió a casa, su amada se había internado en un convento. ¡Oye, tú! Tú actuabas en aquella obra, lo recuerdo. Levántate y recita un poco.

El ratoncito al que había señalado se levantó, riendo tímidamente, miró a su alrededor y se quedó callado. Sus amiguitos le animaban, y el Topo le aplaudió, hasta que la Rata se levantó y lo sacudió un poco por los hombros. Pero no hubo manera de quitarle el susto que tenía encima. Estaban todos ocupadísimos con él, como bañistas poniendo en práctica las reglas de la Real Sociedad Humanitaria en caso de inmersión prolongada, cuando se oyó el picaporte, la puerta se abrió y apareció el ratoncito de campo con su farol, tambaleándose bajo el peso de la cesta.

En el momento en que el contenido de la cesta estuvo esparcido encima de la mesa, ya no se habló más de la representación. Bajo las órdenes de la Rata, a cada uno le tocó hacer algo. En pocos minutos la cena estuvo preparada, y el Topo, que se había sentado a la cabecera de la mesa como si estuviera soñando, se encontró frente a una tabla, hasta entonces vacía, cargada de entremeses; vio las caras radiantes de sus amiguitos, que no se hacían rogar; y por fin él, que estaba muerto de hambre, también se abalanzó sobre la comida que había aparecido como por arte de magia, pensando lo feliz que había resultado la vuelta a casa. Mientras cenaban hablaron de los viejos tiempos, y los ratoncitos de campo les pusieron al día de los últimos rumores, y contestaron tan bien como pudieron a las preguntas que les hacía el Topo. La Rata casi no dijo ni una palabra, pero se ocupó de que a ningún invitado le faltara nada, y tuviera todo lo que quisiera, y de que el Topo no tuviera que preocuparse por nada.

Al fin todos se marcharon muy agradecidos y felicitándoles por las Pascuas, con los bolsillos llenos de regalos para los hermanitos y hermanitas que se habían quedado en casa. Cuando el último se hubo marchado, y dejó de oírse el tintineo de los faroles, el Topo y la Rata avivaron el fuego, arrimaron las sillas, se sirvieron una última copa de ponche de cerveza, y se pusieron a charlar sobre los incidentes de aquel largo día. Por fin la Rata dijo bostezando:

—Mira, Topito, me muero de sueño. ¿Es ésa tu litera? Vale. Entonces yo me quedo en ésta. ¡Qué casita más estupenda! ¡Todo tan a mano!

Se subió a la litera, se envolvió bien en las mantas y el sueño se la llevó como los brazos de una segadora que levanta una gavilla de cebada.

El Topo también estaba deseando meterse en la cama, y muy pronto apoyó la cabeza sobre la almohada, feliz y contento. Pero antes de cerrar los ojos, los dejó caminar por su habitación, bañada por el resplandor del fuego que jugaba e iluminaba los objetos familiares que durante tanto tiempo habían formado parte de él, y ahora lo recibían sonrientes, sin rencor.

Finalmente tenía el estado de ánimo al cual la Rata lo había llevado con tanta delicadeza. Se dio cuenta de lo sencillo, incluso estrecho que era todo, pero también sabía lo importante que era aquello para él, y cuánto significaba para todo el mundo tener un puerto donde refugiarse.

No tenía la intención de abandonar su nueva vida al aire libre, ni de dar la espalda al sol, a la brisa, a todo aquello que le habían ofrecido, y encerrarse en casa; el mundo de la superficie era demasiado atrayente, y lo llamaba aun allí abajo, y sabía que pronto o tarde tendría que regresar a él. Pero le agradaba saber que tenía un lugar a donde volver, un hogar todo suyo, lleno de cosas con las cuales siempre podía contar para que le trajeran tanta alegría y buenos recuerdos.

VI

EL SEÑOR SAPO

Era una hermosa mañana de principios de verano; el río había vuelto a su cauce normal y a su acostumbrado ritmo, y el sol caliente parecía sacar de la tierra, como si lo tirase desde el extremo de una cuerda, cualquier brotecillo que fuese verde, frondoso y puntiagudo. El Topo y la Rata habían estado despiertos desde el amanecer y estaban muy ocupados con todo lo relacionado a los barcos y al comienzo de la temporada de

navegación, pintando y barnizando, arreglando remos y cojines, buscando bicheros perdidos y un montón de cosas más. Y estaban terminando de desayunar en su pequeño salón y discutiendo sus planes para el día, cuando de repente llamaron a la puerta.

—¡Vaya! —dijo la Rata, que estaba a medio comer un huevo— Mira quien es, Topito, ya que has terminado, ve a abrir la puerta.

El Topo salió y la Rata pudo oír un grito de sorpresa. El Topo abrió la puerta de golpe y anunció con mucha alegría:

—¡El señor Tejón!

Sin duda era una maravilla que el Tejón les hiciera una visita a ellos o a cualquier otro. De costumbre había que cazarlo, si de verdad necesitabas verlo, mientras se deslizaba silenciosamente a lo largo de un seto, muy de mañana o a última hora de la tarde, tenías que ir hasta su casa en medio del Bosque Salvaje, lo cual era un peligro.

El Tejón se quedó parado en medio del salón y miró a los dos animales con la cara muy seria. La Rata dejó caer su cuchara sobre el mantel y lo miró boquiabierto.

—¡Ha llegado la hora! —dijo finalmente el Tejón con gran solemnidad.

—¿Qué hora? —preguntó inquieta la Rata, mirando el reloj encima de la chimenea.

—Querrás decir la hora de quién —contestó el Tejón— ¡Pues la del Sapo por supuesto!

¡La Hora del Sapo! Dije que me encargaría de él tan pronto como el invierno terminara, ¡y me voy a encargar de él hoy mismo!

—¡La Hora del Sapo, por supuesto! —gritó encantado el Topo. — ¡Hurra! ¡Ya me acuerdo! ¡Nosotros le enseñaremos a ser un Sapo sensato!

—Hay que hacerlo esta misma mañana —añadió el Tejón, sentándose en una silla. — Anoche me enteré de buena fuente que el Sapo ha encargado otro automóvil nuevo y de gran potencia. Seguramente en este mismo momento el Sapo se está vistiendo con ese disfraz tan horrendo y que tanto le gusta, y que lo convierte, a él que es un Sapo de bastante buen vestir, en un Objeto odioso para cualquier animal de buen gusto que se cruce con él. Tenemos que poner manos a la obra antes de que sea demasiado tarde. Ustedes deben acompañarme ahora mismo a la Mansión del Sapo, y podremos llevar a cabo la misión de rescate.

—¡Tienes razón! —gritó la Rata, levantándose de un brinco. — ¡Es nuestro deber rescatar al pobre e infeliz animal! ¡Lo convertiremos! ¡Será el Sapo más sensato que ha existido jamás!

Se pusieron en marcha guiados por el Tejón, para llevar a cabo su misión de salvamento. Cuando los animales van juntos, siempre caminan de una manera adecuada y sensata, en fila india, en vez de ir uno junto a otro, a todo a lo ancho de la carretera, cosa que dificultaría el poder ayudarse unos a otros en caso de peligro inesperado.

Cuando llegaron al camino de la Mansión del Sapo, encontraron allí estacionado frente a la casa, y tal y como el Tejón les había anunciado, un automóvil nuevo y resplandeciente, muy grande y pintada de rojo vivo (el color preferido del Sapo). Al acercarse a la puerta, ésta se abrió de golpe y apareció el señor Sapo, ataviado con lentes, gorra, botas y un enorme abrigo, y bajó las escaleras muy ensimismado, poniéndose los guantes.

—¡Hola, chicos! ¡Vengan! —gritó con alegría al verlos. — Llegan justo a tiempo para dar un... esto... un alegre... para dar un... alegre...

Agarró al Sapo por el brazo y se lo llevó al cuarto, y cerró la puerta tras de sí.

Su tono cordial desapareció cuando notó la mirada severa de sus silenciosos amigos, y no pudo acabar la invitación. El Tejón subió los escalones y ordenó con seriedad a sus compañeros:

—¡Llévenlo adentro! —Luego, mientras empujaban al Sapo hacia el interior de la mansión, a pesar

de sus protestas, el Tejón se volvió hacia el chófer encargado del automóvil nuevo y le dijo:

—Me temo que por el momento no harán falta sus servicios. El señor Sapo ha cambiado de opinión. Ya no necesita el auto. Por favor, comprenda que esto es definitivo. No hace falta que siga esperando. Luego entró en la casa y cerró la puerta.

—¡Vamos a ver! —le dijo al Sapo cuando estuvieron los cuatro en el salón —¡Para empezar, quítate todos esos trapos de encima!

—¡No! —contestó el Sapo enérgicamente— ¿Qué significa todo esto? ¡Exijo una explicación ahora mismo!

—Ustedes dos, desvístanlo —ordenó el Tejón.

Tuvieron que tumbar al Sapo en el suelo, que pataleaba y los insultaba, antes de poder quitarle nada. Entonces la Rata se sentó encima de él, y el Topo le fue quitando una a una todas las prendas de su uniforme, y lo pusieron otra vez de pie. Fue como si, al quitarle aquella indumentaria, también le hubieran quitado gran parte de su aire fanfarrón parecía haberse evaporado con la eliminación de su fina panoplia. Ahora que ya no era el Terror de la Carretera, sino simplemente el Sapo, se reía y los miraba con ojos suplicantes, como si entendiese perfectamente de qué se trataba.

—Mira, Sapo, sabías que llegaría a esto, tarde o temprano —le explicó el Tejón muy serio. — No has escuchado ninguna de nuestras advertencias, y te has dedicado a derrochar todo el dinero que heredaste de tu padre, y nos estás dando mala fama a todos los animales de esta zona por culpa de tus accidentes y peleas con la policía. La independencia es muy buena, pero nosotros, los animales, nunca permitimos que uno de nuestros amigos haga el ridículo más allá de ciertos límites; y tú has llegado al límite. Así que mira. Tú eres un buen chico, y no quiero enfadarme contigo. Te doy una última oportunidad para que entres en razón. Ven conmigo a la sala que tengo que decirte unas cuantas cosas, y ya veremos si cambias o no de opinión.

¡Eso no servirá de nada! —dijo la Rata con desdén. — ¡No sirve de nada hablar con el Sapo! ¡Dirá cualquier cosa!

Se sentaron en unos sillones y esperaron pacientemente. A través de la puerta cerrada podían oír el murmullo continuo del Tejón, que subía y bajaba en oleadas de oratoria. Luego se dieron cuenta de que el sermón se interrumpía a intervalos por unos sollozos prolongados que, por supuesto procedían del Sapo, que al fin y al cabo tenía buen corazón y era fácil convencerlo, por lo menos durante un tiempo, de cualquier cosa.

Después de unos tres cuartos de hora se abrió la puerta y apareció el Tejón, llevando de la pata al pobre Sapo. Su piel le colgaba como un saco, le temblaban las patas y las lágrimas provocadas por el conmovedor discurso del Tejón habían dibujado surcos en sus mejillas.

—Siéntate, Sapo —dijo amablemente el Tejón, señalando una silla. Y Continuó: —Amigos, me complace poder informarles que por fin el Sapo ha reconocido sus errores. Está muy arrepentido de haberse portado tan mal, y está dispuesto a olvidarse para siempre de los autos. Y me ha dado su palabra de honor.

—¡Qué buena noticia! —dijo el Topo muy serio.

—Muy buena noticia —comentó la Rata dudosa, — sólo que... sólo que... estaba mirando muy fijamente al Sapo, y percibió un brillo en los ojos tristes del animal. —Sólo hay una cosa más por hacer —prosiguió complacido el Tejón. — Sapo, quiero que repitas delante de tus amigos todo lo que me acabas de decir ahí dentro. Para empezar, ¿te arrepientes de todo lo que has hecho y admites que era toda una locura?

Hubo una pausa muy larga. El Sapo miraba desesperado a un lado y al otro, mientras los otros animales esperaban en silencio. Y por fin habló:

—¡No! —dijo de mal humor, pero con firmeza. — No me arrepiento de nada. ¡Y no fue toda una locura! ¡Fue una maravilla!

—¿Qué? —gritó el Tejón escandalizado. — No me vengas con eso.

—¿No me dijiste ahí dentro que...?

—Oh, sí, sí, ahí dentro —dijo el Sapo impaciente. — Hubiera dicho cualquier cosa ahí dentro. Eres tan elocuente, querido Tejón, tan conmovedor y tan convincente. Y lo explicas todo tan bien, que ahí adentro podías hacer lo que quisieras conmigo, y lo sabías. Pero me lo he estado pensando, y la verdad es que no me arrepiento de nada, así que de nada sirve decir que lo siento, ¿verdad?

—¿Así que no nos prometes que jamás volverás a tocar un automóvil? —dijo el Tejón.

—¡Desde luego que no! —contestó el Sapo con énfasis. — Por el contrario, Les doy mi palabra de honor de que en el primer auto que vea, ¡pop pop! me largo.

—Te lo dije ¿verdad? —comentó la Rata al Topo.

—Muy bien —dijo el Tejón con firmeza mientras se ponía de pie. — Si no te convencemos por las buenas, tendremos que hacerlo por las malas. Ya me temía yo que tendríamos que llegar a esto. Ya nos has pedido muchas veces que nos quedemos contigo unos días en tu hermosa mansión. No nos marcharemos hasta que te hayamos convencido de que tenemos razón. Ustedes, llévenlo a su habitación y enciérrrenlo ahí hasta que hayamos decidido lo que vamos a hacer.

—Es por tu propio bien, Sapito, ya lo sabes —dijo amablemente la Rata mientras se llevaban al Sapo, que pataleaba como un endemoniado. — Piensa en lo bien que nos lo vamos a pasar todos juntos, como solíamos hacer, una vez que te haya pasado esta... ¡esta locura!

—Nosotros nos encargamos de todo hasta que te estés bien, Sapito —dijo el Topo, — y no malgastaremos tu dinero como tú.

—Ya no tendrás más peleas con la policía, Sapo —dijo la Rata mientras lo metían en su habitación.

—No tendrás que pasar semanas enteras en el hospital, Sapo —añadió el Topo, echándole candado a la puerta. Mientras bajaban las escaleras, el Sapo los insultaba por el ojo de la cerradura: los tres amigos se reunieron para discutir la situación.

—Va a ser un asunto complicado —dijo el Tejón suspirando. — Nunca había visto al Sapo tan decidido. Pero aguantaremos hasta el final. No debemos dejarlo solo ni un momento. Nos tendremos que ir turnando, hasta que ese veneno salga de su cuerpo.

Pusieron los relojes a punto. Los tres se turnaban para dormir una noche cada uno en la habitación del Sapo, y para acompañarle de día. Por supuesto, al principio el Sapo estaba muy molesto. Cuando le daban

ataques muy violentos, colocaba las sillas de la habitación como si fueran las piezas de un carruaje y se sentaba en una de ellas, inclinado hacia delante y con la mirada fija, haciendo ruidos de lo más groseros; de repente, pegaba un brinco por los aires y caía en medio de las sillas destrozadas feliz y satisfecho. Sin embargo y con el tiempo, estos violentos ataques se hicieron menos frecuentes, y sus amigos procuraron distraerle con cosas nuevas. Pero su interés por otros asuntos no volvía, y estaba cada vez más triste y deprimido.

Una hermosa mañana la Rata, que estaba de turno, subió a cambiar con el Tejón, que estaba deseando salir a estirar las patas y dar un largo paseo por el bosque y sus madrigueras.

—El Sapo aún está en la cama —le dijo a la Rata mientras salía. — Habla poco. Sólo dice que le dejemos en paz, que no necesita nada, que ya es mayor, que seguro con el tiempo se pondrá mejor, y que no nos preocupemos tanto por él. ¡Así que ten cuidado, Rata! Cuando el Sapo se porta bien, como un niño que se quiere ganar un premio, es el momento más peligroso. Seguro que está tramando algo. ¡Lo conozco! Bueno, yo me marcho.

—¿Cómo estás hoy, viejo amigo? —preguntó alegre la Rata, acercándose a la cama del Sapo.

Tuvo que esperar unos minutos antes de recibir una respuesta. Por fin una voz débil le contestó:

—Muchas gracias, Ratita. Té agradezco que te intereses por mí. Pero dime, y tú, ¿cómo estás? ¿Y el bueno del Topo?

—Nosotros estamos muy bien —le contestó la Rata. Y añadió sin darse cuenta de lo que hacía: — El Topo ha salido a pasear con el Tejón; no volverán hasta la hora de comer, así que podemos pasar una mañana muy entretenida los dos juntos, y procuraré distraerte. Ahora levántate, sé bueno, y no estés haciéndote el vago en una hermosa mañana como ésta.

—Mi querida Ratita —susurró el Sapo, — ¿es que no te das cuenta del estado en que me encuentro? ¡Ya no puedo levantarme, y me temo que nunca volveré a hacerlo! Pero no te preocupes por mí. No me gusta ser una carga para mis amigos, y espero dejar de serlo muy pronto. ¡De verdad que lo espero!

—Yo también lo espero —dijo la Rata de buen humor. — Has estado molestándonos todo este tiempo, y me alegra saber que esto no durará mucho. ¡Y con este tiempo, la temporada de navegación ya ha empezado! ¿No te da vergüenza, Sapo? Y no es que nos importe, pero nos estás haciendo perder un montón de cosas.

—Me temo que sí me importa —contestó lánguidamente el Sapo. — Los comprendo. Es normal. Están hartos de mí. No tengo derecho a pedirles nada más. Soy un fastidio, ya lo sé...

—Desde luego que sí —dijo la Rata. — Pero me tomaría todas las molestias del mundo con tal de que fuieras sensato.

—Si supiese que era cierto, Ratita —murmuró débilmente el Sapo, — entonces te pediría... puede que sea lo último que te pida... que vayas al pueblo... quizá ya sea demasiado tarde... y busques al médico. Pero no te moleste, quizá sea mejor dejar que las cosas sigan su curso.

—¿Para qué quieres un médico? —preguntó la Rata acercándose a examinarlo. Estaba tendido muy quieto, hablaba muy bajito y parecía muy cambiado.

—Te habrás dado cuenta en estos últimos días... —murmuró el Sapo. — Pero no... ¿Por qué ibas a hacerlo?... Darse cuenta de algo es una molestia. Quizá mañana pienses: «¡Si me hubiera dado cuenta a tiempo! ¡Si hubiera hecho lo que me pedía!». Pero no: es una molestia. No importa... Olvida lo que dije.

—Mira, viejo amigo—dijo la Rata, que empezaba a inquietarse, — claro que iré a buscar al médico, si de verdad crees que lo necesitas. Pero no puedes estar tan mal. ¿Por qué no hablamos de otra cosa?

—Mi querido amigo —dijo el Sapo, con una sonrisa triste, — me temo que en un caso como éste no sirve de nada «hablar», de hecho, tampoco el médico servirá. Y a pesar de todo, uno se aferra a la más mínima esperanza. A propósito... ya que hablamos del tema... No quisiera causarte más molestias, pero, ahora que me acuerdo, pasarás por delante de su puerta... ¿Te importaría decirle al abogado que se pase por aquí? Me convendría hablar con él, ya que hay momentos... quizá debería decir que hay un momento... cuando uno tiene que enfrentarse a tareas desagradables, por mucho que le cueste.

—¡Un abogado! ¡Debes estar muy enfermo! —musitó la Rata muy asustada, mientras salía de la habitación, sin olvidarse, por supuesto, de cerrar la puerta con llave.

Estando afuera, se detuvo a pensar. Los otros dos estaban ya lejos, así que no podía pedirles consejo. «Es mejor estar en el lado seguro», pensó. «Ya sé que el Sapo se ha creído muy enfermo en otras ocasiones, sin ninguna razón. ¡Pero nunca le he oído mandar llamar a un abogado!» «Si de verdad no le pasa nada, el médico le dirá que es un tonto y lo animará. Así que no perdimos nada. Más vale seguirle la corriente. Estaré devuelta enseguida».

Así que se fue corriendo a la aldea en su misión de misericordia. El Sapo, que había saltado de la cama en cuanto oyó la llave girar en la cerradura, lo miraba por la ventana hasta que desapareció por el camino de carruajes. Luego, con una gran carcajada, se vistió lo más rápido posible con la ropa más elegante que pudo encontrar y se llenó los bolsillos con el dinero que tenía guardado en un cajón de la cómoda. Por último, ató las sábanas de su cama y, amarrando una punta de la improvisada cuerda al parteluz central de la bonita ventana estilo Tudor de su atractivo dormitorio, se deslizó hasta el suelo y se marchó silbando una alegre canción en dirección contraria a la que había tomado la Rata.

¡Qué buenas comidas le dieron a la pobre Rata cuando regresaron el Topo y el Tejón y les tuvo que contar aquella historia tan poco convincente! El lector puede imaginarse los comentarios tan cáusticos, por no decir brutales del Tejón, así que no hará falta repetirlos. Pero lo que más le dolió a la Rata fue que hasta el Topo, que solía defender a su amigo, acabó por decirle:

—Esta vez has sido un poco tonta, Ratita. ¡Y, por si fuera poco, con el Sapo!

—¡Qué bien lo hizo! —dijo la Rata avergonzada.

—¡Buena te la hizo! —contestó el Tejón algo brusco. — ¡En fin, de nada sirve lamentarse! Esta vez se nos ha escapado. Y lo peor es que estará tan orgulloso de lo listo que ha sido, que podría cometer cualquier locura. El único consuelo es que ahora estamos libres, y no tenemos que perder más tiempo haciendo de centinelas. Pero mejor será que nos quedemos un poco más en la Mansión del Sapo. Pueden traerlo de vuelta en cualquier momento... en una camilla, o entre dos policías.

Así hablaba el Tejón sin saber lo que el futuro les tenía reservado, y cuánta agua turbia tendría que correr bajo los puentes antes de que el Sapo regresara de nuevo a su Mansión ancestral.

Mientras tanto, el alegre e irresponsable Sapo caminaba a buen paso por la carretera, ya a algunos kilómetros de su hogar. Al principio, había tomado senderos y cruzado campos, y había cambiado varias veces de ruta, temiendo que le persiguiesen; pero ahora se sentía seguro, y el sol brillaba en el cielo, y la naturaleza entonaba la canción de alabanza que le cantaba su propio corazón, y casi le entraban ganas de ponerse a bailar por el camino, de lo orgulloso que se sentía.

«¡Qué listo he sido!», se dijo a sí mismo, riendo. «¡El cerebro contra la fuerza bruta!... Y claro, el cerebro sale ganando... ¡Pobre Ratita! ¡Pobrecita, la que se va a armar cuando regrese el Tejón! Es un amigo digno, la Ratita, con muchas cualidades, pero con poca inteligencia y

ninguna educación. Ya me encargaré de ella uno de estos días, a ver si puedo enseñarle un par de cosas».

Lleno de pensamientos tan vanidosos como éstos siguió caminando con la cabeza erguida, hasta que llegó a un pueblo. Al ver el gran letrero de la posada «El León Rojo» en medio de la calle principal, se acordó de que no había desayunado y que estaba muerto de hambre después de la larga caminata. Entró en la posada, pidió el mejor almuerzo que pudieran prepararle en tan poco tiempo y se sentó a comer en el salón del café. Estaba a medio comer cuando un ruido bastante familiar le hizo pegar un brinco, y se puso a temblar. ¡pop! ¡pop! se fue acercando, escuchó el automóvil girar en el patio y detenerse, y el Sapo se tuvo que agarrar a la pata de la mesa para controlar la emoción que lo dominaba. Entonces un grupito de viajeros hambrientos, alegres y habladores entraron en el salón del café, comentando las hazañas de la mañana y las cualidades del automóvil que los había llevado hasta ahí. El Sapo escuchó ansioso unos minutos. Pero al final no pudo soportarlo.

Salió discretamente del salón, pagó la cuenta en la barra y se dirigió al patio de la posada.

—¿Qué tiene de malo que me ponga a mirarlo? —musitó. El vehículo estaba en medio del patio, sin que nadie lo vigilara, ya que los mozos de cuadra y otros mirones estaban comiendo. El Sapo caminaba lentamente a su alrededor, inspeccionando y criticando, sumido en sus pensamientos.

«¿Me pregunto», se dijo así mismo, «me pregunto si este tipo de automóvil arranca con facilidad?».

Y de repente, sin saber cómo, agarró la manivela y la giró. Y cuando oyó el ruido familiar, su antigua pasión renació en lo más profundo de su alma. Como en un sueño, se encontró sentado en el asiento del conductor. Como en un sueño, levantó la palanca, dio la vuelta al patio y salió cruzando la arcada; como en un sueño, perdió todo el sentido del bien y del mal, y el temor de las posibles consecuencias de todo aquello. Aceleró y, mientras el auto avanzaba por la carretera hacia el campo, sólo era consciente de que volvía a ser el Sapo, el Sapo en su mejor momento, el Sapo, el Terror, el domador del tráfico, el Señor del sendero, a quien todos debían ceder el paso, sin pena de acabar hechos polvo para siempre jamás. Cantaba mientras volaba, y el automóvil le contestaba con un zumbido sonoro; las ruedas se tragaban los kilómetros, mientras avanzaba hacia lo desconocido, complaciendo sus instintos, viviendo aquel momento, inconsciente de lo que pudiera suceder más tarde.

—En mi opinión —observó contento el Presidente del Tribunal de Magistrados, — el único problema que se presenta en este caso, por lo demás muy claro, es hallar un castigo lo suficientemente duro para el incorrigible, insensible y pícaro rufián que tenemos ahí sentado en el

banquillo, muerto de miedo. Vamos a ver. Sin lugar a dudas es culpable, primero, de robar un valioso automóvil; segundo, de conducir alocadamente, y tercero, de tratar con gran impertinencia, a la policía. Señor Escribano, ¿podría decírnos, por favor, ¿cuál es el castigo más severo que se puede imponer por cada uno de estos delitos? Y por supuesto, sin tener en cuenta ningún atenuante, ya que no lo hay. El Escribano se rascó la nariz con la pluma.

—Algunos consideran —observó— que el robar un automóvil es la peor ofensa; y así es. Pero sin duda alguna, burlarse de la policía merece el peor castigo. Y así tiene que ser. De modo que pongamos doce meses por el robo, lo cual no es mucho: y tres años por conducir a lo loco, que es bastante indulgente; y quince años por insultar a la policía, sobre todo cuando los insultos son tan desagradables, a juzgar por lo que hemos podido oír a los testigos, aunque sólo creemos la décima parte de lo que hemos oído (¡que yo por mi parte prefiero no creer más!) ... Si sumamos todo esto nos da diecinueve años...

—Estupendo —dijo el Presidente.

—Más vale que redondeemos a veinte años, por si las moscas — concluyó el Escribano.

—¡Buena sugerencia! —asintió el Presidente. — ¡Acusado, trate de permanecer firme! Esta vez van a ser veinte años. Y como aparezca de nuevo ante nosotros por cualquier otro delito, tendremos que tratarlo con rigurosa severidad. Y entonces, los brutales servidores de la ley agarraron al desventurado Sapo, lo encadenaron y se lo llevaron, llorando, rogando y protestando, del Palacio de Justicia, por la plaza del mercado, donde el burlón populacho, siempre tan severo con el criminal convicto como compasivo con el perseguido, se dedicó a insultarlo y a tirarle zanahorias. Pasaron delante de una escuela, y los inocentes chiquillos sonrieron de placer al ver a un caballero en apuros; y por el puente levadizo, y bajo el rastrillo y la amenazadora arcada del viejo y austero castillo, con sus torreones elevadísimos. Pasaron por los cuartos de la guardia, donde los soldados fuera de servicio les hicieron la burla; delante de unos centinelas que tosieron con sarcasmo, que es lo máximo que un centinela de guardia se atreve a hacer para mostrar su desprecio y repugnancia hacia el crimen. Subieron por la vieja escalera de caracol, pasaron delante de soldados con cascós y armadura de acero, que lo miraron con ojos amenazadores a través de sus viseras; cruzaron patios, donde los mastines tiraban de las cuerdas, intentando echarse sobre él; pasaron junto a carceleros viejísimos, con las alabardas apoyadas contra la pared, amordorados frente a un trozo de empanada y una jarra de cerveza. Pasaron junto a los instrumentos de tortura, por un pasillo retorcido que llevaba al patíbulo privado, hasta que llegaron frente a la puerta de la mazmorra más remota del viejo torreón.

Allí, al fin, se detuvieron ante un viejo carcelero que jugueteaba con un manojo de enormes llaves.

—¡Pardiez! —dijo el sargento de policía, quitándose el casco y enjugándose la frente. — Levántate, viejo tonto, y encárgate de este Sapo despreciable, criminal de lo más malvado, pero también astuto y habilidoso. ¡Vigílalo lo mejor que puedas! Y entérate bien, anciano: si sucediera cualquier desgracia, tu vieja cabeza responderá por la suya... ¡y lo siento por las dos! El carcelero asintió con un gesto torvo y agarró al pobre Sapo por el hombro. La llave oxidada rechinó en la cerradura, la gran puerta se cerró detrás de ellos. Y el Sapo quedó prisionero e indefenso en la mazmorra más remota de la cárcel mejor guardada del más austero castillo a lo largo y ancho de la Alegre Inglaterra.

VII

EL FLAUTISTA EN LAS PUERTAS DEL AMANECER

En el sauce, escondido en la orilla oscura del río, silbaba su canción. Aunque ya eran más de las diez de la noche, el cielo retenía algunos tardíos jirones de la luz del día; el tórrido calor de la tarde se disipaba bajo

los fríos dedos de la corta noche de verano. El Topo estaba tumbado en la orilla, agotado por el ardor de un día sin una sola nube desde el amanecer hasta la puesta del sol. Estaba esperando a su amigo. Mientras él había pasado un rato en el río con unos compañeros, la Rata tenía un compromiso pendiente con la Nutria. Cuando el Topo regresó a casa, la encontró oscura y vacía. Sin duda, la Rata se había entretenido con su viejo amigo. Hacía demasiado calor para quedarse en la casa, así que se tumbó sobre unas hojas frescas de acedera y se puso a pensar en todo lo que había hecho aquel día, y lo bien que se lo había pasado. Pronto escuchó el paso ligero de la Rata, que se acercaba sobre la hierba seca.

—¡Bendita frescura! —dijo mientras se sentaba, mirando pensativa hacia el río, silencioso y preocupado.

—Supongo que te quedaste a cenar — dijo el Topo.

—No tuve más remedio —contestó la Rata. — No querían que me marchara antes de cenar. Ya sabes lo acogedores que son. Y se esforzaron por entretenarme todo el tiempo que estuve con ellos. Pero me sentí muy incómoda, porque me daba cuenta de que estaban muy disgustados, aunque trataban de ocultarlo. Me temo que estás en problemas, Topo. El pequeño gordito ha vuelto a desaparecer. Y ya sabes lo mucho que lo quiere su padre, aunque nunca hable del tema.

—¿Ese niño? —dijo el Topo, sin darle importancia. — Bueno, ¿y por qué preocuparse? Siempre está vagando por ahí y perdiéndose, pero siempre regresa. ¡Es tan aventurero! Pero nunca le pasa nada malo. Todo el mundo lo conoce y lo quiere mucho, tanto como a la vieja Nutria, y estoy seguro de que algún animal lo encontrará y lo traerá de vuelta. ¡Si hasta nosotros mismos lo hemos encontrado varias veces a muchos kilómetros de casa tan alegre y confiado!

—Sí, pero esta vez es más serio —dijo la Rata. — Hace ya varios días que se marchó, y las Nutrias lo han buscado por todas partes, sin encontrar el menor rastro. Y han preguntado a todos los animales de los alrededores, y nadie lo ha visto. La Nutria está más preocupada de lo que parece. Acabó por confesarme que el pequeño Gordito todavía no ha aprendido a nadar muy bien, y me imagino que estaba pensando en la presa. Aún baja mucha agua, teniendo en cuenta la época del año, y aquel lugar siempre ha tenido una gran fascinación para el niño. Y además hay... bueno, trampas y otras cosas, ya sabes. La Nutria no es el tipo de animal que se preocupa por sus hijos sin razón. Y ahora está preocupada. Cuando me despedí, me acompañó fuera... me dijo que necesitaba un poco de aire fresco y que quería estirar las patas. Pero me di cuenta de que le pasaba algo, así que le pedí que me acompañara, y se lo fui sacando todo poco a poco. Dijo que iba a pasar la noche vigilando el vado. ¿Te acuerdas del lugar donde solía estar el vado en tiempos cuando aún no habían construido el puente?

—Claro que sí —dijo el Topo. — ¿Pero por qué se le ha ocurrido a la Nutria ir a vigilar aquel lugar?

—Parece ser que fue allí donde le dio a el Gordito su primera clase de natación —contestó la Rata. — Desde aquel lugar arenoso que hay a la orilla. Y era allí donde le solía enseñar a pescar, y donde el pequeño Gordito atrapó su primer pez, de lo cual estaba muy orgulloso. Al pequeño le encantaba aquel lugar, y la Nutria cree que, si regresa de sus vagabundeoos por donde quiera que esté (si es que aún está en algún lugar el pobre animalito), es probable que se dirija hacia el vado que tanto le gustaba; o si por casualidad llegara hasta ahí, lo reconocería, y se quedaría ahí jugando. Así que cada noche la Nutria va ahí, a vigilar... por si acaso, ya sabes, ¡sólo por si acaso!

Se quedaron callados un momento, ambos pensando en lo mismo... en el pobre animal desconsolado, alerta junto al vado, vigilando y esperando, durante toda la noche... sólo por si acaso.

—Bueno —dijo al fin la Rata, — me supongo que es hora de irnos a casa. Pero no se movió.

—Mira, Ratita —dijo el Topo. — Yo no podría irme a mi casa y acostarme, sin hacer nada, aunque me temo que no hay mucho que podamos hacer. Vamos a sacar el bote y a remar corriente arriba. La luna saldrá dentro de una o dos horas, y entonces nos pondremos a buscar... por lo menos, será mejor que irnos a la cama y no hacer nada.

—Eso mismo estaba pensando yo —dijo la Rata. — Además, la noche no está como para irse a la cama. Falta poco para que amanezca y, a lo mejor, algún animal madrugador tenga noticias que darnos. Sacaron el bote, y la Rata se puso a remar con cuidado. En medio de la corriente había una estrecha franja de aguas tranquilas que reflejaban tenuemente el cielo. Pero las aguas desde la orilla, arbustos o árboles, tenían un aspecto tan denso y oscuro como la orilla misma, y el Topo tenía que conducir el bote con mucha prudencia. Tan oscura y desierta, la noche estaba plagada, sin embargo, de ruidos, cantos y susurros de toda aquella población, dedicados a sus negocios y aficiones durante toda la noche, hasta que los primeros rayos del sol los mandaran a descansar, que bien merecido se lo tenían. Y también los ruidos del agua se escuchaban mejor que durante el día, sus gorgoteos más inesperados y cercanos. Los dos animalitos se sobresaltaban constantemente ante lo que les parecía la clara y repentina llamada de una voz articulada. La línea del horizonte se destacaba clara contra el cielo, aunque en un punto determinado aparecía negra contra una fosforescencia plateada cada vez más intensa. Al fin, por detrás del borde de la tierra, la luna salió lenta y majestuosa, y fue despegándose del horizonte hasta rodar por el cielo, libre de amarras. Y una vez más distinguiendo las superficies... los amplios prados, los jardines tranquilos, y

hasta el mismo río, de orilla a orilla. Todo se descubría poco a poco, limpio de misterio y temor, todo radiante, como de día. Y, sin embargo, con una diferencia. Las antiguas guardadas de los dos animales los volvían a encontrar, ataviadas de otro modo, como si se hubieran escapado y ahora regresaran despacio, engalanadas de pureza, sonriendo tímidamente, esperando a que las reconocieran.

Amarraron el bote a un sauce. Los dos amigos desembarcaron en aquel reino silencioso y plateado, y exploraron cuidadosamente los setos, los troncos huecos, los arroyos y sus desagües, las acequias y los riachuelos secos. Luego se embarcaron de nuevo, cruzaron a la otra orilla, y de este modo subieron corriente arriba, mientras la luna, destacándose serena sobre un cielo sin nubes, los ayudaba cuanto podía, a pesar de la distancia; hasta que llegó su hora, y se hundió por detrás del horizonte y, muy a pesar suyo, los abandonó. El misterio cubrió de nuevo los campos y el río.

Entonces, a su alrededor, todo empezó a cambiar. El horizonte empezó a aclarar, el campo y los árboles se hicieron más visibles. Todo parecía diferente, y perdía su misterio. Un pájaro silbó y se calló, y una suave brisa susurró a través de los juncos y carrizos. La Rata, que estaba a la popa del bote mientras el Topo remaba, se irguió de repente y escuchó con atención. El Topo, que apenas movía el bote mientras exploraba las orillas, lo miró con sorpresa.

—Se ha ido —suspiró la Rata, hundiéndose de nuevo en su asiento. — ¡Tan hermoso, extraño y nuevo! Para que acabara tan pronto, casi hubiera preferido no escucharlo. Porque ha despertado en mí un anhelo casi doloroso, y nada vale la pena, excepto oír de nuevo aquel sonido, y seguir oyéndolo para siempre. ¡No! ¡Ahí está otra vez! —gritó irguiéndose de nuevo. Cautivado, se quedó en silencio un buen rato, como bajo un hechizo.

—Ahora se aleja, casi no lo oigo —dijo al fin. — ¡Oh Topo! ¡Qué belleza! ¡La delicada, clara y alegre llamada de una flauta distante! Nunca había soñado con una música semejante y, sin embargo, su atracción es mayor que su dulzura. ¡Sigue remando, Topo! ¡La música y la llamada son para nosotros! El Topo, muy intrigado, obedeció.

—Yo no escucho nada —dijo, — sólo el viento que juega con los juncos, los carrizos y los mimbres. La Rata no contestó; ni siquiera lo oyó. Arrebataba, embelesada, estaba hechizada por aquel sonido divino que había prendido en su alma indefensa y lo mecía y arrullaba, criatura desamparada y feliz en aquel fuerte y prolongado abrazo. El Topo siguió remando en silencio, y pronto llegaron a un punto donde el río se abría a un remanso. Con un leve movimiento de cabeza, la Rata, que hacía rato había soltado el timón, indicó al Topo que se metiera por el remanso. La marea de

luz crecía, y pronto pudieron ver el color de las flores que adornaban como piedras preciosas el borde del agua.

—¡Nos vamos acercando! —gritó alegre la Rata. — Seguro que ahora puedes oírlo. ¡Ah... por fin... veo que tú también lo oyes! El Topo, inmóvil y sin aliento, dejó de remar mientras el sonido acuático de aquella flauta lo cubría como una ola y lo hechizaba. Vio las lágrimas correr por las mejillas de su compañero, inclinó la cabeza y lo acompañó. Permanecieron así durante un rato, acariciados por las primaveras violetas que bordeaban la orilla. Luego la clara y autoritaria llamada que acompañaba la melodía impuso su voluntad sobre el Topo, y éste se inclinó de nuevo automáticamente sobre los remos. Y la luz se hizo más fuerte, pero los pájaros no cantaban, como suelen hacerlo al amanecer; todo se había paralizado menos aquella música divina.

A ambos lados, los verdes prados parecían más frescos y verdes que de costumbre. Nunca habían visto tan vivo el color de las rosas, ni las hierbas del sauce tan alborotadas, ni la reina de los prados tan olorosa y penetrante. Entonces el susurro de la presa cercana llenó el aire, y los dos animalitos se dieron cuenta de que se aproximaban a la desconocida meta de su búsqueda. Con un amplio semicírculo de luces centelleantes y brazos de agua verde, la gran presa cerraba el riachuelo de orilla a orilla, agitando la superficie tranquila con remolinos y espuma, y cubría los otros ruidos con su suave y solemne rumor. En medio de la corriente, envuelta en el abrazo de la presa, había una isla bordeada de sauces, abedules plateados y alisos. Tímida y reservada, pero llena de significado, se escondía detrás de aquel velo, esperando la hora exacta y con ella a los elegidos. Lentamente, pero sin dudar ni vacilar y en solemne expectativa, los dos animales atravesaron las aguas tumultuosas y amarraron el bote a la margen florida de la isla. Desembarcaron en silencio y avanzaron por las hierbas olorosas y las flores hasta que llegaron a un pequeño prado de un verde maravilloso, que la Naturaleza misma había adornado con árboles frutales: manzanas silvestres, cerezas silvestres y endrinas.

—Este es el lugar de mis sueños, el lugar que me enseñó la música — susurró la Rata como en trance. — ¡Si lo encontramos en algún sitio, será en este lugar bendito!

Entonces el Topo sintió un gran temor, un temor que le paralizaba los músculos, le hacía inclinar la cabeza y le ataba los pies al suelo. No era pánico lo que sentía —en realidad se sentía feliz y en paz, — sino un temor que lo golpeaba y retenía y, aun sin verlo, sabía que aquello significaba que alguna augusta Presencia estaba muy, muy cerca. A duras penas se volvió a mirar a su amigo, y la vio a su lado, intimidado, agobiado y tembloroso. Y a su alrededor, la multitud de pájaros seguía silenciosa, mientras la luz aumentaba.

Quizá nunca se hubiera atrevido a levantar la mirada. Pero, aunque acabara el sonido de la flauta, la llamada aún les parecía imperiosa. No podía negarse, aunque fuese la mismísima Muerte quien lo estuviera esperando para acabar con él una vez que sus ojos mortales hubieran desvelado los secretos tan celosamente guardados. Temblando, obedeció y alzó tímidamente la cabeza. Y entonces, en aquella claridad del inminente amanecer, mientras la Naturaleza, rebosante de color, parecía contener el aliento ante semejante acontecimiento, el Topo miró a los ojos mismos del Amigo y Protector. Vio la curva de los cuernos que brillaban a la luz del amanecer, vio la nariz aguileña entre los ojos bondadosos, que lo miraban burlones, y la boca, rodeada de barba, se convertía en una media sonrisa; vio los músculos perfectos del brazo cruzado sobre el ancho pecho; la mano larga y flexible que aún sostenía la flauta recién apartada de sus labios; vio las curvas perfectas de sus extremidades peludas tendidas con majestuosa desenvoltura sobre el césped; y, por último, vio, acurrucada entre sus pezuñas, profundamente dormido, a la pequeña y gordita figura del bebé Nutria. Todo aquello lo vio en un momento sobrecogedor e intenso en el cielo de la mañana. Sin embargo, mientras miraba, aún vivía; y mientras vivía, se maravillaba.

—¡Rata! —susurró tembloroso, recuperando por fin el aliento. —¿Tienes miedo?

—¿Miedo? —murmuró la Rata, con los ojos brillando de amor. —¡Miedo! ¡De Él? ¡Nunca! Y... y sin embargo... ¡Oh Topo, tengo miedo!

Entonces los dos animalitos se arrodillaron, inclinaron la cabeza y lo admiraron. De repente, el gran disco dorado del sol se mostró frente a ellos en el horizonte, y los primeros rayos, disparándose por encima del nivel de las vegas, deslumbraron a los dos animales. Cuando recuperaron la vista, la Visión había desaparecido, y el aire rebosaba con los cantos de los pájaros que saludaban al amanecer.

Miraban sin comprender, y su tristeza se fue haciendo mayor cuando se fueron dando cuenta de lo que habían visto y perdido. Entonces una brisa caprichosa subió de la superficie del agua, estremeciendo los álamos y las rosas húmedas de rocío, y les acarició suavemente el rostro. Con aquella caricia vino también el olvido. Porque éste es el último y el mejor regalo que el generoso semidiós tiene a bien otorgar a aquellos ante quienes se ha revelado para ayudarles: el regalo del olvido. Para que el triste recuerdo no pueda perdurar y crecer y así impedir la risa y el placer, para que la obsesionante memoria no pueda estropear las vidas de los animales a quienes ayudó en momentos difíciles y para que, de este modo, todos vuelvan a ser felices.

El Topo se frotó los ojos y observó a la Rata, que miraba, intrigada, a su alrededor.

—Perdona, Rata, ¿qué has dicho? —preguntó.

—Creo que sólo estaba comentando —contestó lentamente la Rata— que éste es el lugar

donde lo encontraremos, si es que vamos a encontrarlo. ¡Mira! ¡Pero si ahí está el chico! —Y con un grito de alegría corrió hacia el soñoliento Gordito. Pero el Topo se quedó un momento perdido en sus pensamientos, como quien, despertándose bruscamente de un sueño maravilloso, intenta recordarlo y sólo consigue captar un vago sentido de su belleza. ¡Su belleza! Hasta que incluso aquello se desvanece, y el soñador tiene que aceptar amargamente el duro y frío despertar; así que, después de luchar un momento con su memoria, el Topo sacudió tristemente la cabeza y siguió a la Rata. El Gordito se despertó con un grito de alegría, y se puso a saltar de felicidad a la vista de los amigos de sus padres, que habían jugado tantas veces con él. Sin embargo, la alegría desapareció de repente de su cara, y se puso a buscar a su alrededor con un quejido suplicante. Como un niño que se ha quedado dormido en brazos de su niñera, y al despertar se encuentra solo y en un lugar desconocido, y busca en cada rincón y en cada armario, y corre de habitación en habitación, y el desaliento le crece en el corazón; así el Gordito buscaba y rebuscaba por la isla, obstinado e incansable. Al fin tuvo que darse por vencido, y, sentándose en el suelo, se echó a llorar amargamente. El Topo corrió a consolar al animalito; pero la Rata, retrasándose, observó con atención e incertidumbre unas profundas huellas de cascós.

—Algún... animal... ha estado aquí —dijo lento y pensativo. Y se quedó meditando. Algo se agitó en su mente.

—¡Vamos, Rata! —gritó el Topo. — Piensa en la pobre Nutria, que espera angustiada en el vado.

El Gordito se consoló rápidamente con la promesa de un obsequio: ¡un paseo en el bote de la Rata! Así que los dos amigos lo llevaron a la orilla, lo sentaron entre ellos en el fondo de la barca y se pusieron a remar por el arroyo. El sol ya había salido, y empezaba a calentar, los pájaros llenaban el aire con sus cantos, y las flores les sonreían desde las orillas y, sin embargo —o eso les pareció— con menos riqueza y color que las que recordaban haber visto en algún lugar... y no sabían dónde.

Cuando llegaron al cauce principal, subieron corriente arriba hacia el lugar donde sabían que su solitaria amiga estaba vigilando. Al acercarse al conocido vado, el Topo llevó la barca hasta la orilla, sacaron a el Gordito y lo pusieron de pie en el sendero. Le indicaron el camino que tenía que seguir y, dándole una palmadita en el lomo para despedirse, alejaron el bote de la orilla. Se quedaron mirando al animalito que andaba por el camino, orgulloso y satisfecho. Lo estuvieron vigilando hasta que lo vieron levantar el hocico y apresurar torpemente el paso, dando saltitos de

alegría. Un poco más allá vieron a la Nutria, que se levantaba de un salto, desde el hoyo donde había estado esperando con paciencia, y oyeron su grito de sorpresa y alegría mientras saltaba a través de las mimbreras hasta el sendero. Entonces el Topo metió el remo a fondo, giró el bote y dejó que la corriente los llevara río abajo, sin rumbo, ahora que su búsqueda había llegado a un final tan feliz.

—Me siento cansadísimo, Ratita —dijo el Topo, inclinándose sobre los remos mientras dejaba que el bote siguiera su curso. — Quizá sea por haber estado despierto toda la noche, pero no lo creo. Lo hacemos a menudo, en esta época del año. No, me siento como si acabase de vivir un momento emocionante, y que todo acaba de terminar. Sin embargo, no nos ha sucedido nada en particular.

—O algo sorprendente y maravilloso —susurró la Rata, inclinándose hacia atrás y cerrando los ojos. — Me siento igual que tú, Topo; estoy muerto del cansancio, aunque no tengo el cuerpo cansado. Menos mal que la corriente nos lleva a nuestra casa. ¡Qué agradable es sentir de nuevo el sol hasta en los huesos! ¡Y escucha el viento, que juega entre los juncos!

—Es como música, una música lejana —asintió el Topo soñoliento.

—Eso mismo estaba pensando yo —susurró la Rata. — Música para bailar... un ritmo sin pausa... y además con palabras... se convierte en palabras, y luego otra vez en música... A ratos las oigo claramente... y luego se vuelven a convertir en música para bailar, y luego nada, sólo el suave susurro de los juncos.

—Tienes mejor oído que yo —dijo el Topo con tristeza; — yo no oigo las palabras.

—Yo te las repito —dijo suavemente la Rata, con los ojos aún cerrados. — Ahora vuelven las palabras... lejanas pero claras... Para que el temor no habite y convierta tu alegría en ansiedad, cuando ayuda necesites me buscarás, pero luego lo olvidarás... Ahora cantan los juncos... olvidarás, olvidarás, suspiran, y todo vuelve a ser un susurro. Entonces vuelve la voz. Para que tu piel no sangre ni te hiera, el cepo oculto hago saltar. Acaso mientras lo suelte puedas verme, pero luego lo olvidarás... ¡Más cerca, acércate a los juncos, Topo! Ya casi no se oye, la voz va disminuyendo. Ayudo y cuido al cachorro, en el bosque lo saludo y, además, encuentro al perdido, curo al herido y hago a todos olvidarlo. ¡Más cerca, más cerca, Topo! No, es inútil; la canción se ha vuelto el susurro de los juncos.

—Pero ¿qué quieren decir las palabras? —preguntó asombrado el Topo.

—No tengo ni idea —dijo sencillamente la Rata. — Te las repetí tal y como llegaron hasta mí. ¡Ah! ¡Ya vuelven, y esta vez bien claras! Esta vez son verdaderas, inconfundibles, sencillas... apasionadas... perfectas...

—Entonces, cuéntamelas — dijo el Topo, tras unos minutos de paciente espera y medio adormecido por el calor. Pero no tuvo respuesta. Miró y comprendió el silencio. Con una gran sonrisa de felicidad y un gesto que escucha a la pobre Rata que se había quedado profundamente dormida.

VIII

LAS AVENTURAS DEL SAPO

Cuando el Sapo se encontró encerrado en aquella mazmorra húmeda y maloliente, y se dio cuenta de que toda la horrenda oscuridad de la fortaleza medieval lo apartaba del mundo exterior, del sol y de las carreteras donde había encontrado tanta felicidad, divirtiéndose como si fuera el dueño de todas las carreteras de Inglaterra, se tiró al suelo y se echó a llorar amargamente, abandonándose a la más negra desesperación.

¡Todo se acabó! —se decía, — ¡o al menos se acabó la carrera del Sapo, que al fin y al cabo es lo mismo! ¡El popular y apuesto Sapo, el rico y hospitalario Sapo, el Sapo, tan libre, espontáneo y gallardo! ¿Cómo puedo esperar que me pongan de nuevo en libertad? —decía, — cuando me han encerrado tan justamente por robar un carruaje tan hermoso de un modo tan descarado, y por burlarme con tanta fantasía e imaginación a todos aquellos policías gordos y con la cara roja? —los sollozos lo ahogaban. — ¡Qué tonto he sido! —decía. — ¡Y ahora, a pudrirme en esta mazmorra, hasta que aquellos que estaban orgullosos de decir que me conocían hayan olvidado el grandioso nombre del Sapo! ¡Oh, querido Tejón! —decía. — ¡Oh, ingeniosa Rata y sensato Topo! ¡Qué conocimiento tan justo tienen los animales y materias que poseen! ¡Oh pobre y desamparado Sapo! Y pasó días y noches durante varias semanas lamentándose de este modo, rechazando comidas y refrigerios, aunque el anciano carcelero, que sabía que los bolsillos del Sapo estaban llenos, le recordaba que tenía a su alcance muchas comodidades e incluso algunos lujos, a cierto precio, por supuesto.

El carcelero tenía una hija, una joven agradable y de buen corazón, que ayudaba a su padre en las tareas más leves. A la chica le encantaban los animales y, además de un canario (cuya jaula colgaba de un clavo en la enorme pared de la cárcel durante todo el día, causando molestia a los prisioneros que les gustaba de echarse una siesta después de comer, jaula que por la noche dejaba sobre una mesa del salón cubierta con un pañito),

tenía varios ratoncitos de colores y una ardilla revoltosa. Esta chica de buen corazón, que sentía pena por el pobre Sapo, le dijo un día a su padre:

—¡Padre! ¡No puedo soportar ver a ese pobre animalito tan triste, y cada día más delgado! ¡Déjame cuidarlo! Ya sabes cuánto me gustan los animales. Haré que coma de mi mano, y que se levante, y que haga un montón de cosas. Su padre le dijo que podía hacer lo que quisiera, porque él estaba harto del Sapo y de sus berrinches, de sus aires y de su tacañería. Así que aquel mismo día la chica emprendió su «misión de rescate», y llamó a la puerta de la celda del Sapo.

—¡Anímate, Sapo! —le dijo en tono persuasivo al entrar. — Siéntate y sécate las lágrimas, y sé un poco sensato. ¿Por qué no intentas comer algo? ¡Mira, te he traído un poco de mi cena, recién salida del horno!

Le traía algo burbujeante y chirriante entre dos platos, y su aroma llenaba la estrecha celda. El penetrante olor del repollo llegó hasta la nariz del Sapo, que yacía en el suelo sumido en su dolor, y por un momento pensó que quizá la vida no fuese tan vacía y desesperada como se había imaginado al principio. Pero siguió lamentándose y pataleando, y rechazó todo consuelo. Así que la prudente niña se retiró por el momento. Pero, por supuesto, el olor del repollo caliente se quedó atrás, como pasa de costumbre, y el Sapo, entre sollozos, se sorbió los mocos y meditaba, y poco a poco se le ocurrieron algunos pensamientos alentadores de caballerosidad, de poesía y de hazañas que aún le quedaban por hacer, de amplias praderas donde pacen los ganados, bajo el sol y el viento; de huertos, de hierbas aromáticas, de cálidas bocas de dragón acosadas por las abejas; y del reconfortante tintineo de los platos sobre la mesa de la Mansión del Sapo; y del ruido de las sillas que se arrastran cuando cada uno se sienta en su sitio. El aire de la estrecha celda parecía rosado; el Sapo empezó a pensar en sus amigos, que seguramente en que podían ayudarlo, y en abogados a los que les habría encantado llevar su caso. ¡Qué tonto había sido de no ponerse en contacto con alguno de ellos! Y, para terminar, pensó en lo inteligente e ingenioso que él era, y en todo lo que podía hacer si se empeñara; y casi se curó del todo.

Unas horas más tarde, cuando regresó la chica, traía una bandeja con una taza de oloroso y humeante té, y un plato lleno de tostadas con mantequilla muy calientes, muy doradas y bien hechas por ambos lados, y las gotas de mantequilla se escurrían por los agujeros del pan, como la miel se escurre del panal. Los olores de las tostadas con mantequilla le hablaban al Sapo con una voz bien clara; le hablaba de las cocinas cálidas, de los desayunos en las mañanas claras y frías, del fuego acogedor de la chimenea del salón en las noches de invierno cuando, cansado de caminar, uno se ponía las zapatillas y apoyaba los pies en el guardafangos; le hablaba del ronroneo de los gatos satisfechos y del gorjeo de los canarios soñolientos. El Sapo se enderezó de nuevo, se secó las lágrimas, sorbió el

té y se comió las tostadas, y muy pronto empezó a hablar de sí mismo, de su casa, de sus asuntos, de lo importante que era, y de cuánto lo admiraban la mayoría de sus amigos.

La hija del carcelero se dio cuenta de que hablar de aquellas cosas le hacía tanto bien al Sapo como el mismo té, y lo animó a seguir hablando:

—¡Cuéntame cómo es la Mansión del Sapo! —le preguntó. — ¡Debe de ser preciosa!

—La Mansión del Sapo —dijo el otro con orgullo— es una residencia atractiva, propia para un caballero, independiente, muy especial; parte de ella es del siglo XIV, pero con todas las comodidades modernas. Instalaciones sanitarias al día. A cinco minutos de la iglesia, de correos y de los campos de golf. Apropiada para...

—¡Oh! ¡vamos! —dijo la niña, riéndose. — No pienso comprármela.

Cuéntame cosas de la casa. Pero, primero, espera que te traiga más té y tostadas. Salió un momento, y pronto volvió con otra bandeja. El Sapo, que se sentía más animado, se las comió con ganas, mientras le hablaba del embarcadero, del estanque y del huerto; le habló de las pocilgas, de los establos, del palomar y del gallinero; y de la granja, de la lavandería, de los aparadores llenos de

porcelanas, del cuarto de la plancha (eso a ella le gustó mucho), del salón de banquetes, y de lo bien que se lo pasaban cuando todos los animales se reunían alrededor de la mesa, y el Sapo estaba en su mejor momento, y cantaba canciones, contaba chistes, y llevaba las riendas de todo. Luego la niña le pidió que le hablase de sus amigos animales, y le interesó mucho todo lo que él le contó de su manera de vivir y de pasar el tiempo. Por supuesto, no le dijo que a ella le gustaban los animales domésticos, pues se dio cuenta de que aquello ofendería al Sapo. Cuando por fin la chica se retiró, después de llenarle la jarra del agua y de sacudir un poco la paja, el Sapo era de nuevo el animal optimista y satisfecho que había sido siempre. Cantó un par de canciones, de aquellas que solía cantar durante los banquetes, se acurrucó en la paja y durmió como un lirón, gozando de los más felices sueños. Además de ésta, tuvieron muchas otras conversaciones interesantes, y así se fueron pasando los tristes días. A la hija del carcelero le daba mucha pena el Sapo, y le parecía una injusticia que un pobre animalito estuviese en la cárcel por haber cometido una ofensa tan poco importante. Por supuesto, el Sapo, que era tan vanidoso, pensaba que el interés que la chica mostraba por él era señal de una creciente ternura, y lamentaba que el abismo social entre ellos fuera tan grande, ya que ella era una linda muchacha y obviamente lo admiraba mucho.

Una mañana la chica estaba muy pensativa, y contestaba distraída, y al Sapo le pareció que no prestaba bastante atención a sus graciosas palabras e ingeniosos comentarios. Por fin la muchacha le dijo:

—Sapo, escúchame, por favor. Tengo una tía que es lavandera.

—Bueno, qué se le va a hacer —le contestó condescendiente el Sapo.

— No pienses más en ello. Yo tengo algunas tías que deberían de ser lavanderas.

—Cállate un momento, Sapo —dijo la niña. — Tu peor defecto es que hablas demasiado. Estoy intentando pensar y me estás haciendo doler la cabeza. Como te iba diciendo tengo una tía que es lavandera. Ella es la que lava la ropa de los prisioneros... Tratamos de que todos los negocios del castillo se queden en familia, ¿entiendes? Recoge la ropa sucia el lunes por la mañana y te la traerá limpia el viernes por la tarde. Hoy es jueves. Se me ha ocurrido una idea: tú eres muy rico... por lo menos, eso es lo que me cuentas siempre... y ella es muy pobre. Un par de libras no te harán ninguna falta, pero a ella sí. A mí me parece que, si se le hace una buena oferta, un soborno, creo que es la palabra que usan los animales, podrías llegar a un acuerdo para que ella te deje su ropa y su sombrero, y te podrías escapar del castillo vestido de lavandera oficial. Al fin y al cabo, se parecen mucho... especialmente en la figura.

—Lo dudo mucho —dijo el Sapo ofendido. — Yo tengo muy buena figura, teniendo en cuenta lo que soy. —Mi tía también —contestó la niña, — teniendo en cuenta lo que es. Pero haz lo que quieras. Eres un animal horrible, vanidoso y desagradecido. ¡Yo sólo quería ayudarte porque me das pena!

—Sí, sí, claro. Muchas gracias —dijo el Sapo apresuradamente. — ¡Pero escucha! ¡No supones que el señor Sapo, de la Mansión del Sapo, salga vestido de lavandera!

—¡Entonces el señor Sapo se puede quedar aquí! —dijo enfadada la niña. — ¡Supongo que quieres marcharte en un automóvil!

El honrado Sapo estaba siempre dispuesto a reconocer sus errores.

—Eres una chica buena e inteligente —le dijo, — y yo, un Sapo vanidoso y estúpido. Si eres tan amable, preséntame a tu tía, y estoy seguro de que la excelente dama y yo llegaremos a un acuerdo.

A la tarde siguiente la muchacha introdujo en la celda del Sapo a su tía, que traía la ropa limpia del Sapo envuelta en una toalla. La señora estaba preparada de antemano para la visita, y las monedas de oro que el Sapo había dejado encima de la mesa bien a la vista dejaron poco lugar a discusiones. A cambio de aquellas monedas, el Sapo recibió un vestido de algodón estampado, un delantal, un chal y un gorro negro oxidado; la única

condición que puso la anciana fue que la dejaran atada y amordazada en un rincón. Les explicó que, de esta manera, y con un poco de imaginación, esperaba que no la despidiesen, a pesar de las apariencias sospechosas de aquella situación. Al Sapo le encantó la idea, ya que esto le proporcionaría la ocasión de escaparse con cierto estilo, y así mantendría su fama de ser un tipo peligroso. De modo que ayudó a la hija del carcelero para que la tía pareciera como víctima de unas circunstancias fuera de su control.

—Ahora te toca a ti, Sapo —dijo la niña. — Quítate la chaqueta y el chaleco; ya estás bastante gordo. Y muerta de risa, le abrochó el vestido de algodón estampado, le arregló el chal lo mejor que pudo y le colocó el viejo gorro en la cabeza.

—Eres la viva imagen de ella —le dijo con una sonrisa, — y estoy segura de que nunca has estado más elegante. Y ahora, adiós, Sapo, y buena suerte. Regresa por el mismo camino por donde viniste; y si alguien se mete contigo, y es probable que lo hagan, pues son hombres, puedes contestarles cualquier cosa, pero recuerda que eres una viuda sola en el mundo, y que tienes que salvar tu reputación.

Con el corazón tembloroso y el paso tan firme como le era posible, el Sapo emprendió sigilosamente lo que para él era una aventura peligrosísima. Pero pronto se dio cuenta de lo fácil que era todo, y se sintió un poco humillado al pensar en aquella popularidad, sin duda debida a su feminidad, pertenecía a otra persona. La forma rechoncha de la lavandera y el conocido vestido de algodón estampado eran un pasaporte para pasar todas las puertas y caminos cerrados. Incluso cuando se paró para pensar de qué lado tenía que ir, un guardián le sacó de dudas, llamándolo para que se marchara pronto y que él pudiera irse a cenar. Las bromas y los graciosos comentarios, a los cuales tenía que encontrar una respuesta rápida y efectiva, eran sin duda el mayor peligro, ya que el Sapo tenía un gran sentido de la dignidad, las bromas y comentarios eran demasiado ingenuos y torpes para su gusto, y no le veía lo divertido. Sin embargo, se aguantó como pudo el mal genio, adaptó las respuestas al supuesto carácter de sus alrededores, e hizo lo que pudo para no sobrepasar los límites del buen gusto.

Le pareció que había tardado horas en llegar a la última puerta, y rechazó la insistente invitación de la última sala de guardias, y esquivó los brazos abiertos del último centinela, que con simulada pasión le rogaba un abrazo de despedida. Por fin escuchó tras él el cerrojo de la puerta principal, y sintió sobre su preocupada frente el aire fresco del mundo exterior. ¡Era libre!

Aturdido por el fácil éxito de su valiente hazaña, se apresuró hacia las luces del pueblo, sin tener ni idea de lo que le convenía hacer. Sólo estaba seguro de una cosa: que tenía que alejarse lo más pronto posible de aquel

lugar donde la señora que él tenía que imitar era tan popular y conocida. Mientras caminaba meditando, unas luces rojas y verdes a lo lejos, a un lado del pueblo, le llamaron la atención, y pudo escuchar los resoplidos de las locomotoras y el ruido de las maniobras de unos vagones de mercancías.

«¡Ajá! —pensó. — ¡Qué suerte tengo! Es lo mejor en este momento, una estación de trenes; y además no necesito atravesar el pueblo para llegar hasta ella. No puedo soportar la humillación de ir vestido de mujer. Puede que sea muy eficiente, pero es un insulto a mi dignidad».

Así que se dirigió hacia la estación, preguntó el horario y vio que un tren con destino más o menos en dirección de su casa salía en media hora.

—¡Que suerte! —exclamó el Sapo de buen humor. Y se dirigió a la taquilla para comprar su boleto.

Dio el nombre de la estación más cercana al pueblo donde se encontraba la Mansión del Sapo, y metió la mano en donde tendría que haber estado el bolsillo de su chaqueta para buscar el dinero. Pero sólo encontró el vestido de algodón, que tan bien le había servido hasta aquel momento y que casi había olvidado. Como en una pesadilla luchó con aquella cosa extraña que parecía sujetarle las manos, anular todos sus esfuerzos y reírse de él todo el rato. Pero los demás viajeros que hacían cola se inquietaban, y hacían sugerencias de más o menos valor y comentarios más o menos oportunos. Por fin y sin saber cómo consiguió derribar las barreras, alcanzar la meta y llegar al punto en que siempre se han colocado los bolsillos de todos los chalecos. Y se dio cuenta de que no había ni dinero, ni bolsillo, ni chaqueta. Recordó con horror que había dejado su chaqueta y su chaleco en la celda, y por supuesto su cartera, el dinero, las llaves, el reloj, los fósforos, el estuche de lápices... todo aquello que hace que la vida merezca la pena de ser vivida. Todo lo que distingue un animal de varios bolsillos (el señor de la creación) de un bolsillo inferior, o con ninguno, que camina como puede a saltitos o a tropezones, si nada para enfrentarse con la vida.

A pesar de su angustia intentó salir de apuros y, recobrado su refinado estilo de siempre (una mezcla de Caballero y Catedrático), dijo:

—¡Mira! Se me ha olvidado el monedero. Deme el boleto, por favor, y mañana mismo te envío el dinero. Me conocen bien por estos lugares. El empleado miró fijamente, con aquel gorro negro y desgastado, y luego se echó a reír.

—¡Ya me imagino lo conocida que eres tú, si ha intentado este truco a menudo! —le dijo. — Así que, por favor, apártese de la ventana, señora. ¡Está usted estorbando a los otros viajeros!

Un viejo caballero que le había estado dando codazos en la espalda durante un buen rato empujó a un lado y lo que es peor, le llamó «buena mujer», lo cual ofendió al Sapo más que cualquiera de las cosas que le habían ocurrido aquella tarde.

Desconcertado y desesperado, el Sapo caminó ciegamente por el andén donde estaba parado el tren, mientras unas lagrimitas le cosquilleaban a cada lado de la nariz. Pensó en lo duro que era estar tan cerca de su hogar, y que sin embargo tan lejos el poder llegar a él por la desconfianza de unos empleados, y todo por no tener unas monedas.

Muy pronto descubrirían su escape y saldrían en su búsqueda, lo volverían a detener y, cargado de cadenas, lo arrastrarían de nuevo hasta la cárcel, dejándolo allí a pan y agua, sobre la paja; doblarían la guardia y el castigo, y ¡Oh! ¡cómo se burlaría de él la niña! ¿Qué podía hacer? No era muy ágil de piernas y por desgracia era fácil de reconocer. ¿Quizá podría esconderse debajo de uno de los asientos? Lo había visto hacer en ocasiones a algunos estudiantes, cuando se habían quedado sin el dinero de sus padres les habían dado para el boleto. Mientras iba pensando todo esto, se encontró delante del tren, que su afectuoso conductor, un hombre grande que sujetaba en una mano una lata de aceite y en la otra unos trapos, estaba aceitando y limpiando.

—¡Qué hay, señora! —dijo el maquinista. — ¿Qué te pasa? No pareces muy contenta.

—¡Ay, señor! —se lamentó el Sapo, poniéndose de nuevo a llorar. — Soy una pobre y desafortunada lavandera, y he perdido todo mi dinero, y no puedo pagar el billete de tren: ¡y tengo que regresar a mi casa esta noche, y no sé qué hacer! ¡Oh querido, oh querido!

—¡Qué mala suerte! —dijo pensativo el maquinista. — Has perdido todo tu dinero... y no puedes regresar a casa... y me supongo que tienes hijos que alimentar que te esperan en casa.

—¡Un montón de ellos! —sollozó el Sapo. — ¡Y estarán hambrientos... y jugando con fósforos... volcando las lámparas, pobres niños... estarán peleando, y todo eso...! ¡Oh querido!

—Mira, te diré lo que voy a hacer —dijo el maquinista. — Dices que eres lavandera, ¿verdad? Fenomenal. Y yo soy maquinista, como te habrás dado cuenta. Y de verdad que es un trabajo muy sucio. Mancho muchas camisas, y mi mujer está más que harta de tener que lavarlas. Si lavas algunas de las camisas cuando llegues a tu casa, y luego me las mandas, te llevaré en mi tren. Va contra las normas de la Compañía, pero, en lugares tan remotos como éste, no somos tan exigentes.

La tristeza del Sapo se cambió a felicidad mientras se subía al tren. Por supuesto que nunca en su vida había lavado una camisa, ni sabía cómo hacerlo. Pero de todas formas tampoco pensaba intentarlo. Sin embargo, pensó: «Cuando llegue a la Mansión del Sapo, y vuelva a tener dinero y los bolsillos, le mandaré al maquinista lo suficiente para pagar todos los lavados que quiera, y será lo mismo, o incluso mejor». El guardián agitó la bandera, el maquinista le contestó con un alegre silbido, y el tren se puso en marcha. A medida que aumentaba la velocidad, el Sapo podía ver a ambos lados campos de verdad, árboles, setos vivos, vacas, caballos, que pasaban muy rápido. Y a cada minuto que pasaba él se sentía más cerca de la Mansión del Sapo, de sus amigos que lo entendían, del dinero que tenía, de una cama blanda, de la buena comida, de la admiración de sus amigos cuando les contara sus aventuras y lo listo que había sido. Así que se puso a dar saltos y a gritar, y a cantar, lo cual sorprendió mucho al maquinista, que había conocido a algunas lavanderas, pero ninguna como ella.

Habían ya recorrido varios kilómetros, y el Sapo estaba pensando en la cena que se iba a preparar, cuando se fijó en el maquinista, que estaba inclinado a un lado del tren y escuchaba atento con una expresión de inquietud en el rostro. Lo vio subir sobre el carbón, y mirar por encima del tren. Luego se volvió hacia el Sapo y le dijo:

—¡Qué raro! Este es el último tren que va en esta dirección esta noche. ¡Y, sin embargo, juraría que nos sigue otro tren! El Sapo dejó de hacer tonterías. Se puso serio y triste. Le dolía la espalda y las piernas, y tuvo que sentarse, intentando no pensar en lo que podía suceder. Para entonces la luna brillaba clara y el maquinista, subido en lo alto del carbón, podía visualizar todo lo que sucedía hasta una buena distancia. De pronto gritó:

—¡Ahora se ve muy bien! ¡Hay un tren en nuestra vía, y se acerca

a gran velocidad! ¡Parece que nos persiguen! El pobre Sapo, agazapado sobre el polvillo del carbón, intentaba ansiosamente encontrar una solución.

—¡Nos van a alcanzar! —gritó el maquinista. — ¡Y la máquina va cargada de gente muy rara! Viejos centinelas con lanzas, policías con cascós y porras, y unos hombres muy mal vestidos, que sin duda son detectives del pueblo, con pistolas; y todos hacen señales y gritan: ¡Alto! ¡Alto!

Entonces el Sapo cayó de rodillas entre el carbón y, con las manos juntas, le suplicó:

—¡Por favor, salveme, querido y bondadoso señor maquinista, y le confesaré todo! ¡No soy una lavandera! ¡Ni tengo hijos que me esperan en

casa! Soy un Sapo... el conocido y popular señor Sapo, propietario de una Mansión. Gracias a mi inteligencia y valentía, me acabo de escapar de una

horrible mazmorra donde me habían encerrado mis enemigos. Y si los hombres de aquel tren me alcanzan, me atarán con cadenas y pondrán al pobre e inocente Sapo a comer pan y agua y tristeza.

El maquinista lo miró muy serio y le preguntó:

—Dime la verdad, ¿por qué te metieron en la cárcel?

—Por muy poca cosa —dijo el pobre Sapo poniéndose rojo como un tomate. — Tomé prestado un automóvil mientras los dueños estaban comiendo; total, ellos no lo necesitaban en aquel momento. No era mi intención robarlo, se lo aseguro; pero ya sabe cómo es la gente, sobre todo los jueces. ¡Se lo toman todo tan en serio!

El maquinista lo miró muy enfadado y le dijo:

—Has sido un Sapo muy malo, y sería mi deber entregarte a la justicia. Pero veo que estás muy angustiado, así que no te abandonaré. Además, no me gustan los autos. Y menos aún que unos policías me den órdenes cuando estoy en mi tren. Y ver llorar a un animal me ablanda el corazón. ¡Así que alégrate, Sapo! ¡Haré lo que pueda, y los venceremos!

Amontonaron el carbón lo más rápido que pudieron; el horno rugía y hacía saltar chispas, pero sus perseguidores ganaban terreno. El maquinista suspiró y, limpiándose el sudor de la frente, dijo:

—Esto es inútil, Sapo. Ellos no tienen vagones, y tienen un motor mejor. Sólo nos queda una solución, y es tu única oportunidad, así que presta atención a lo que te voy a decir. Un poco más adelante hay un túnel muy largo, y del otro lado hay un bosque profundo. Yo iré a toda velocidad por el túnel, pero ellos frenarán un poco, para evitar un posible accidente. Cuando salgamos del túnel, cerraré el vapor y frenaré lo más rápido que pueda. Salta en cuanto puedas y escóndete en el bosque, antes de que los otros salgan del túnel y te vean. Entonces aceleraré de nuevo, y me pueden perseguir a mí si les da la gana, hasta que se cansen. ¡Y ahora prepárate para saltar cuando yo te avise! Amontonaron más carbón, y el tren se metió a toda velocidad en el túnel, y el motor rugió y resopló y salieron del túnel a toda prisa, al aire fresco y a la paz de la luz de la luna, y vieron el bosque oscuro y acogedor a ambos lados de las vías. El maquinista cerró el vapor y metió el freno, el Sapo se colocó en el escalón y, cuando la velocidad del tren hubo disminuido lo suficiente, oyó al maquinista gritar: ¡Ahora! ¡Salta! El Sapo saltó, dio una voltereta por la ladera y, levantándose sano y salvo, se adentró en el bosque y se escondió. Asomó la nariz y vio que el tren aceleraba de nuevo y desaparecía a toda velocidad. Entonces por la boca del túnel apareció el otro tren, rugiendo y

silbando, con su abigarrada tripulación, que agitaba sus armas y gritaba: ¡Alto! ¡Alto! ¡Alto!

Cuando por fin desaparecieron, el Sapo soltó una carcajada... por primera vez desde que lo metieron en la cárcel. Pero pronto dejó de reírse cuando se puso a pensar que era muy tarde, y todo estaba muy oscuro, y hacía frío, y estaba en un bosque desconocido, sin dinero y sin esperanza de poder cenar, aún demasiado lejos de amigos y de casa. Le pego el silencio absoluto que lo rodeaba, después de la persecución del tren. No se atrevía a dejar el refugio de los árboles, así que se internó en el bosque, esperando alejarse lo antes posible de la vía del tren.

Después de tantas semanas de encierro, el Sapo encontraba el bosque extraño, poco amable y algo burlón. El hombre mecánico le hacían pensar que el bosque estaba lleno de carceleros que lo buscaban y lo rodeaban. Un búho arremetió contra él sin hacer ruido, y le rozó el hombro con un ala. Horrorizado, el Sapo dio un salto, creyendo que era una mano. Entonces el búho se alejó volando y riéndose: ¡hu, hu, hu!, y el Sapo pensó que aquello era una broma de muy mal gusto. Más tarde encontró un zorro, que se detuvo y, mirándolo de arriba a abajo con los ojos burlones, le dijo:

—¡Hola, lavandera! Esta semana me falta un calcetín y una funda de almohada. ¡Procura que no vuelva a ocurrir!

Y luego se marchó riéndose. El Sapo buscó una piedra para tirársela, pero no encontró ninguna, y esto lo molesto. Pero estaba tan cansado, tan hambriento y tenía tanto frío, que buscó un tronco hueco, se hizo una cama con ramitas y hojas secas, y se quedó profundamente dormido hasta el amanecer.

IX

Viajeros todos

La Rata de Agua estaba inquieta, y no sabía exactamente por qué. Según parecía, la pompa del verano estaba todavía en su apogeo, y aunque en los acres labrados el verde había dado paso al oro, aunque los serbales se estaban enrojeciendo, y los bosques estaban salpicados aquí y allá con una ferocidad rojiza; la luz, el calor y el color estaban todavía presentes, limpio de cualquier fría premonición del año que pasa. Pero el coro constante de los huertos y los setos se había reducido a un canto casual de unos pocos artistas incansables; el petirrojo comenzaba a afirmarse una vez más; y había en el aire una sensación de cambio y despedidas. Por supuesto, hacía ya tiempo que el cuclillo no cantaba.

Muchos otros amigos que durante meses habían formado parte del conocido paisaje también se habían marchado, y parecía que cada día faltaban más.

La Rata, siempre atenta a los movimientos de alas, se dio cuenta de que, al pasar los días, todas empezaban a tomar la dirección del sur. Y hasta de noche, cuando estaba acostada, le parecía oír en el cielo oscuro el batir de alas de las aves impacientes que obedecían a la imperiosa llamada. El Gran Hotel de la Naturaleza tiene, como todos, su temporada. Uno por uno los huéspedes hacen el equipaje, pagan y se marchan, y las plazas de la table-d'hôte disminuyen penosamente a cada comida. Se cierran las habitaciones, se guardan las alfombras, se despide a los camareros. En cuanto a aquellos que se quedan, en pensión, hasta la próxima temporada, se sienten sin duda afectados por tanto preparativo y tantas despedidas, por las discusiones de los planes de futuras rutas, de nuevos alojamientos, por las despedidas de tantos amigos. Uno se siente inquieto, deprimido, fácilmente irritable. ¿Por qué tantas ganas de cambiar? ¿Por qué no permanecer aquí tranquilamente, como nosotros, y ser felices? No conocen este hotel fuera de temporada, y lo bien que nos lo pasamos los que nos quedamos todo el año. Y ellos contestan. «Todo es cierto, y la verdad es que los envidiamos; quizá para otro año; pero tenemos otros planes..., y además el autobús nos está esperando.... ¡ha llegado la hora de irnos!». Y así se marchan, con una sonrisa y un gesto de la cabeza, y los echamos de menos, y nos sentimos molestos.

La Rata era un animal autosuficiente, arraigada a la tierra y, aunque otros se fueran, ella se quedaba. Aun así, no podía dejar de sentir lo que había en el aire, y aquella sensación que le llegaba a los huesos. Con tanto alboroto alrededor era difícil ponerse a hacer algo en serio. Alejándose de la orilla del agua, donde los juncos se erguían altos y gruesos en unas aguas cada vez más escasas, se adentró en el campo, atravesó un par de prados que ya estaban secos y polvorrientos, y se abrió paso por el reino de los trigos rubios y ondulantes, con un movimiento hecho de susurros. A la Rata le encantaba pasear por allí, por aquel bosque de largos tallos que meneaban por encima de su cabeza su propio cielo dorado, un cielo que nunca dejaba de bailar, de estremecerse y susurrar. Aquellos tallos que se doblaban con el viento y se enderezaban de golpe con una alegre risa. Aquí también tenía muchos amiguitos, toda una sociedad que llevaba una vida plena y ocupada, pero que siempre encontraban un momento para charlar con alguna visita. Hoy, sin embargo, aunque eran lo suficientemente civilizados, los ratones de campo y los ratones de cosecha parecían preocupados. Algunos estaban ocupados cavando y haciendo túneles; otros, reunidos en grupos, consultaban planos y dibujos de pequeños apartamentos, de buen diseño y compactos, convenientemente cerca de las tiendas. Algunos sacaban baúles polvorrientos y cestas de ropa, otros

estaban empacando sus pertenencias; y por todas partes había fardos de trigo, avena, cebada, hayucos y nueces, listos para el transporte.

—¡Aquí está la vieja Ratita! —gritaron en cuanto la vieron—. ¿Por qué no nos ayudas, Ratita, en vez de quedarte ahí sin hacer nada?

—¿Qué están jugando? —dijo severamente la Rata—. ¡Aún no es hora de pensar en los preparativos para el invierno!

—Ya lo sabemos —dijo un ratoncito de campo bastante avergonzado —, pero siempre es mejor hacerlo con tiempo, ¿no crees? Más nos vale sacar de aquí todos los muebles, equipaje y provisiones antes de que esas horribles máquinas empiecen a chirriar por el campo. Además, ya sabes, hoy en día los mejores pisos desaparecen enseguida y, si llegas tarde, te tienes que aguantar con cualquier cosa; y necesitan tantos arreglos antes de que puedas vivir en ellos. Por supuesto que es demasiado pronto, pero sólo hemos comenzado.

—¡Oh, ya empezamos con esto! —dijo la Rata—. Es un día espléndido, ¿por qué no vamos a remar en el bote, o a dar un paseo por la orilla, o a un picnic en el bosque?

—Muchas gracias, pero hoy no —respondió apresurado el ratoncito de campo— Quizá otro día, cuando tengamos más tiempo... La Rata, con un resoplido de desdén, dio media vuelta para irse, tropezó con una caja de sombreros y se cayó, haciendo comentarios irrespetuosos.

—Si la gente fuera más cuidadosa —dijo con frialdad un ratoncito de campo— y mirase dónde van, no se lastimarán a sí mismos. ¡Ten cuidado, Rata! ¿Por qué no te sientas en algún sitio? En una hora o dos quizás tengamos un poco de tiempo libre para atenderte.

—No estarás «libre», como dices, hasta después de las Navidades, ya lo veo —replicó la Rata malhumorada, mientras se abría paso fuera del campo. Regresó algo abatida al viejo río, a su fiel y estable río, que nunca tenía que hacer las maletas, ni marcharse, ni mudarse de casa en invierno. En las mimbreras que bordeaban la orilla vio a una golondrina que descansaba. Pronto llegó otra, y luego una tercera. Y los pájaros, inquietos en sus ramas, susurraban cosas muy serias.

—¿Qué, ya? —dijo la Rata, acercándose a ellas—. ¿Cuál es la urgencia? ¡Es ridículo!

—Oh, todavía no nos vamos, si eso es lo que quieras decir —contestó la primera golondrina—. Sólo estamos haciendo planes y arreglando las cosas. Ya sabes, discutimos la ruta que vamos a tomar este año, y dónde vamos, y todo. ¡Eso es lo más divertido!

—¿Divertido? —dijo la Rata—. La verdad, no los entiendo. Si tienen que dejar este lugar tan hermoso, dejar a sus amigos que los extrañarán, y los nidos tan cómodos que acaban de hacer, ya sé que cuando llegue la hora se marcharán con valentía, y enfrentarán los problemas e incomodidades del cambio, disimulando como pueden el hecho de que allí son muy infelices. Pero quieren es hablar de ello, o pensar en ello, algo que no es para nada necesario...

—No lo entiendes —dijo la segunda golondrina—. Primero sentimos que algo se mueve dentro de nosotros una dulce inquietud; luego llegan uno a uno todos los recuerdos, como palomas mensajeras. Revolotean en nuestros sueños de noche, y vuelan con nosotras durante el día. Nos encanta comparar con nuestras compañeras cada detalle para asegurarnos de que todo es cierto, los perfumes, los sonidos y los nombres de lugares que olvidamos hace tiempo y que regresan para llamarnos.

—¿Por qué no se quedan solo este año? —sugirió ilusionada la Ratita—. Haremos todo lo que podamos para que se sientan como en casa. No se imaginan lo bien que lo pasamos aquí mientras están lejos.

—Un año traté de «quedarme» —dijo la tercera golondrina—. Me había encariñado tanto con este lugar que, cuando llegó el momento, me quedé atrás y dejé que las otras se marcharan sin mí. Las primeras semanas todo iba muy bien. Pero después... ¡Oh qué largas se me hicieron las noches! ¡Qué días tan fríos, sin sol! ¡Y el aire tan pegajoso y helado, y ni un solo insecto cerca! No, no era bueno para mí. Me desanimé, y una fría noche de tormenta levanté el vuelo y me fui tierra adentro, debido a los fuertes vendavales del este. Cuando pasé por los desfiladeros de las montañas, estaba nevando con fuerza, y tuve que luchar mucho para conseguirlo, ¡pero nunca olvidaré la sensación del sol caliente en la espalda, mientras descendía hacia los lagos azules y tranquilos, ni el sabor de mi primer insecto gordo! El pasado era como una pesadilla; el futuro eran unas felices vacaciones mientras avanzaba hacia el sur, semana a semana, sin prisas, y deteniéndome cuando quería, pero siempre atendiendo la llamada. No, aquello me sirvió de lección, y nunca más se me ocurrirá desobedecer.

—¡Ah, sí, la llamada del Sur, del Sur! —gorjearon las otras dos como soñadoramente—. ¡Sus canciones, sus matices, el aire tibio! ¿Recuerdan...? Y olvidándose de la Rata, se pusieron a comentar entusiasmadas sus recuerdos, mientras ella escuchaba fascinada, y el corazón le ardía. La Rata sabía que dentro de ella por fin vibraba también aquel acorde hasta entonces silencioso e insospechado. La charla de aquellos pajaritos tan arraigados al Sur tenía el poder de despertar en ella un sentimiento nuevo y descontrolado que la hacía vibrar de pies a cabeza. ¿Qué sensación despertaría en ella un corto y apasionado abrazo del verdadero sol del Sur, una ráfaga del auténtico olor? Cerró los ojos un momento y se dejó llevar

por su imaginación, y cuando los abrió el río le pareció helado y metálico, y los campos grises y oscuros.

Después, su leal corazón le reclamaba aquella pequeña traición.

—¿Entonces por qué vuelven aquí? —preguntó celosamente a las golondrinas —. ¿Qué es lo que les gusta de este pobre y monótono país?

—¿Es que crees que no sentimos también la otra llamada en su debido momento? —le preguntó una golondrina—. ¿La llamada de exuberantes praderas, las huertas húmedas, estanques tibios y llenos de insectos, del ganado pastando, de la recolección del heno, de los edificios de las granjas apiñadas alrededor de la Casa de los Perfectos Aleros?

—¿Supones que eres el único animal que ansiosamente anhela oír de nuevo las notas del cuclillo? —le preguntó la segunda golondrina. Y la tercera dijo:

—Estaremos añorando una vez más los tranquilos nenúfares que se mecen en la superficie de una corriente inglesa. Pero hoy todo ello nos parece pálido y débil y muy lejano. Ahora mismo nuestra sangre baila al ritmo de otra música. Y empezaron otra vez a charlar entre ellas, y esta vez era la cháchara embriagadora que hablaba de mares violetas, de arenas leonadas y muros llenos de lagartijas.

La Rata, inquieta, se alejó una vez más, y subió por la ladera norte del río, desde donde se podían ver los Montes que tapaban la vista hacia el sur..., aquél era su horizonte, sus Montañas de la Luna, su límite, y no le importaba lo que hubiese más allá. Pero hoy, mientras miraba hacia el sur, un nuevo deseo le pesaba en el corazón. El cielo despejado sobre su largo perfil de los montes vibraba de promesas. Hoy, lo invisible lo era todo, y lo desconocido era la única verdad de la vida. A este lado de los montes ya nada importaba, y al otro lado estaban los coloridos paisajes que su mente podía ver con tanta claridad. ¡Qué mares se extendían más allá, verdes y encrespados! ¡Qué costas bañadas por el sol, con sus villas blancas brillando sobre los bosques de olivos! ¡Qué puertos tan tranquilos, abarrotados de elegantes barcos con destino a islas púrpura de vinos y especias, islas de aguas tranquilas!

La ratita se levantó y regresó hacia el río. Luego cambió de rumbo y se dirigió hacia el camino polvoriento. Allí tumbada, medio enterrada en la densa y fresca maraña de setos que lo bordeaba, se puso a pensar en la carretera, y en el mundo maravilloso al que conducía; y en todos los caminantes que por allí habían pasado, y en las aventuras y fortunas que habrían buscado, o que habían encontrado sin buscarlas... ¡Ahí fuera, más allá... más allá!

Llegó hasta sus oídos un sonido de pasos, y apareció ante su vista un caminante que parecía cansado. Pronto se dio cuenta de que era una Rata muy polvorienta. Al llegar junto a ella, la caminante le saludó con un gesto de cortesía que tenía algo de extranjero, vaciló un momento, y, con una sonrisa agradable, se apartó de la vía y se sentó en la hierba fresca junto a ella. Parecía cansada, y la Rata la dejó descansar sin hacerle preguntas, pues había entendido lo que en aquel momento pasaba por su mente. Sabiendo también el valor que los animales dan a veces a la compañía silenciosa, cuando uno permite que los músculos se relajen y la mente deja pasar el tiempo.

La viajera era delgada, de rasgos afilados y con los hombros algo encorvados. Sus patas eran largas y delgadas, muchas arrugas alrededor de los ojos, y unos aretes de oro en sus bien formadas orejas. Llevaba un jersey de lana azul desteñido, igual que los pantalones azules, que estaban bastante sucios y llenos de remiendos, y sus escasas propiedades iban envueltas en un pañuelo de algodón azul.

Cuando hubo descansado un rato, la extraña suspiró, olfateó el aire y miró a su alrededor. —Ese olor en la brisa cálida era trébol —comentó—, y lo que se oye detrás de nosotras son las vacas que cortan la hierba y resoplan suavemente entre bocado y bocado. Hay un sonido de segadores distante, y más allá, junto al bosque, se eleva el humo azul de las cabañas. El río corre por algún lugar cercano, porque oigo el llamado de una gallineta de agua. Y por tu compleción veo que eres un marinero de agua dulce. Todo parece dormido, y sin embargo todo sigue su curso sin parar. ¡Tienes una buena vida, amiga, sin duda la mejor vida del mundo, siempre que seas lo suficientemente fuerte para ella!

—Sí, es la vida, la única vida para vivir —contestó soñadoramente la Ratita de Agua, sin su habitual convicción.

—Yo no dije eso —le contestó la forastera con cautela—, pero sin duda es la mejor. Lo sé porque la he probado. Y porque la he probado durante seis meses, y sé que es la mejor, y aquí estoy, hambrienta y con los pies doloridos, alejándome de ella, camino hacia el sur, siguiendo la antigua llamada hacia la vida pasada, hacia mi vida, que no me dejará escapar. «Así que ésta es otra de ellas», pensó la Rata, y preguntó: —¿Y de dónde vienes? Apenas se atrevía a preguntarle hacia dónde iba; parecía conocer demasiado bien la respuesta.

—De una bonita granjita —respondió brevemente la viajera—. Por allí arriba, en esa dirección. —Y señaló hacia el Norte—. Pero no importa. Tenía todo lo que podía desear, todo lo que podía esperar de la vida, y aún más. ¡Y aquí estoy! Feliz de estar aquí, muy contenta. Ya me quedan menos millas de camino, menos horas para llegar al deseo de mi corazón. Tenía los brillantes ojos fijos en el horizonte, y parecía que buscaba un sonido

desconocido tierra adentro, en aquellos lugares tan repletos de las músicas de los pastos y las granjas.

—Tú no eres una de las nuestras —dijo la Rata de Agua— ni eres granjera; ni de este país.

—Correcto —contestó la extraña—. Soy una rata marinera, y vengo del puerto de Constantinopla, aunque en cierto modo también allí soy extranjera. ¿Has oído hablar de Constantinopla, amiga? Una hermosa ciudad, justa, antigua y gloriosa. También habrás oído hablar de Sigurd, Rey de Noruega, y de cómo llegó hasta allí con sesenta naves y cómo él y sus hombres subieron por las calles de la ciudad cubiertas en su honor engalanadas de oro y púrpura y cómo el emperador y la emperatriz bajaron a festejar a bordo de su barco. Cuando Sigurd regresó a su país, muchos de sus hombres del Norte se quedaron atrás y se pusieron al servicio del emperador. Mi antepasado, noruego de nacimiento, también se quedó atrás, en los barcos que Sigurd regaló al emperador. Desde siempre hemos sido navegantes, y no es de extrañar. En cuanto a mí, me siento tan a gusto en la ciudad en que nací como en cualquier otro puerto de los que hay entre aquel lugar y el río de Londres. Los conozco a todos, y ellos me conocen a mí. Si me dejas en cualquiera de sus muelles o playas, podré volver a mi propia casa.

—Supongo que haces grandes viajes—dijo la Rata de Agua con creciente interés—.

—Meses y meses sin ver tierra, con escasez de provisiones y el agua racionada, y tu mente comunicándose con el poderoso océano, y todas esas cosas? —De ninguna manera—dijo con franqueza la Rata de Mar—. Esa vida que describes no me conviene en absoluto. Yo me dedico al comercio costero, y rara vez pierdo de vista la tierra. A mí lo que me gusta son los buenos momentos pasados en puerto tanto como los días de navegación. ¡Oh, esos puertos del sur! ¡El olor, las luces nocturnas, el encanto!

—Supongo que has elegido la mejor manera de vivir —dijo la Rata de Agua con un tono de duda en la voz—. Dime algo de tu vida en los puertos, si te apetece. ¿Qué cosecha de todo ello un animal decidido cuando al final de sus días tiene que regresar a su casa y vivir del recuerdo galante del pasado? Pues tengo que confesarte que hoy mi vida me parece algo estrecha y limitada

—Mi último viaje —empezó la Rata de Mar—, que finalmente me trajo a este país, atado a grandes esperanzas de encontrar aquella granja tierra adentro, servirá de buen ejemplo, como resumen de una vida llena de color. Por supuesto y como de costumbre, todo empezó con problemas familiares. La tormenta casera hizo que me embarcase a bordo de un navío mercante con destino a Constantinopla, por mares clásicos donde en cada

ola palpita un recuerdo inmortal, hasta las Islas Griegas y el Levante. ¡Esos fueron días dorados y noches templadas! Dentro y fuera del puerto todo el tiempo, viejos amigos en todas partes, durmiendo en algún templo fresco o en una cisterna en ruinas durante el calor del día, festejando y cantando después de la puesta del sol, bajo las grandes estrellas en un cielo aterciopelado. Luego regresamos por la costa del Adriático con sus playas bañadas en una atmósfera ámbar, rosa y aguamarina. Nos detuvimos en amplias ensenadas, vagamos por ciudades antiguas y señoriales, hasta que, por fin, una mañana, cuando el sol se levantaba majestuoso a nuestras espaldas, entramos en Venecia por un camino de oro. ¡Oh, Venecia es una hermosa ciudad, donde una rata puede pasear a sus anchas y disfrutar a placer! O cuando está cansada de caminar, se puede sentar de noche al borde del Gran Canal, y divertirse con amigos, mientras el aire se llena de música y el cielo de estrellas, y las luces destellan en las proas de acero pulido de las góndolas, y hay tantas, que podrías cruzar el canal de un lado al otro sin tocar el agua. Y luego la comida... ¿Te gustan los mariscos? Bueno, dejemos el tema de momento.

Se quedó en silencio un buen rato; y la Rata de Agua, silenciosa y cautivada, flotaba por canales de ensueño y escuchaba el eco de una canción que repicaba entre los muros grises lamidos por las olas.

—Por fin partimos de nuevo hacia el Sur —continuó la Rata de Mar—, navegando por la costa italiana, hasta que llegamos a Palermo, y allí partí tierra adentro para pasar una larga temporada. No me gusta quedarme demasiado tiempo en un mismo barco; uno se vuelve intolerante y lleno de prejuicios. Además, Sicilia es uno de mis lugares predilectos. Allí conozco a todo el mundo, y me encantan sus costumbres. Pasé unas semanas estupendas en la isla, en casa de unos amigos tierra adentro. Cuando me cansé de ello, aproveché de un barco que comerciaba entre Cerdeña y Córcega, y me alegró sentir de nuevo la fresca brisa marina en el rostro.

—¿Pero no es muy caluroso y sofocante, en la bodega, creo que lo llamas? —preguntó la Rata de Agua. La Marinera la miró y, guiñándole el ojo, le dijo con sencillez:

—Yo soy veterano, el camarote del capitán es para mí.

—¡Qué vida más dura! —murmuró la Rata pensativa.

—Lo es para la tripulación —contestó gravemente la Marinera, de nuevo con otro guiño.

—En Córcega —continuó— me embarqué en un navío que llevaba vino a tierra firme. Llegamos a Alassio por la noche, atracamos y sacamos los barriles de vino, y los descargamos atados los unos a los otros por una cuerda muy larga. Luego la tripulación sacó las barcas y empezó a remar hacia la orilla, cantando mientras avanzaban y arrastrando tras ella la larga

procesión de barriles, como si fuera un kilómetro de marsopas. Tenían unos caballos esperando en la playa, que arrastraron los barriles calle arriba por el pueblecito con gran ímpetu. Cuando guardaron el último barril, nos fuimos a descansar y a refrescarnos, y nos quedamos bebiendo hasta muy tarde con los amigos; a la mañana siguiente me fui a descansar por los olivares. Para entonces estaba un poco harta de islas, de puertos y barcos. Así que opté por una vida ociosa con los campesinos, descansando mientras ellos trabajaban, tumbada sobre una colina, y contemplando a lo lejos el azul Mediterráneo. Y así, poco a poco, a veces a pie y otras en barco, llegué hasta Marsella, donde me encontré con viejos camaradas, y juntos visitamos los grandes cruceros transoceánicos, y pasamos unos momentos inolvidables. ¡Hablando de mariscos! ¡A veces sueño con los mariscos de Marsella, y me despierto llorando!

—Eso me recuerda... —dijo muy cortés la Rata de Agua— Dijiste que tenías hambre y debí de haber hablado antes. ¿Por qué no te quedas a almorzar conmigo? Mi madriguera está muy cerca. Es pasado mediodía, y quedas invitado a lo que haya.

—Muy amable de tu parte —dijo la Rata de Mar—. Cuando me senté, tenía bastante hambre, y desde que inadvertidamente mencioné los mariscos, se me hacía la boca agua. ¿Pero no podrías traerlo aquí? No me gusta demasiado ir bajo tierra, a no ser que me obliguen; y así, mientras comemos, te puedo contar otras cosas de mis viajes, y de la buena vida que llevo, por lo menos, a mí me gusta, y por lo atenta que estás me parece que a ti también te atrae; mientras que, si vamos a casa, estoy casi segura de que me quedaré dormida.

—¡Excelente idea! —dijo la Rata de Agua, y se fue corriendo a su casa.

Sacó la cesta de picnic, y empacó una comida sencilla. Como se acordó del origen y gustos de la forastera, metió en la cesta una barra de pan de un metro de largo, una salchicha con mucho ajo, el queso curado más sabroso que encontró y una garrafa de cuello largo cubierta de paja que contenía la luz del sol embotellada, cultivada en las lejanas laderas del Sur.

Así cargada, volvió con rapidez, y se sonrojó de placer cuando la vieja marinera alabó su buen gusto y juicio, y juntas abrieron la cesta y fueron extendiendo su contenido sobre la hierba al borde del camino.

Tan pronto como hubo calmado su hambre, la Rata de Mar continuó con la historia de su último viaje, conduciendo a su sencilla oyente de puerto en puerto de España, Lisboa, Oporto y Burdeos, hasta los agradables puertos de Cornualles y Devon, subiendo por el canal de la Mancha hasta llegar al muelle donde desembarcó, tras haber soportado tantos vientos en contra, tanta tormenta y mal tiempo, y sintió los primeros

indicios mágicos de otra primavera. Estimulada por todo aquello, había emprendido un largo viaje tierra adentro, ansiosa de disfrutar la vida en una granja tranquila, muy lejos de las agotadoras sacudidas de cualquier mar.

Hechizada y temblando de emoción, la Rata de Agua siguió minuto a minuto a la Aventurera, por bahías tormentosas, por radas frecuentadas, a través de bares portuarios en marea alta, hasta llegar corriente arriba por ríos sinuosos que esconden atareados pueblecitos detrás de un giro repentino. Y luego la dejó con un suspiro a las puertas de la granja gris, de la cual no quería escuchar nada

Para entonces habían terminado la comida y la Marinera había descansado y repuesto fuerzas. Tenía la voz más vibrante, y en los ojos le brillaba una luz como la de un faro lejano. Llenó su copa con rojo vino del Sur, se inclinó hacia la Rata de Agua y, mientras hablaba, la dejó hipnotizada. Aquellos ojos eran del espumoso gris verdoso de los mares del Norte. En el vaso ardía un rubí que parecía el corazón mismo del Sur, y que latía para ella, que tenía el valor de responderle. Aquellas luces gemelas, el verde cambiante y el rojo vivo, dominaban a la Rata de Agua como un hechizo. El mundo exterior a aquellos rayos se alejaba y cesaba de existir. Y las palabras, las maravillosas palabras fluían, a veces convertidas en canciones de los marineros dispuestos a zarpar, sonoro murmullo de los obenques bajo el viento desgarrador del nordeste, balada del pescador que recoge sus redes al anochecer frente a un cielo color albaricoque, acordes de guitarra y mandolina desde una góndola o un caique. ¿Quizá se volvía murmullo del viento, primero una queja, y poco a poco se convertía en un grito enojado, en desgarrador silbido, y acababa en un goteo musical del aire desde la vela hinchada por el viento?

A la asombrada Rata de Agua le parecía oír todos aquellos sonidos, y con ellos el sonido de las gaviotas, el golpear de las olas, la vibración de la playa. Luego volvió a escuchar las historias y siguió con emoción las aventuras por docenas de puertos, las peleas, las escapadas, las reuniones, las amistades, las valientes empresas; fue en busca de tesoros a islas desiertas, pescaba en tranquilas lagunas y descansó días enteros en cálidas playas de arena blanca. Escuchó historias de pesca en altamar, de ricas y plateadas caladas con redes larguísimas; de peligros inesperados, de rompientes en noches sin luna, y de la alta proa del gran transatlántico pasando a través de la niebla; de la alegre vuelta a casa, cuando detrás del promontorio aparecen las luces del puerto; los grupos de gente en el muelle, el saludo alegre. La larga caminata por la calle empinada, hacia el resplandor reconfortante de las ventanas con cortinas rojas.

Por último, en su sueño despierto le parecía que la Aventurera se había levantado, pero seguía hablándole y la retenía con sus ojos grises.

—Y ahora —le dijo suavemente— me vuelvo a poner en camino, rumbo al suroeste durante largos y polvorientos días; hasta que llegue a la pequeña ciudad del mar gris y que conozco bien, colgado en el empinado costado del puerto. Allí, a través de las puertas oscuras, puedes ver las escaleras de piedra salpicadas de matas rosa de valerianas que terminan en una mancha de agua azul. Los pequeños botes atados a las argollas y puntales del viejo malecón están coloreados como las barcas en las que paseabas cuando eras niña. El salmón salta sobre la marea alta, cardúmenes de caballas pasan como destellos y juegan más allá del puerto, y los barcos pasan delante de las ventanas día y noche, hacia los amarraderos o hacia el mar abierto. Tarde o temprano llegan hasta allí barcos de todas las naciones marineras. Y allí, cuando llegue la hora, el barco que habré elegido levará el ancla. No me daré ninguna prisa, y esperaré hasta que por fin llegue el barco indicado, balanceándose en medio de la corriente, cargado de mercancía, y su bauprés apuntando hacia el puerto. Me deslizaré a bordo, por un bote o por calabrote; hasta que una mañana me despertarán las canciones y los pasos de los marineros, el tintineo del cabrestante, el traqueteo de la cadena del ancla que levan alegremente. Romperemos el foque y el trinquete, y las casitas blancas del puerto se deslizarán lentamente ante nosotros mientras salimos hacia el mar, ¡y el viaje habrá comenzado! Mientras el barco avanza hacia el promontorio se desplegarán las velas; y una vez fuera, oiremos el sonoro golpeteo de los grandes mares verdes mientras se inclina al viento, apuntando al Sur.

Y tú, tú también vendrás, joven hermana, porque los días pasan y nunca vuelven, y el Sur aún te espera. ¡Acepta la Aventura, escucha la llamada, ahora, antes de que el momento irrevocable pase! ¡Sólo es cuestión de cerrar la puerta detrás de ti, dar un alegre paso adelante, y dejar atrás la vieja vida para comenzar una nueva! Luego, algún día, dentro de mucho tiempo, regresa a casa si quieres, cuando hayas terminado tu copa y el juego haya acabado, y siéntate al borde de tu río tranquilo, en compañía de todos tus hermosos recuerdos. Me puedes incluso adelantar en este largo camino, porque tú eres joven, y yo ya me hago vieja, y voy más despacio. No llevo prisa y, cuando mire hacia atrás, sé que te veré venir, segura, ansiosa y feliz, ¡con todo el Sur en la cara! La voz se fue alejando hasta que desapareció, como el suave zumbido de un insecto. Y la Rata de Agua, paralizada y con mirada fija, sólo vio una mancha distante en la blanca superficie del camino.

Mecánicamente se levantó y empezó a empacar todo en la canasta, con cuidado y sin prisa. Luego se marchó a su casa, reunió algunas cosas necesarias y tesoros especiales con los cuales estaba encariñada, y los puso en su cartera; lo hizo todo con decisión, moviéndose por la habitación como una sonámbula, y escuchando con los labios entreabiertos. Se puso la cartera al hombro, eligió cuidadosamente un grueso bastón para el viaje,

y sin prisas, pero también sin vacilar, cruzaba su puerta, cuando de repente apareció el Topo.

—¿A dónde vas, Ratita? —preguntó el Topo muy sorprendido, agarrándola por el brazo.

—Voy hacia el Sur, con todos los demás —murmuró la Rata con una voz monótona soñadora, sin mirar al Topo—. ¡Hacia el mar, y luego a bordo de un barco, hasta las costas que me llaman!

Trató de avanzar, sin prisas y obstinada. Pero el Topo, inquieto, se puso frente a ella y la miró a los ojos, y se dio cuenta de que estaban vidriosos, fijos y veteados de un gris cambiante.

¡No eran los ojos de su amiga, sino los de otro animal! Con dificultad, logró arrastrarla, la tiró al suelo y la sujetó muy fuerte.

Por unos minutos la Ratita luchó desesperadamente, pero se le agotaron sus fuerzas, y se quedó inmóvil, tendida y agotada, con los ojos cerrados. Entonces el Topo la ayudó a levantarse y la sentó en un sillón, donde la Rata se derrumbó, encogida y temblorosa, y le dio un ataque histérico de sollozos secos. El Topo cerró rápidamente la puerta, metió la cartera en un cajón, y se sentó en la mesa junto a su amiga, a esperar en silencio hasta que se calmara. Gradualmente, la Rata cayó en un estado somnoliento pero intranquilo, interrumpido por sobresaltos y confusos murmullos de cosas extrañas, salvajes y desconocidas para el pobre Topo. Luego se sumió en un profundo sueño.

Preocupado, el Topo la dejó sola un rato para ocuparse de asuntos de la casa. Pasó un buen rato hasta que regresó al salón y encontró a la Rata donde la había dejado, muy despierta, pero abatida, silenciosa y desanimada. El Topo se fijó en sus ojos, y con alivio los encontró limpios y marrón oscuro como siempre; entonces se sentó e intentó animarla a relatar lo que le había sucedido.

La pobre Ratita hizo todo lo que pudo, poco a poco, para explicar las cosas; pero ¿cómo podía encontrar palabras para contar lo que para ella había sido principalmente una sugestión? ¿Cómo explicar a su amigo la inquietante voz del mar que había oído cantar, cómo repetir con la misma magia los miles recuerdos de la Marinera? Incluso a ella se le hacía difícil entender, ahora que el hechizo estaba roto y todo había perdido su magia, lo que hacía unas horas parecía única e inevitable. Así que no es de extrañar que no haya podido transmitir al Topo una idea clara de lo que le había pasado ese día.

Pero el Topito comprendió una cosa: que ya todo se había calmado y su amiga había recobrado la cordura, aunque todavía estaba sacudida y abatida por la reacción. Sin embargo, parecía haber perdido todo interés

por el momento en las cosas que constitúan su vida cotidiana, así como las ganas de hacer planes para los días que la nueva estación seguramente traería

Tranquilamente, y con aparente indiferencia, el Topo empezó a hablar de la cosecha que se estaba recogiendo, de las carrozas llenas de trigo, y de los pobres animales que tiraban de ellos, de los riachuelos que crecían y de la gran luna llena, que se levantaba sobre los campos desnudos salpicados de gavillas. Habló de las manzanas que se enrojecían, de las nueces que se doraban, de las mermeladas y conservas; hasta que, poco a poco, llegó a mediados del invierno, a sus comodidades y alegrías, y a la vida hogareña, y se puso lírico.

Lentamente la Ratita se fue incorporando y uniéndose a la plática. Sus ojos tristes se fueron animando, y no parecía tan deprimida.

Fue entonces que el discreto Topo se escabulló y volvió con un lápiz y unas hojas de papel, que dejó en la mesa junto a su amiga.

—Hace mucho tiempo que no escribes poesía —comentó—. ¿Por qué no lo intentas otra vez, en lugar de..., bueno, en lugar de pensar tanto en ello? Me parece que te sentirás mucho mejor cuando hayas escrito algo..., aunque sólo sean unas rimas.

La Rata, alejó el papel debido al cansancio; pero el discreto Topo aprovechó la ocasión para salir de la habitación, y cuando se asomó de nuevo pasado un rato, la Rata estaba absorta y sorda del mundo a su alrededor; a ratos escribía, y luego chupaba la punta del lápiz. Certo era que chupaba bastante más de lo que escribía, pero el Topo se sintió contento al saber que al menos había comenzado.

X

LAS NUEVAS AVENTURAS DEL SAPO

La puerta principal del árbol hueco daba al este, así que el Sapo se despertó muy temprano, en parte porque la brillante luz del sol le caía encima, y en parte por lo fríos que tenía los pies. Esto le hizo soñar que estaba en la cama en su preciosa habitación con la ventana Tudor, una fría noche de invierno, acostado y escapado de la cama, gruñendo y protestando porque no podían soportar más el frío, y que habían bajado corriendo por las escaleras hasta la cocina para calentarse al amor de la lumbre. Y él las había perseguido descalzo por larguísimos pasillos de piedra heladas, discutiendo con ellas y suplicándoles que fueran razonables. Probablemente se habría despertado mucho antes si no fuera porque había tenido que dormir durante varias semanas en un montón de paja en el suelo de piedra, y ya casi se le había olvidado la agradable sensación de una buena manta que te cubre hasta el mentón.

Se incorporó y se frotó primero los ojos y luego los dedos de los pies; y por un momento se preguntó dónde estaba. Miró a su alrededor, buscando la conocida pared de piedra y la ventanita con barrotes, y de repente, el corazón le dio un brinco y se acordó de todo; de su fuga y de su persecución. ¡Y todavía mejor, recordó que estaba libre!

¡Libre! Sólo esa palabra y lo que representaba valían cincuenta cobijas. Entró rápidamente en calor al pensar en el alegre mundo que esperaba ansioso su entrada triunfal, dispuesto a servirle y animarlo, ansioso de ayudarlo y hacerle compañía, como era costumbre en los viejos tiempos antes de que le ocurriera tantas desgracias. Se estiró y se peinó con los dedos para quitarse las hojas secas; y cuando acabó de arreglarse, se fue a caminar bajo el sol de la mañana, helado y hambriento, pero lleno de esperanza, pues el descanso y el sueño y el sol reconfortante habían disipado todos los terrores de la noche anterior.

En una hermosa mañana de verano como aquélla el mundo entero le pertenecía. El bosque cubierto de rocío estaba tranquilo y desierto a su alrededor; los campos verdes también eran suyos. Incluso la carretera, cuando llegó a ella, parecía como un perro perdido que ansiosamente busca compañía en medio de la soledad. Pero el Sapo buscaba algo que pudiese hablar, y que le dijera hacia dónde tenía que ir. Porque cuando uno

está contento, y tiene la conciencia tranquila, y dinero en el bolsillo, y nadie le persigue por el campo para arrastrarlo de nuevo a la cárcel, es muy fácil seguir un camino hacia donde le apetece, sin saber a dónde va. Pero al práctico Sapo sí le importaba saber hacia dónde tenía que ir, y le entraron ganas de darle una patada a la carretera por quedarse callada cuando el Sapo tenía tanta prisa. Un poco más allá, al tímido camino se le unía un hermanito igual de reservado en forma de canal, y tomados de la mano caminaban juntos en total confianza, pero con la misma actitud tímida y silenciosa hacia los desconocidos.

«¡Ay no! —se dijo el Sapo. — De todas formas, una cosa está clara. Los dos tienen que venir de algún sitio. ¡De eso no cabe ninguna duda, amigo Sapo!».

Así que siguió caminando con paciencia al borde del agua. Tras una curva del canal apareció un caballo solitario, que caminaba con la cabeza baja, como sumido en ansiosos pensamientos. Llevaba unas correas atadas al cuello, y tiraba de una larga cuerda tensa, cuya punta estaba mojada. El Sapo dejó pasar al caballo, y esperó a ver lo que el destino le enviaba.

La proa redonda de una gabarra con la borda pintada de alegres colores se deslizó a nivel del camino. Su única ocupante era una mujer fuerte y grandota, que llevaba un sombrero de lino para protegerse del sol y apoyaba su brazo musculoso en el timón.

—¡Bonita mañana, señora! —le comentó al Sapo cuando llegó hasta ella.

—¡Me atrevo a decirle señora! —contestó el educado Sapo, mientras se

acercaba a ella por el camino de sirga. — Una mañana preciosa para los que no están preocupados como yo. Mi hija casada me ha mandado llamar rápido, así que allá voy, entiende, sin saber lo que le pasa o pueda pasar, y me temo lo peor, ya me comprende usted si también es madre. He tenido que dejar el trabajo... soy lavandera, sabe usted... y también he dejado a mis hijos pequeños, y son una pandilla de diablos de lo más traviesos, sabe, y además he perdido todo mi dinero, y me he perdido yo también; y en cuanto a lo que pueda ocurrirle a mi hija casada... ¡bueno, eso no quiero ni pensarla, señora!

—Y dígame usted, ¿dónde vive su hija casada? —le preguntó la mujer.

—Vive cerca del río, señora —contestó el Sapo. — Cerca de una casa preciosa que se llama la Mansión del Sapo, que no debe de estar muy lejos de aquí. A lo mejor la conoce.

—¿La Mansión del Sapo? Sí, voy hacia allá —contestó la mujer. — Este canal se une con el río unas millas más adelante, muy cerca de la Mansión del Sapo; y luego el resto no es más que un paseo. Súbete al bote, que te llevo hasta ahí.

La mujer se acercó a la orilla, y el Sapo, muy respetuoso y dándole efusivamente las gracias, se subió al bote deprisa y se sentó muy satisfecho. «¡Qué suerte tiene el Sapo!», pensó. «¡Siempre me salgo con la mía!».

—¿Así que usted es lavandera, señora? —dijo la mujer muy educada, mientras el bote se deslizaba por el agua. — ¡Un buen negocio el suyo, sabe, si no le importa que se lo diga!

—¡El mejor negocio de la provincia! —dijo el Sapo a la ligera. — Toda la gente rica me manda su ropa... no se la llevarán a otra ni, aunque fuera gratis, porque me conocen muy bien. Verá usted, yo conozco mi trabajo a fondo, y lo hago todo yo. Lavo, plancho, almidono, preparo las delicadas camisas de etiqueta de los caballeros... ¡Todo se hace bajo mi vigilancia!

—Pero usted no hará todo el trabajo, ¿verdad? —preguntó la mujer con mucho respeto.

—¡Oh tengo algunas chicas... —dijo alegremente el Sapo, — unas veinte, Siempre en el trabajo! Pero ya sabe usted cómo son las chicas. Unas vagas y sinvergüenzas, ¡eso es lo que son!

—Es verdad —dijo la mujer de buen humor. — ¡Pero seguro que usted las mantiene a raya a todas esas holgazanas! Y dígame, ¿le gusta mucho lavar?

—Me encanta —dijo el Sapo. — Es que lo adoro. Cuando tengo los brazos metidos en el lavadero, soy la persona más feliz del mundo. ¡Pero claro, es que se me da tan bien! ¡Le aseguro que me encanta, señora!

—¡Mire usted qué bien! —dijo pensativa la mujer. — Desde luego, ¡qué suerte hemos tenido las dos!

—¿Por qué? ¿Qué quiere usted decir? —preguntó el Sapo nervioso.

—Pues mira —contestó la mujer. — A mí también me gusta lavar, como a usted. Además, me guste o no, lo tengo que hacer yo sola, porque siempre voy de acá para allá. Mi marido, ve usted, siempre es bueno para dejarme sola en el bote, así que no tengo ni un momento para ocuparme de mis asuntos. Él tendría que estar aquí ahora, con el caballo, pero menos mal que el caballo tiene bastante sentido común para ocuparse de sí mismo. Así que él se ha ido por ahí con el perro, a ver si encuentran un conejo para cenar. Dijo que me alcanzaría en la próxima esclusa. Pero mira, las cosas como son, no me confió en él, en cuanto se marcha con el perro,

que es peor que su dueño. Así que, ya me explicará cómo me voy a ocupar de la ropa sucia.

—¡Bah! No se preocupe de la ropa sucia —dijo el Sapo, al que no le gustaba demasiado el tema. — En vez de ello, ¿por qué no piensa en el conejo? Seguro que es un conejito bien gordito. ¿Y si lo guisa con salsa de cebollas?

—No puedo pensar más que en lavar —dijo la mujer. — Y no sé cómo puede usted pensar en conejos con semejante perspectiva. En un rincón del camarote encontrará un montón de ropa sucia. Si escoge un par de cosas de las más necesarias... ya sabe usted a lo que me refiero, no necesito explicárselo a una señora como usted... les da una lavadita, que a usted le dará mucha ilusión, y a mí un gran favor. Encontrará una tina a la mano y el jabón, una tetera en el horno, y un cubo, para recoger el agua del canal. Y así sabré que se está usted divirtiendo, en vez de aburrirse ahí sentada, mirando el paisaje y bostezando.

—¡Oiga, déjeme el timón! —dijo el Sapo, muy asustado —Y así puede encargarse usted misma de la ropa. Quizás le estropee su ropa, o no la lave como a usted le gusta. Sabe, yo conozco mejor la ropa de caballero. Es mi especialidad.

—¿Que le deje el timón? —contestó la mujer con una carcajada. — Se necesita algo de práctica para llevar bien un bote. Además, es muy aburrido, y yo quiero que se divierta. No, usted se encarga de la ropa, ya que tanto le gusta, y yo me encargo del timón, ya que sé hacerlo. ¡No me contenga del placer de darle tanto gusto!

El Sapo no tenía escapatoria. Se dio cuenta de que estaba demasiado lejos de la orilla para saltar, y se tuvo que resignar a su destino. «Bueno», pensó con desesperación, «si no me queda más remedio... supongo que hasta un tonto sabe lavar».

Fue a buscar la tina, el jabón y otras cosas del camarote, eligió al azar algo de ropa, intentó acordarse de lo que había visto cuando a veces echaba un vistazo por la ventana de alguna lavandería y puso manos a la obra. Pasó una buena media hora, y el Sapo empezaba a ponerse de mal humor. Nada de lo que hacía parecía ser del gusto de la ropa. Trató de pegarla y golpearla. Pero ella le sonreía desde la tina, feliz en su pecado original. Un par de veces, el Sapo echó un vistazo nervioso por encima del hombro, pero la mujer parecía concentrada en el timón, y con la mirada fija delante de ella. Le dolía mucho la espalda, y se dio cuenta con horror de que se le ponía la piel de gallina en la punta de los dedos. Murmuró entre dientes palabras que nunca se le deberían escapar a una lavandera o a un Sapo; y por enésima vez perdió el jabón.

Una carcajada lo hizo enderezarse y darse la vuelta. La mujer se moría de la risa, y las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Te he estado observando todo el rato —le dijo. — Ya me parecía a mí que eras una charlatana, por tu manera tan presumida de hablar. ¡Qué lavandera! ¡Apuesto a que no has lavado ni un trapo sucio en toda tu vida!

El Sapo, que llevaba un buen rato intentando disimular su mal humor, no se pudo aguantar, y perdió el control.

—¡Qué vulgar! —le gritó. — ¿Cómo te atreves a hablarle así a alguien de mi categoría? ¡Claro que no soy lavandera! ¡Has de saber que soy un Sapo, muy conocido, respetado y distinguido! Puede que en este momento esté un poco desacreditado, ¡pero no soportaré que una vulgar mujer se ría de mí! La mujer se le acercó y echó un vistazo por debajo de la cofia.

—¡Vaya, sí que lo eres! —gritó. — ¡Nunca lo hubiera pensado! ¡Un Sapo horrible y sucio en mi precioso y limpio bote! ¡Qué asco! ¡Eso sí que no lo puedo consentir!

Soltó por un momento el timón y sin previo aviso, lo agarró por las patas. Entonces el mundo se dio la vuelta, parecía que la barca flotaba ligera por el cielo, el viento silbó en sus oídos y el Sapo se encontró dando vueltas por el aire.

El agua estaba demasiado fría para su gusto, aunque no por esto consiguió su orgulloso espíritu, o apagar la furia que le ardía dentro. Salió a la superficie balbuceando y, cuando se quitó las algas de los ojos, lo primero que vio fue la barquera gorda que lo miraba riéndose por encima del timón, mientras se alejaba el bote. Y él, tosiendo y atragantándose, juró que se vengaría.

Nadó hasta la orilla, a pesar de las dificultades impuestas por el vestido de algodón y, cuando por fin llegó al borde, le costó mucho llegar por la empinada colina del río. Tuvo que tomarse un par de minutos de descanso para recuperar el aliento. Luego, recogiéndose las faldas mojadas, se echó a correr detrás del bote tan rápido como se lo permitían sus patitas, rabioso e indignado, ansioso de venganza. La mujer del bote aún se estaba riendo cuando el Sapo la alcanzó.

—¿Por qué no te metes en la planchadora mecánica, lavandera? —le gritó. — ¡Si te estiras un poco la cara, hasta parecerás un Sapo bastante guapo!

El Sapo no se paró a contestarle. Lo que él quería era una venganza de verdad, y no fáciles triunfos de palabras, aunque le hubiera gustado decirle un par de cosas a la mujer. Él ya sabía lo que quería. Se echó a correr y adelantó al caballo, desató la cuerda del bote, se subió de un salto al lomo del animal y lo asusto para que echase a correr. Se dirigieron tierra

adentro, dejando atrás el camino de sirga, y se metió con su caballo por un camino de cantos rodados. Miró una vez más hacia atrás, y vio que el bote había chocado contra la orilla del canal, y la mujer le gritaba con los brazos levantados: ¡Detente! ¡Detente!

«Me parece que he oído esa frase hace poco», pensó el Sapo, echándose a reír y espoleando el caballo en su alocada carrera. Pero el pobre caballo no era capaz de un esfuerzo prolongado, y muy pronto su carrera se volvió trote, y el trote un paso ligero. Al Sapo esto no le preocupaba, pues sabía que, mientras él se movía, el bote estaba atascada. Ya se le había pasado el berrinche, y se sentía orgulloso de su inteligencia. Y le agradaba dar un paseo al sol, aprovechando los caminos de herradura que encontraba, y procurando olvidar el hambre que tenía, hasta que el canal se perdió en la distancia.

Ya habían viajado varios kilómetros, y el Sapo empezaba a sentirse somnoliento por el calor cuando el caballo se detuvo, bajó la cabeza y se puso tranquilamente a comer hierbas. Y el Sapo, a punto de caerse del animal, se despertó de un brinco. Miró a su alrededor y vio que se encontraban en medio de un ancho ejido, con parches de tojas y zarzas que se perdían en la distancia. Junto a él había una carreta de gitanos, y un hombre estaba sentado en un cubo puesto boca abajo, fumando y con la mirada perdida en el ancho mundo. Junto a él había un fuego de leña y, colgada encima del fuego, una olla de hierro de donde salían burbujeos y gorgoteos, y un vapor llamativo. Y con ellos unos olores tibios, exquisitos y variados, que emanaban en remolinos, abrazados y entrelazados, hasta unirse en un olor perfecto, completo y voluptuoso, como la mismísima alma de la Naturaleza que aparecía ante sus hijos, una verdadera diosa, una madre de consuelo y alivio. El Sapo se dio cuenta de que hasta entonces no se había sentido verdaderamente hambriento. Lo que había estado sintiendo era un poco de hambre. Pero lo que ahora sentía sí que era hambre de verdad, de eso no cabía duda. Y si no se saciaba pronto, alguien o algo se encontraría en peligro. Miró al gitano de arriba a abajo, y se preguntó si sería más fácil luchar con él o engañarlo. Así que se quedó arriba del caballo, y estuvo vigilando y husmeando, mientras miraba al gitano; él se quedó sentado, fumando y mirando al Sapo. En ese momento el gitano se sacó la pipa de la boca y dijo sin darle importancia:

—¿Quieres vender ese caballo?

El Sapo se quedó muy asombrado. No sabía que a los gitanos les gusta el comercio de caballos, y que nunca dejan escapar una oportunidad, y no se le había ocurrido que las carretas se desplazan sin cesar, y que esto requiere la fuerza animal. No se le había pasado por la cabeza que podía cambiar el caballo por dinero, pero la sugerencia del gitano le pareció un paso más hacia las dos cosas que tanto necesitaba: dinero y un buen desayuno.

—¿Qué? —le contestó el Sapo. — ¿Que si quiero vender mi precioso caballo? ¡Ni hablar! ¿Quién va a llevar la ropa limpia a mis clientes cada semana? Además, estoy demasiado encariñada con él, y él me adora.

—¿Por qué no te encariñas con el caballo? —sugirió el gitano. — Algunos los adoran.

—Me parece que no te das cuenta —añadió el Sapo— de que este precioso caballo es demasiado bueno para ti. Es un caballo de pura sangre, bueno, en parte; no la parte que tú ves, claro está, pero otra parte. Además, ha sido un caballo de feria, hace algún tiempo, cuando tú aún no le conocías, pero todavía se ve que es de buena raza, si entiendes algo de caballos. No lo vendería por nada del mundo. Sin embargo, ¿cuánto estarías dispuesto a darme por mi precioso y joven caballo?

El gitano miró al caballo con atención, y con la misma atención miró al Sapo, y luego volvió a mirar al caballo.

—Un chelín por cada pata —dijo, y se dio la vuelta y siguió fumando y mirando al ancho mundo, algo turbado.

—¿Un chelín por cada pata? —gritó el Sapo. — Lo tengo que pensar, y calcular exactamente a cuánto me sale. Se bajó del caballo para dejarlo pastar, y se sentó junto al gitano; estuvo sacando cuentas con los dedos, y por fin dijo:

—¿Un chelín por pata? Eso son exactamente cuatro chelines, y ni un poquito más. ¡Ni hablar! No podría aceptar cuatro chelines por mi precioso y joven caballo.

—Bueno —dijo el gitano. — Te diré lo que voy a hacer. Te doy cinco chelines, que es mucho más de lo que vale ese animal. Y ésa es mi última palabra.

Entonces el Sapo se puso a pensar. Estaba muy hambriento y necesitaba dinero, y aún le quedaba camino para llegar a casa, y sus enemigos podrían estar buscándolo. Para un animal en esta situación, cinco chelines son una buena cantidad de dinero. Por otra parte, no parecía suficiente por un caballo. Pero, al fin y al cabo, el caballo no le había costado nada, así que cualquier cantidad que le dieran por él sería beneficioso. Por fin dijo con firmeza:

—Escucha, gitano, te diré lo que vamos a hacer. Y ésta es mi última palabra. Tú me das seis chelines y seis peniques, Y además de eso me darás el desayuno de esa olla de la que emanan olores tan deliciosos y excitantes como pueda comer en una sola sentada, por supuesto. Y a cambio yo te entregaré a mi joven e inteligente caballo. Si esto no te conviene, dilo, y seguiré mi camino. Conozco a un hombre que vive aquí cerca y que me ha querido comprar el caballo desde hace tiempo.

El gitano protestó efusivamente, y declaró que si volviera a hacer un negocio semejante se arruinaría. Pero al fin sacó una bolsita de sucio lienzo del bolsillo de su pantalón, y dejó caer en la mano de Sapo seis chelines y seis peniques. Luego se metió en la carreta, y al cabo de un momento regresó con un plato de hierro y unos cubiertos. Inclinó la olla, y llenó el plato de un guiso

humeante y exquisito. Sin duda era el mejor guiso del mundo, ya que estaba hecho con perdices, faisanes, pollos, liebres y conejos, y algunas cosas más. El Sapo apoyó el plato en las rodillas, y con lágrimas en los ojos se lo comió todo, y pidió más. Y el gitano no protestó. Al Sapo le pareció que nunca había desayunado tan bien en toda su vida. Cuando el Sapo había comido tanto como le cupo se lo permitió, saludó al gitano y se despidió cariñosamente del caballo. Y el gitano, que conocía bien la orilla del río, le indicó el camino que debía seguir, y el Sapo se echó a andar de muy buen humor. Sin duda era un animal muy diferente del que había sido hacía una hora. El sol brillaba, su ropa ya estaba casi seca, y tenía dinero en los bolsillos, y ya le quedaba poco camino para llegar a su casa, donde estaría a salvo y con sus amigos. Y lo mejor de todo, es que tenía un desayuno en la barriga, y se sentía enorme, y fuerte, y despreocupado, y seguro de sí mismo.

Mientras caminaba alegremente, pensó en sus aventuras y escapadas, y en cómo había conseguido siempre salirse con la suya, aun en las situaciones más difíciles. Y empezó a hincharse de orgullo y vanidad. «¡Ah! ¡Qué Sapo más listo soy!», pensaba mientras caminaba con la cabeza erguida. «¡No hay un animal tan inteligente como yo en todo el mundo! Mis enemigos me encierran en el calabozo, rodeado de centinelas y vigilado día y noche por guardianes. Y yo me escapo entre ellos gracias a mi habilidad y a mi valor. Me persiguen con trenes, policías y pistolas». «Y yo me burlo de ellos, y desaparezco con una carcajada. Desgraciadamente, una mujer muy gorda y malvada me tira al canal. ¿Y qué? ¡Nado hasta la orilla, le robo el caballo y me marcho en triunfal carrera! ¡Luego vendo el caballo por un buen puñado de monedas y un desayuno excelente! ¡Ah, yo soy el Sapo, el hermoso, popular y triunfador Sapo!». Se hinchó tanto de vanidad, que, mientras caminaba, compuso una canción de alabanza para sí mismo, y se puso a cantarla a todo pulmón, aunque él era el único que podía oírla. Sin duda era la canción más vanidosa que haya escrito jamás un animal:

Siempre hubo héroes en el mundo,
como la historia ha narrado,
pero nadie tan famoso
como el valeroso Sapo.

En Oxford lo saben todo,
son eruditos y sabios:
¡y sin embargo no saben
la cuarta parte que el Sapo!

Los animales del Arca
lloraban a todo trapo.

¿Y quién fue el que gritó: ¡Tierra!?

¡Quién va a ser! ¡El señor Sapo!

El ejército desfila,
saluda marcando el paso.

¿Es al rey? ¿Tal vez un cocinero?

¡Nada de eso! ¡Es a don Sapo!

Dice la reina a sus damas:

¡Hay que ver qué hombre tan guapo!

Todas levantan la vista
diciendo: ¡Es el señor Sapo!

Había muchos más versos, pero eran demasiado vanidosos para poder escribirlos. Estos son los más aceptables. Cantaba al caminar, y caminaba cantando, y a cada minuto que pasaba se iba hinchando cada vez más. Pero muy pronto su orgullo iba a caer por el suelo. Tras caminar un buen rato por sendas llegó por fin a la carretera. Miró al horizonte y vio que se acercaba una moto, que se convirtió en un punto, y luego en una mancha, y luego en algo muy familiar. Y percibió con alegría la conocida y repetida nota de aviso.

—¡Esto sí que me gusta! —dijo el Sapo emocionado. — ¡Esta es la verdadera vida, éste es el mundo real que tanto he echado de menos! Llamaré a mis hermanos del volante. Les contaré algún cuento, de éhos que se me dan tan bien, y me llevarán en carroaje. Luego conversaré con ellos, ¡y con un poco de suerte me dejarán conducir el carroaje hasta la Mansión del Sapo! ¡Eso sí que sería el colmo para el Tejón!

Dio un paso hacia el centro de la carretera e hizo señas al carroaje, que empezó a frenar a medida que se le acercaba. Pero de repente el Sapo se puso muy pálido, se le paró el corazón, las rodillas le cedieron y se cayó al suelo con una sensación de horror en sus adentros. ¡Y no era de extrañar, ya que aquel carroaje que se acercaba era el mismo que había

robado del patio de la posada El León Rojo aquel maldito día cuando empezaron todos sus problemas! ¡Y la gente que venía en el carro eran los mismos que entraron a comer en el salón del café!

Se cayó en medio de la carretera murmurando desesperadamente:

—¡Ya está! ¡Se acabó! ¡Otra vez la policía y las cadenas! ¡Otra vez la cárcel! ¡Otra vez a pan y agua! ¡Ay, qué tonto he sido! ¡Cómo se me habrá ocurrido ir alardeando por el campo, cantando canciones vanidas y haciendo señas a la gente en la carretera en pleno día, en vez de esconderme hasta la noche y deslizarme hasta casa por senderos escondidos! ¡Ay, estúpido Sapo! ¡Qué mala suerte tengo! El temible carro se fue acercando, y se detuvo junto al Sapo. Dos caballeros se bajaron y avanzaron hasta el tembloroso y desgraciado montoncito, y uno de ellos dijo:

—¡Vaya por Dios! ¡Qué pena! ¡Esta pobre lavandera se ha desmayado en medio de la carretera! Quizá la pobre mujer ha sufrido una insolación. O quizás no haya comido nada hoy. La subiremos al coche y la llevaremos hasta el pueblo más cercano, donde sin duda debe de tener amigos.

Metieron al Sapo en el auto con mucho cuidado, lo acomodaron entre cojines y siguieron camino. Cuando el Sapo les escuchó hablar de un modo tan amable y comprensivo, se dio cuenta de que no le habían reconocido, y empezó a animarse. Abrió primero un ojo y luego el otro.

—¡Mira! —dijo uno de los caballeros. — Ya se encuentra mejor. El aire fresco le sienta bien. ¿Cómo se encuentra usted, señora?

—Me encuentro mucho mejor, señor, gracias —contestó el Sapo muy bajito.

—Me alegro —dijo el caballero. — Pero ahora descanse, y sobre todo no intente hablar.

—De acuerdo —dijo el Sapo. — Sólo quería pedirle si me podría sentar en el asiento de delante, junto al conductor; me llegaría mejor el aire fresco, y ya verá cómo enseguida estoy bien.

—¡Qué mujer más inteligente! —contestó el caballero. — Por supuesto que puede.

Ayudaron al Sapo a sentarse en el asiento de delante, y de nuevo reemprendieron el camino.

Para entonces el Sapo era otra vez el de siempre. Se irguió, miró a su alrededor e intentó controlar las vibraciones, el anhelo, el antiguo deseo que crecía en su interior y se apoderaba completamente de él.

—¡Es el destino! —murmuró. — ¿Para qué luchar contra él? Y se volvió hacia el conductor.

—Por favor, señor —le dijo, — le estaría muy agradecida si me dejase conducir un poco el automóvil. Le he estado observando, y parece tan fácil y tan interesante, y me encantaría poder decir a mis vecinas que yo un día conduje un auto.

El conductor soltó una carcajada, y el caballero preguntó lo que sucedía. Cuando el conductor se lo dijo y, para gran alegría del Sapo, el caballero contestó:

—¡Bravo, señora! Me gusta su actitud. Deja que lo intente, y vigílala. No hará nada malo.

El Sapo fue rápidamente al asiento que el conductor había dejado libre, agarró el volante y escuchó con simulada humildad las instrucciones que le daban. Puso el carroaje en marcha, al principio muy despacio, ya que tenía la intención de ser prudente. Los caballeros sentados en el asiento de detrás aplaudieron, y el Sapo les oyó decir:

—¡Qué bien lo hace! Es increíble que una lavandera conduzca tan bien, ¡y eso que es la primera vez!

El Sapo aceleró un poco, y luego un poco más, y más. Oyó que los caballeros le gritaban: «¡Cuidado, lavandera!», y esto le ofendió, y empezó a perder el control de sí mismo. El conductor intentó intervenir, pero el Sapo le dio un codazo, y pisó a fondo el acelerador. El viento en la cara, el ruido del motor y las vibraciones del auto embriagaron su débil mente.

—¡Conque lavandera! —les gritó. — ¡Ja, ja! ¡Yo soy el Sapo, el ladrón de carroajes, el fugitivo, el Sapo que siempre se escapa! ¡quédense quietos y les enseñaré lo que es conducir de verdad, puede hacer, del mañoso, del valiente Sapo!

Con un grito de horror el grupo se levantó y saltaron todos juntos sobre él.

—¡Agárrenlo! —gritaron. — ¡Agarren al Sapo, el malvado animal que robó nuestro carroaje! ¡Atenlo, encadénenlo! ¡Llévenlo a la comisaría! ¡Hay que acabar con el loco y peligroso Sapo!

¡Pobres de ellos! No se les ocurrió ser un poco más prudentes y detener el carroaje antes de hacer cualquier travesura. El Sapo giró el volante con fuerza y el vehículo atravesó el seto que bordeaba la carretera. El auto dio un salto, y se escuchó un ruido fuerte, y se encontraron bien metidos en el espeso barro de un estanque.

El Sapo salió volando por los aires con el delicado movimiento ascendente de un gorrión. Empezó a tomarle gusto a aquel vuelo, y a

preguntarse si duraría mucho para salirle alas. Se convirtió en un pájaro-Sapo, cuando aterrizó de espaldas con un golpe sobre la cálida y blanda hierba de un prado. Se enderezó, y vio el automóvil en medio del estanque, medio hundido; los caballeros y el conductor, a los que estorbaban sus largos abrigos, se encontraban atrapados en el agua.

El Sapo se levantó a toda prisa y echó a correr tan rápido como podía, trepando por los setos y saltando zanjas a través de prados, hasta que, agotado, tuvo que aflojar el paso para recobrar el aliento. Cuando se sintió más descansado, y se puso a pensar en lo sucedido, se echó a reír, y tanto se reía que se tuvo que sentar debajo de un seto.

—¡Ja! ¡Ja! —exclamó de admiración propia. — ¡Otra vez el Sapo! ¡Como siempre, el Sapo sale ganando! ¿Quién consiguió que me llevaran en el automóvil? ¿Quién les pidió que me dejaran sentar en el asiento de delante para que me diera el aire? ¿Quién los convenció de que me dejaran intentar conducir? ¿Quién los dejó tirados en medio del estanque? ¿Quién se escapó volando por los aires, y dejando a los intolerantes y malhumorados excursionistas en el barro, como les corresponde? ¡El Sapo, por supuesto! ¡El grande, bueno e inteligente Sapo! Y se puso de nuevo a cantar a pleno pulmón:

El auto hacía ¡pop pop!

voló carretera abajo.

¿Quién se llevó el auto al agua?

¡El astuto señor Sapo!

—¡Oh! ¡Qué listo soy! ¡Qué listo, qué listo, qué...!

Un ruido lejano a sus espaldas le hizo volver la cabeza. ¡Horror! Dos prados más allá vio al conductor con sus polainas de cuero, acompañado por dos enormes policías, que corrían hacia él a toda velocidad. El pobre Sapo se levantó de un brinco y echó a correr con el corazón en la garganta.

—¡Dios mío! —susurró jadeante. — ¡Qué tonto soy! ¡Qué tonto y vanidoso atolondrado! ¡Fanfarroneando otra vez! ¡Gritando y cantando otra vez! ¡Ay, Dios mío, Dios mío!

Volvió la mirada, y vio con horror que le estaban alcanzando. Siguió corriendo, pero los otros ganaban terreno. Hacía lo que podía, pero era un animal gordo y tenía las patas muy cortas, y sus perseguidores estaban a punto de alcanzarlo. Los podía escuchar a sus espaldas. Siguió corriendo sin rumbo, volviendo la mirada hacia su victorioso enemigo, cuando de repente la tierra desapareció bajo sus pies, se agarró al aire, y, ¡ay!, se encontró chapoteando en el agua profunda, y la corriente lo llevaba a toda velocidad. ¡En su ciego terror se había caído al río!

Salió flotando hasta la superficie, e intentó agarrarse a los juncos y cañas que crecían a la orilla, pero la corriente era tan fuerte que se le resbalaban de las manos.

—¡Dios mío! —susurró el pobre Sapo. — ¡Nunca más volveré a robar un automóvil! ¡Ni a cantar una canción vanidosa!

Y se hundió de nuevo, y salió a flote medio ahogado. Entonces vio que se acercaba a un agujero grande y negro en la orilla, justo por encima del nivel de su cabeza, y al pasar junto a él se agarró con todas sus fuerzas al borde del agujero. Luego se izó con gran dificultad hasta que pudo apoyar los codos en el borde. Y se quedó allí algunos minutos jadeante, ya que estaba agotado. Mientras suspiraba y resoplaba miró dentro del agujero oscuro, y vio algo pequeño que brillaba al fondo, y se le acercaba. Entonces apareció una carita conocida.

Marrón y pequeña, con bigotes. Seria y redonda, con orejitas bien recortadas y pelo sedoso. ¡Era la Rata de Agua!

XI

COMO TORMENTAS DE VERANO LLEGARON SUS LÁGRIMAS.

La Rata sacó su pequeña pata marrón, agarró firmemente al Sapo por el pescuezo y dio un tirón con un gran impulso; y el Sapo empapado salió segura y lentamente de dentro del agujero, hasta que por fin se encontró sano y salvo en el vestíbulo, cubierto de barro y algas, y chorreando agua, pero feliz. Animado como siempre, ahora que se encontraba en casa de una amiga y se habían acabado las persecuciones, y se podía quitar el disfraz que era tan indigno de su posición y de un caballero. —¡Oh, Ratita! —gritó—. ¡He tenido tantas aventuras desde la última vez que te vi, no te lo puedes imaginar! ¡Pruebas, sufrimientos, todo soportado con tanta nobleza! ¡Luego los escapes, los disfraces, las evasiones, planeadas y llevadas a cabo inteligentemente! ¡Estuve en prisión, pero por supuesto me

escapé! ¡Me arrojaron a un canal, y nadé hasta la orilla! ¡Robé un caballo y lo vendí por un buen precio! ¡Engañé a todo el mundo, para que hicieran todo lo que yo quería! ¡oh, soy un Sapo muy inteligente! ¡Y no te puedes imaginar mi última aventura! Solo espera a que te diga...

—Sapo —dijo la Rata de Agua con firmeza—, sube ahora mismo a mi habitación, y quítate esos trapos, que pareces una lavandera, lávate bien, y ponte algo de mi ropa. Y trata de bajar luciendo como un caballero. ¡Nunca vi a alguien tan desaliñado y vergonzoso en toda mi vida! ¡Deja ya de fanfarronear y discutir, y muévete! ¡Luego tengo que decirte algo! El Sapo había tenido suficiente de que le dieran órdenes cuando estaba en la cárcel, y parecía que ahora todo volvía a empezar. ¡Y por una Rata! Sin embargo, se vio en el espejo, con aquel sombrero negro inclinado sobre un ojo, y cambió de opinión. Subió rápidamente y muy avergonzado al vestidor de la Rata. Luego se lavó y se cambió de ropa y se quedó durante un buen rato contemplándose a sí mismo con orgullo y placer, y pensando lo idiotas que tenían que haber sido todos los que lo confundieron una lavandera.

Finalmente bajó al salón, ya la comida estaba preparada sobre la mesa, lo cual alegró al Sapo, ya que había tenido un montón de aventuras agotadoras y ejercicio desde el excelente desayuno que le proporcionó la gitana. Mientras comían, el Sapo contó a la Rata todas sus aventuras insistiendo en astucia, inteligencia, maestría y serenidad en momentos difíciles o de peligro, y haciendo entender que se lo había estado pasando estupendamente. Pero cuanto más hablaba y se jactaba, más seria y silenciosa se ponía la Rata.

Cuando por fin el Sapo dejó de hablar, se quedaron en silencio durante un buen rato. Al cabo de un tiempo la Rata dijo:

—Mira, Sapito, no quiero causarte dolor después de todo lo que te ha sucedido, pero, de verdad, ¿no te das cuenta de que has estado haciendo el ridículo? Según me dices, te han metido en la cárcel, has pasado hambre, te han perseguido, aterrorizado, insultado, se han burlado de ti, te han tirado al agua... ¿Y crees que es divertido? ¿Dónde ves la gracia? Y todo porque tienes que ir y robar un carruaje. Sabes muy bien que, desde la primera vez que viste un carruaje, sólo te ha traído desgracias. Pero si te enfrentas a ellos, como siempre te ocurre, ¿por qué tienes que robarlos? Serás tonto, si crees que es divertido. O arruínate, para variar, si es que de verdad te interesa. ¿Pero por qué tienes que ser un convicto? ¿Cuándo vas a ser razonable, y pensar en tus amigos, y tener consideración con ellos?

¿Crees que a mí me complace, por ejemplo, oír decir a otros animales, cuando paso cerca de ellos, que yo soy amiga de convictos?

El Sapo, en el fondo era de buen corazón, y no le importaba que sus amigos le criticaran. E incluso cuando estaba decidido a hacer algo,

siempre podía ver el punto de vista del contrario. Así que, aunque la Rata hablaba muy en serio, él no cesaba de susurrarse a sí mismo con rebeldía: «¡Pero fue divertido! ¡Tremendamente divertido!», y de hacer extraños ruidos dentro de él, k-i-ck-ck-ck y ca-ca-pep-pep y otros que recordaban resoplidos sofocados, o el abrir una botella de agua con gas. Sin embargo, cuando la Rata había acabado, el Sapo suspiró profundamente y dijo con mucha humildad:

—¡Muy bien, Ratita! ¡Qué razonable eres siempre! Sí, he sido un viejo engreído y puedo verlo perfectamente. Pero desde ahora voy a ser un Sapo bueno, y nunca más volveré a hacerlo. En cuanto a los automóviles, ya no me interesan tanto desde el chapuzón que me di en tu río. El hecho es que, cuando me aferraba del borde de tu agujero recobrando el aliento, se me ocurrió una idea, una idea excelente, relacionada con barcos de motor... ¡Bueno, bueno, cálmate, muchacha, cálmate, sólo era una idea, y ahora no vamos a ponernos a hablar de ella! Vamos a tomar un café, y un cigarrillo, y a charlar un poco, y luego me iré tranquilamente a la Mansión, y me pondré mi ropa, y volveré a mi vida anterior. ¡Estoy harto de aventuras! Me voy a dedicar a una vida tranquila y respetable, mejorando la Mansión, y también de vez en cuando ocupándome de los jardines. Siempre habrá algo de comer para mis amigos cuando vengan a visitarme. Y me voy a comprar una carroza de caballos para pasear por el campo, como solía en los buenos tiempos

—¿Irte tranquilamente a la Mansión? —gritó la Rata muy entusiasmada—. ¿Pero qué dices? ¿Es que no te has enterado?

—¿Enterado de qué? —dijo el Sapo, poniéndose muy pálido—. ¡Dímelo, Ratita! ¡ya! ¡Cuéntamelo todo! ¿De qué no me he enterado?

—¿Quieres decir —le contestó la Rata golpeando la mesa con el puño — que no te has enterado de lo que han hecho los Armiños y las Comadrejas?

—¿Qué? ¿Los Habitantes del Bosque Salvaje? —gritó el Sapo tembloroso —. ¡No, ni una palabra! ¿Qué es lo que han hecho?

—¿Ni de cómo han tomado posesión de la Mansión? —añadió la Rata. El Sapo apoyó los codos en la mesa, y la barbilla en las manos; y dos grandes lágrimas le llenaron los ojos, y se escurrieron hasta la mesa, ¡plaf! ¡plaf!

—Adelante, Ratita —murmuró en ese momento—, cuéntamelo todo. Ya pasó lo peor. Vuelvo a ser un animal. Podré soportarlo. —Cuando te metiste-en-todos-los-problemas —dijo la Rata lentamente—, es decir, cuando desapareciste de la sociedad durante algún tiempo a causa de un malentendido sobre una... máquina, ya sabes... El Sapo asintió con la cabeza.

—Pues por aquí se habló mucho del tema, por supuesto —continuó la Rata —, no sólo en la Orilla del Río, sino también en el Bosque Salvaje. Todos los animales tomaron partido, como suele suceder. Los de la Orilla del Río te defendían, y decían que te habían tratado muy mal, y que hoy ya no hay justicia. Pero los animales del Bosque Salvaje hacían comentarios desagradables, y decían que te lo merecías, y que ya era hora de que todo acabara. ¡Y se volvieron muy confiados, y decían que por fin habían acabado contigo! ¡Que ya nunca más volverías, nunca más!

El Sapo asintió de nuevo, siempre en silencio. Y la Rata continuó:

—¡Ese es el tipo de alimañas que son! Pero el Topo y el Tejón te defendían en las buenas y en las malas, y decían que volverías muy pronto, de una u otra manera. ¡No sabían cómo, pero volverías!

El Sapo se sentó nuevamente en la silla y empezó a sonreír.

—Argumentaron muy bien —continuó la Rata—. Dijeron que ninguna ley criminal había podido prevalecer contra un descaro y unas artimañas como las tuyas, además del poder de un bolsillo bien lleno. Así que decidieron instalarse en la Mansión, mantenerla limpia y tenerlo todo preparado para tu regreso. Por supuesto, no sospechaban lo que iba a suceder, aunque no se fiaban mucho de los animales del Bosque Salvaje. Ahora te tengo que contar lo más doloroso y trágico de todo. Una noche oscura, muy oscura y con vientos muy fuertes, cuando llovía a torrente, una banda de Comadrejas bien armadas se deslizó por el camino hasta la puerta principal. Mientras tanto un grupo de Hurones se acercaron por el huerto y se apoderaron del patio trasero, de la cocina y de los cuartos de servicio. Y una banda de guerrilleros Armiños, que no se detenían ante nada, ocuparon el invernadero y el salón del billar, y se apostaron junto a las puertas de cristal que dan al césped.

El Topo y el Tejón estaban sentados frente a la chimenea en el salón, charlando y sin sospechar nada, ya que la noche no era de lo más propicia para que los animales estuvieran fuera, cuando de repente los malvados y sanguinarios bichos forzaron las puertas y los atacaron por todas partes. Ellos se defendieron como pudieron, pero no sirvió de nada. No tenían armas, y los habían tomado por sorpresa y, además, ¿qué pueden hacer dos animales contra cientos de ellos? ¡Aquellos bichejos los atacaron con palos y los sacaron, con aquel frío y aquella lluvia, con muchos insultos e inoportunos comentarios!

Entonces el insensible Sapo estalló en una risita, y luego se recompuso y trató de mirar y poner cara de preocupado.

—Y los animales del Bosque Salvaje han estado viviendo desde entonces en la Mansión del Sapo —añadió la Rata—. ¡Y qué buena vida se dan! Se pasan medio día en la cama, y desayunan a cualquier hora, y

(según me cuentan) la casa está hecha un desastre. Comiendo tu comida, y bebiendo tu bebida, y haciendo chistes malos sobre ti, y cantando canciones vulgares, sobre... bueno, sobre prisiones, jueces y policías; Unas canciones horribles y nada graciosas. Y le están diciendo a los comerciantes y a todos que se van a quedar allí para siempre.

—¡Eso creen! —dijo el Sapo, levantándose de golpe y agarrando un palo—. ¡Ya veremos si es cierto!

—¡Ni te molestes, Sapo! —gritó la Rata—. ¡Cálmate y siéntate! Te meterás en más problemas.

Pero el Sapo se marchó, y no hubo manera de retenerlo. Caminaba a toda prisa con el palo sobre el hombro, muy enfadado y refunfuñando para sí mismo, hasta que llegó a la puerta principal, y entonces apareció detrás de la verja un Hurón largo y amarillo con una pistola.

—¿Quién llama? —dijo bruscamente el Hurón.

—¡Qué tontería! —contestó el Sapo muy enojado.

—. ¿Quién te crees que eres para hablarme así? El Hurón no dijo ni una palabra, pero se llevó la pistola al hombro. El Sapo con prudencia cayó de bruces en la carretera y ¡Bang! una bala pasó silbando sobre su cabeza.

El Sapo asustado se puso de pie y salió corriendo por el camino lo más rápido que pudo. Y mientras corría, oía la risa del Hurón, y muchas otras risitas que la acompañaban. Regresó a casa muy desanimado, y le contó a la Rata lo sucedido.

—¿Qué te dije? —contestó la Rata—. No vale la pena. Tienen centinelas, y están todos armados. Tendrás que esperar. Pero el Sapo no estaba dispuesto a ceder. Así que sacó el bote, y fue remando río arriba hasta donde estaba el jardín delantero de la Mansión del Sapo. Llegó hasta la orilla. Cuando estuvo cerca de su antigua casa, dejó de remar y observó con cuidado el lugar. Todo parecía desierto y pacífico. Podía ver todo el frente de la Mansión, iluminada por el sol de la tarde. Las palomas, posándose de dos en dos, se alineaban en el borde del tejado; el jardín era un resplandor de flores; en el arroyo que conducía al cobertizo, y en el puente de madera para cruzarlo todo estaba tranquilo, como esperando su regreso. Primero intentaría escabullirse en el cobertizo, pensó detenidamente. Con mucho cuidado remó hasta la desembocadura del arroyo, y justo cuando pasaba por debajo del puente... ¡Crash! Una gran piedra cayó del puente y atravesó el fondo del bote. Este se llenó de agua y se hundió, y el Sapo se encontró chapoteando en agua profunda. Miró hacia arriba y vio a dos Armiños asomados a la barandilla del puente que lo miraban con alegría.

—¡La próxima vez te caerá en la cabeza, Sapito! —le gritaron. El Sapo, indignado, nadó hasta la orilla, mientras los Armiños reían y reían, animándose el uno al otro, y siguieron riéndose, hasta que casi tuvieron dos ataques, es decir, un ataque cada uno, por supuesto. El Sapo regresó a casa a pie, y contó sus frustrantes experiencias a la Rata de Agua una vez más.

—Bueno, ¿Qué te dije? —contestó la Rata muy enfadada—. ¡Y ahora, ves lo que has hecho! ¡perdí mi bote que tanto me gustaba, eso es lo que has hecho! ¡Y has echado a perder el traje tan bonito que te presté! Desde luego, Sapo, ¡no me explico cómo sigues teniendo amigos!

El Sapo se dio cuenta de lo equivocado que había actuado. Reconoció sus errores y su equivocación, y pidió perdón a la Rata por haber perdido su bote y estropeado su ropa. Y acabó diciendo con aquella sincera sumisión que siempre desarmaba a sus amigos y conseguía su perdón:

—Ratita, reconozco que he sido testarudo y obstinado. Pero, créeme, de ahora en adelante seré modesto y sumiso, y no haré nada sin tu buen consejo y aprobación.

—Si es verdad —contestó la Rata, que tenía buen corazón y que ya se había calmado—, entonces te aconsejo que, como ya es muy tarde, te sientes a la mesa, que la cena estará lista en unos minutos. Y ten paciencia, porque estoy convencida de que no podemos hacer nada hasta que no hayamos hablado con el Topo y el Tejón, y conozcamos las últimas noticias, y escuchemos su consejo en esta situación tan difícil.

—¡Oh! Sí, por supuesto, el Topo y el Tejón —dijo el Sapo a la ligera—. ¿Qué fue de ellos? ¡Me había olvidado!

—¡Menos mal que preguntas! —contestó la Rata con reproche—. Mientras tú te paseabas por el país en carrozas carísimos, y galopando en purasangres, y desayunando lo mejor mundo, los dos pobres y fieles animales han estado durmiendo muy mal en la noche, para poder vigilar tu casa, y no perder de vista a los Armiños y Comadrejas, y poder planear la mejor manera de devolverte tu propiedad. No te mereces unos amigos tan leales y verdaderos, Sapo, de verdad te lo digo. ¡Algún día, cuando sea demasiado tarde, te arrepentirás de no haberlos valorado!

—Soy un Sapo desagradecido, lo sé —sollozó, derramando lágrimas amargas—. Déjame salir y encontrarlos, en la noche fría y oscura, y compartir sus dificultades ¡Espera un poco! ¡Oigo el tintineo de unos platos en una bandeja! ¡Hurra, la cena está lista! ¡Vamos, Ratita!

La Rata se acordó de que el pobre Sapo había estado en prisión durante un tiempo considerable, y de que había que ser indulgente con él.

Le siguió pues hasta la mesa, y le animó a que comiera para compensar las privaciones pasadas.

Acabaron de cenar y se sentaron en los sillones, y en ese momento se oyó una fuerte llamada a la puerta.

El Sapo estaba nervioso, pero la Rata asintiendo misteriosamente hacia él, fue a abrir la puerta y entró el señor Tejón. Tenía las apariencias de alguien que no ha estado en casa desde hace algunos días, y no ha podido disfrutar de todas sus comodidades. Tenía los zapatos cubiertos de barro, y un aspecto descuidado y despeinado. Pero claro, ni siquiera en sus mejores momentos el Tejón había sido un caballero elegante. Se acercó con solemnidad al Sapo, le dio la mano, y dijo:

—¡Bienvenido a casa, Sapo! ¿Pero qué estoy diciendo? ¡Casa? Esta no es una alegre acogida. ¡Pobre Sapo! —Y dándole la espalda, se sentó a la mesa y se sirvió un buen trozo de pastel frío.

Al Sapo le preocupó esta manera de darle la bienvenida tan seria y de mal gusto. Pero la Rata le susurró:

—No importa, no te preocupes. Y no le digas nada de momento. Siempre se pone un poco pesimista cuando no ha comido nada. Dentro de media hora, será un animal muy diferente. Entonces esperaron en silencio, y al poco tiempo oyeron otro golpecito en la puerta. La Rata, con un guiño al Sapo, fue a abrir y entró el Topo, muy sucio y desaliñado, con trocitos de paja y heno en su pelaje.

—¡Hurra! ¡El Sapo ha vuelto! —gritó el Topo radiante—. ¡Qué alegría que hayas vuelto! —Y empezó a bailar a su alrededor—. ¡No nos imaginábamos que regresarías tan pronto! ¡Debes haber logrado escapar, sapo listo, ingenioso e inteligente!

La Rata, asustada, le tomó por el codo. Pero era demasiado tarde. El Sapo ya estaba hinchado.

—¿Inteligente? ¡Oh, no! —dijo—. No soy muy inteligente, según mis amigos. Sólo me he escapado de la prisión mejor guardada de Inglaterra, ¡eso es todo! ¡Y capturé un tren y me fugué en él, eso es todo! ¡Y me disfracé y recorrió la región engañando a todo el mundo, eso es todo! ¡Oh, no! ¡Soy un estúpido, eso es lo que soy! Te contaré algunas de mis aventuras, Topo, y podrás juzgar por ti mismo.

—De acuerdo —dijo el Topo mientras se acercaba a la mesa—. ¿Por qué no me lo cuentas mientras ceno algo? ¡No he comido nada desde el desayuno! ¡Y tengo mucha hambre! Y se sentó y se sirvió una buena porción de carne fría y encurtidos. El Sapo se colocó frente a la chimenea con aire muy ufano, metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un puñado de plata. —¡Mira esto! —gritó enseñándoselas—. ¡No está mal,

verdad, por un trabajo de pocos minutos? Y adivina cómo las conseguí, Topo. ¡Robando un caballo!

—Cuéntamelo todo, Sapo —dijo el Topo con gran interés.

—¡Sapo, por favor, cállate! —dijo la Rata—. Y tú no lo incites, Topo, cuando sabes cómo es. Pero cuéntanos cuál es la situación, y qué debemos hacer, ahora que el Sapo ha regresado por fin.

—La situación es pésima —contestó malhumorado el Topo—. ¡Y ojalá supiera lo que debemos hacer! El Tejón y yo hemos recorrido el lugar día y noche. Y siempre lo mismo. Centinelas por todas partes, pistolas apuntándonos, o nos arrojan piedras. Siempre hay un animal a acecho, y cuando nos ven, se ríen de nosotros. ¡Eso es lo que más me molesta!

—Es una situación difícil —dijo la Rata muy pensativa—. Pero creo que ahora veo, en lo más profundo de mi mente, lo que debería de hacer el Sapo. Lo explicaré. Yo creo que debería...

—¡No, no debería! —contestó el Topo con la boca llena—. ¡De eso nada! No entiendes. Lo que debería de hacer es...

—¡No lo haré de todos modos! —gritó el Sapo malhumorado—. ¡No voy a recibir órdenes! Estamos hablando de mi casa, y yo sé exactamente lo que tengo que hacer. Tengo que...

Entonces se pusieron a hablar los tres al mismo tiempo, y la conversación era ensordecedora, cuando una voz seca dijo:

—¿Por qué se callan los tres de una vez? —y todos se quedaron en silencio.

Era el Tejón, que, tras haber acabado su pastel, se había dado la vuelta y los miraba muy enfadado. Cuando se aseguró de que le estaban escuchando, se volvió de nuevo hacia la mesa y alcanzó el queso. Y tan grande era el respeto impuesto por las sólidas cualidades del buen animal, que nadie dijo ni una palabra hasta que el Tejón hubo acabado de cenar y se sacudió las migas de las rodillas. El Sapo se inquietó, pero la Rata lo sujetó firmemente.

Cuando el Tejón hubo acabado, se levantó y se acercó a la chimenea muy pensativo. Por fin dijo con severidad:

—¡Sapo, eres un animal malo e impertinente! ¿No te da vergüenza? ¿Qué diría tu padre, mi viejo amigo, si te viera aquí esta noche, y supiera lo que has estado haciendo? El Sapo se había echado en el sofá boca abajo, sacudido por un llanto de remordimiento.

—¡Bueno, bueno! —prosiguió el Tejón más cariñoso—. No importa. Deja de llorar. Olvidemos lo pasado, y procura empezar de nuevo. Pero el

Topo tiene razón. Los Armiños vigilan por todas partes, y son los mejores centinelas del mundo. Sería imposible intentar atacarlos. Son demasiado fuertes para nosotros.

—¡Entonces todo ha terminado! —sollozó el Sapo, llorando en los cojines del sofá —. ¡Me alistaré como soldado, y nunca más volveré a ver mi querida Mansión!

—¡Vamos, ánimate, Sapito! —dijo el Tejón—. Hay otras maneras de recuperar un lugar sin tomarlo por asalto. Aún no he acabado de hablar. Ahora les voy a contar un gran secreto.

El Sapo se enderezó y se limpió las lágrimas. Los secretos le atraían mucho, porque nunca podía guardarlos, y disfrutaba el tipo de emoción que sentía cuando contaba a otro animal cuando había prometido no hacerlo.

—Hay... un...pasadizo subterráneo —dijo el Tejón causando gran impresión— que conduce desde la orilla del río hasta el centro de la Mansión del Sapo.

—¡Oh, tonterías, Tejón! — dijo el Sapo con bastante ligereza —. Has estado escuchando lo que cuentan en las tabernas de por aquí. Conozco la Mansión como la palma de mi mano, y te aseguro que no hay ningún pasadizo.

—Mi joven amigo —dijo el Tejón algo enfadado—, tu padre, que era un animal muy respetable (mucho más respetable que otros que conozco), era un buen amigo mío, y me contó muchas cosas que no soñaría en contarte a ti. Él descubrió ese pasaje... no lo hizo él, por supuesto. El pasadizo había sido construido siglos antes de que él viniera a vivir aquí. Él lo limpió y arregló, porque pensó que algún día podría ser útil, en caso de problemas o peligro; y me lo mostró. «Que no se entere mi hijo», me dijo, «es un buen chico, pero de carácter muy ligero y volátil, y simplemente no puede morderse la lengua. Si está en un apuro, le será útil, y entonces se lo puedes decir. Pero no antes.»

Los otros animales miraron al Sapo para ver cuál sería su reacción. El Sapo se sintió un poco ofendido, pero enseguida se animó, como el buen muchacho que era.

—Bueno, bueno —les dijo—, es verdad que a veces hablo demasiado. Como soy tan popular, siempre tengo amigos a mi alrededor, y entonces charlamos, y nos contamos chistes, y de alguna manera mi lengua se mueve. Tengo el don de la conversación. Me han dicho que debería tener un salón, sea lo que sea. No importa. Adelante, Tejón ¿Cómo podemos aprovechar el túnel?

—Me he enterado de algunas cosas —continuó el Tejón—. Le pedí a la Nutria que se disfrazara de mujer de la limpieza, y que llamara a la puerta

trasera, con las escobas sobre el hombro, pidiendo trabajo. Mañana por la noche van a dar un gran banquete. Es el cumpleaños del Jefe de las Comadrejas, me parece, y todas estarán reunidas en el comedor, comiendo y bebiendo, sin sospechar nada. ¡Nada de pistolas, espadas, palos, armas de ningún tipo!

—Pero los centinelas seguirán en sus puestos —observó la Rata.

—Exactamente —dijo el Tejón—. ese es mi punto. Las comadrejas confiarán enteramente en sus excelentes centinelas. Y ahí es donde entra el pasadizo, resulta que el túnel viene a dar justo debajo de la despensa del mayordomo, que está junto al comedor.

—¡Ah! ¡La tabla que chirriaba en la despensa! —dijo el Sapo—. ¡Ahora lo entiendo!

—Saldremos con cuidado a la despensa —gritó el Topo.

—Con pistolas y espadas y palos —exclamó la Rata.

—Y nos lanzaremos sobre ellos —dijo el Tejón.

—¡Y los golpearemos, los golpearemos y los golpearemos! —gritó el Sapo extasiado, corriendo alrededor del salón y saltando por encima de las sillas.

—Muy bien, entonces—prosiguió el Tejón con mucha calma—, ya tenemos un plan, y no tenemos nada más que discutir. Así que propongo que, con lo tarde que es, váyanse todos a la cama ahora mismo. Y mañana por la mañana haremos todos los arreglos necesarios.

El Sapo, por supuesto, se fue a la cama obedientemente como el resto, aunque se sentía demasiado emocionado para poder dormir. Pero el día había sido largo, y con muchas aventuras. Y las sábanas y mantas eran muy acogedoras, después de un poco de paja en el suelo de piedra de una fría celda; y en cuanto apoyó la cabeza en la almohada empezó a roncar. Naturalmente, soñaba mucho; sobre caminos que se le escaparon justo cuando él los necesitaba, y canales que le perseguían y lo atrapaban, y una barcaza que llegaba flotando hasta el salón cargada con toda su ropa sucia, en medio de un banquete; y que estaba solo en el pasadizo secreto, y que el túnel se daba la vuelta, se sacudía y llegaba al final. Y, por último, que regresaba a la Mansión del Sapo, sano y salvo, con todos sus amigos a su alrededor, asegurándole que realmente era un Sapo inteligente.

Durmió hasta tarde a la mañana siguiente, y cuando bajó descubrió que los otros animales habían terminado de desayunar hacía algún tiempo. El Topo se había marchado solo, sin decir a dónde iba. El Tejón estaba sentado en el sillón, leyendo el periódico, y sin preocuparse en lo más mínimo de lo que iba a suceder aquella misma noche. La Rata, en cambio,

corría alrededor de la habitación afanosamente, con los brazos llenos de armas de todo tipo, distribuyéndolas en cuatro montoncitos en el suelo, y susurrando muy emocionada: «¡Aquí hay una espada para la rata, aquí hay una espada para el topo, aquí hay una espada para el sapo, aquí hay una espada para el tejón! ¡Aquí hay una pistola para la rata, aquí hay una pistola para el topo, aquí hay una pistola para el sapo, aquí hay una pistola para el tejón!», Y así sucesivamente, de forma rítmica, mientras los cuatro montoncitos crecían y crecían poco a poco.

—Todo eso está muy bien, Ratita —dijo el Tejón mirando al atareado animalito por encima del periódico—. No es una crítica, pero en cuanto hayamos dejado atrás a los Armiños con sus horribles pistolas, ya verás cómo no necesitamos ni pistolas ni espadas. En cuanto nosotros cuatro, armados con nuestros palos, estemos dentro del salón de banquetes, ya verás cómo en cinco minutos no queda ni una sola Comadreja. Podría haberlo hecho yo solo, pero no quería privarlos de la diversión.

—Prefiero estar segura —dijo la Rata muy pensativa, mientras frotaba el cañón de una escopeta para sacarle brillo. Cuando terminó de desayunar, el Sapo agarró un palo enorme, lo blandió vigorosamente y empezó a golpear a unos animales imaginarios.

—¡Ya les aprenderé yo a robarme la casa! —gritó—. ¡Ya les aprenderé, ya les aprenderé!

—No digas «aprenderé», Sapo —dijo la Rata muy sorprendida—. No sabes ni hablar.

—Siempre te estás metiendo con el Sapo —protestó el Tejón malhumorado—. ¿Por qué no sabe ni hablar? Yo también digo lo mismo y no pasa nada.

—Lo siento —dijo la Rata humildemente—. Sólo que me parecía que debe ser «enseñaré» en lugar de «aprenderé».

—Pero es que nosotros no queremos enseñarle nada —replicó el Tejón—. Queremos que aprendan..., ¡que aprendan, que aprendan! Y eso es lo que haremos.

—Bueno, bueno, lo que quieras —dijo la Rata. Quien en ese momento estaba bastante confundida y se metió en un rincón y al poco se la oyó murmurar: «les aprenderé, les enseñaré, les aprenderé, les enseñaré», hasta que el Tejón le dijo bruscamente que se detuviera.

Poco después, el Topo entró dando tumbos en la habitación, evidentemente muy satisfecho de sí mismo. —¡Me he estado divirtiendo tanto! —, comenzó de inmediato; —¡He estado sacando de quicio a los armiños!

—Espero que hayas tenido mucho cuidado, Topo —dijo preocupada la Rata.

—¡Por supuesto! —contestó el Topo muy confiado—. Se me ocurrió una idea esta mañana cuando fui a la cocina para comprobar que el desayuno del Sapo estaba caliente. Encontré el vestido de lavandera que traía puesto ayer el Sapo colgado delante de la chimenea. Así que me lo puse, y el sombrero también, y el chal, y me marché a la Mansión del Sapo, tan tranquilo. Por supuesto, los centinelas estaban vigilando con sus pistolas, y cuando me dijeron: «¿Quién viene ahí?», les contesté con mucho respeto: «¡Buenos días, caballeros! ¿Necesitan que les lave algo de ropa?». Me miraron muy vanidosos y altaneros, y me contestaron: «¡Márchate, lavandera! No lavamos nada cuando estamos de servicio». «¡O en cualquier otro momento!», les contesté. ¡Jo, jo, jo! ¡Qué gracioso estuve!, ¿verdad Sapo?

—¡Pobre animal tonto! —contestó el Sapo con arrogancia. Pero el caso es que tenía envidia de lo que el Topo acababa de hacer. Era justo lo que le hubiera gustado hacer a él, si se le hubiera ocurrido a tiempo, y se hubiera levantado más temprano.

—Algunos Armiños se pusieron muy colorados —continuó el Topo—, y el sargento me dijo: «Mire, buena mujer, márchese de una vez, y no distraiga a mis hombres mientras están de servicio». Y yo le contesté: «¿Marcharme, yo? ¡No seré yo la que me marche, sino otros, y muy pronto!».

—¡Topito! ¿Qué has hecho? —contestó la Rata con espanto.

El Tejón dejó el periódico encima de la mesa.

—Los Armiños se miraron los unos a los otros —continuó el Topo— y el sargento dijo: «presten atención, no sabe lo que dice». «¿De verdad?», les contesté, «Bueno, déjame decirte esto. Mi hija trabaja para el Señor Tejón, y eso les enseñará de lo que estoy hablando ¡Y lo sabrán muy pronto! Un centenar de tejones sanguinarios armados con rifles van a atacar la Mansión del Sapo esta misma noche desde el parque. Y seis barcas llenas de ratas con pistolas subirán por el río y desembarcarán en el jardín. mientras que un cuerpo escogido de sapos, conocidos como los Intransigentes, o los Sapos de la gloria o la muerte atacarán el huerto con gritos de venganza. ¡Y ya no les quedará mucho para lavar para cuando hayan acabado, a menos que huyan mientras están tienen oportunidad!». Entonces me marché corriendo, y cuando me perdieron de vista me escondí, y regresé a la Mansión arrastrándome por la zanja, y los estuve observando a través del seto. Estaban todos muy nerviosos y preocupados, y corrían de acá para allá, tropezándose los unos con los otros, y dándose órdenes sin escuchar a los otros. El sargento no hacía más que mandar grupos de Armiños a la otra punta del terreno, y luego mandaba otro

grupito a buscarlos. Y los oí comentar: «Así son las Comadrejas; ellas se meten en el salón de banquetes a comer, brindar, cantar y todo tipo de diversión; mientras nosotros tenemos que quedarnos vigilando con el frío y la oscuridad de la noche, ¡y al final los tejones sanguinarios nos harán pedazos!».

—¡Qué tonto eres, Topo! —gritó el Sapo—. ¡Ya lo estropeaste todo!

—Topito —dijo el Tejón con voz tranquila—, me doy cuenta de que tienes más sentido común en tu dedo meñique que otros animales en sus enormes cuerpos. Lo has hecho muy bien, y llegarás lejos. ¡Buen topo! ¡El topo inteligente!

El Sapo estaba loco de celos, sobre todo porque no entendía por qué lo que había hecho el Topo estaba tan bien hecho; pero afortunadamente, y antes de que pudiera enfadarse y exponerse al sarcasmo del Tejón, sonó la campana de la comida.

Era una comida sencilla pero abundante, jamón con habas, y macarrones en dulce. Y cuando terminaron, el Tejón se sentó en un sillón y dijo:

—Está todo listo para esta noche, y seguramente no acabaremos hasta muy tarde. Así que, mientras tanto, me voy a echar una siestecita. Y sacó un pañuelo del bolsillo, se lo puso delante de los ojos y muy pronto estaba roncando.

La Rata, ansiosa y laboriosa, reanudó de inmediato sus preparativos y echó a correr de un montoncito a otro susurrando: «Aquí hay un cinturón para la Rata, aquí hay un cinturón para el Topo, aquí hay un cinturón para el Sapo, aquí hay un cinturón para el Tejón», y volvía a empezar con cada pieza que encontraba, y parecía que no iba a acabar nunca. Así que el Topo agarró al Sapo por el brazo, lo llevó fuera, y le hizo sentarse en un sillón y contarle todas sus aventuras de principio a fin, lo cual el Sapo estaba muy dispuesto a hacer. El Topo era un buen oyente, y el Sapo, aprovechando que nadie podía comprobar la veracidad de sus declaraciones o criticar sus opiniones, se dejó llevar por su imaginación. Y la verdad era que mucho de lo que contaba pertenecía a la categoría de todo lo que podría haber sucedido si solo hubiera pensado en ello a tiempo en lugar de diez minutos después. Pero todas aquellas eran, como siempre, las mejores y más divertidas aventuras. ¿Y por qué no podían ser también verdad, como todas las otras cosas algo inadecuadas que son las que realmente suceden?

XII

EL RETORNO DE ULISES

Cuando empezó a oscurecer, la Rata los llamó con un aire de misterio y emoción, los colocó junto a sus respectivos montoncitos y empezó a vestirlos para su próxima expedición. Lo hacía con mucho cuidado y seriedad, y tardó bastante tiempo. Primero amarro un cinturón alrededor de cada animal, y luego metió una espada en cada cinturón, y un machete al otro lado para equilibrarlo. Luego un par de pistolas, una porra de policía, varios pares de esposas, vendas y esparadrapo, un termo y un frasco de sandwichera. El Tejón se rio con ganas y dijo:

—¡Bueno, Ratita! A ti te divierte, y a mí no me importa. Pero yo sólo voy a necesitar este palo.

Pero la Rata contestó:

—¡Por favor, Tejón! ¡No me gustaría que me echaras la culpa por haberme olvidado de algo!

Cuando todo estaba listo, el Tejón agarró una linterna en una mano y en la otra su garrote y dijo:

—¡Y ahora, sígueme! Primero el Topo, porque estoy orgulloso de él. Luego la Rata, y el último el Sapo. ¡Y escúchame bien, Sapito! ¡No empieces a gruñir, porque si no te aseguro que te quedas en casa!

El Sapo tenía tanto miedo de que lo fueran a dejar atrás, que aceptó sin protestar su situación de desventaja, y los animalitos se fueron de camino. El Tejón los guio por la orilla del río un buen rato, y de repente se metió por un agujero que había por encima del nivel del agua. El Topo y la Rata lo siguieron en silencio, y se metieron en el agujero sin problemas, como había hecho el Tejón. Pero, cuando le tocó al Sapo, por supuesto consiguió resbalar y caerse al agua con una gran ¡plap! y un grito de alarma. Sus amigos lo rescataron, lo limpiaron y secaron, y lo pusieron de nuevo de pie. Pero el Tejón estaba muy enfadado, y le advirtió que la próxima vez que hiciera el ridículo lo dejarían atrás.

¡Así que por fin habían llegado al túnel secreto, y la emocionante aventura había empezado!

El túnel era húmedo, estrecho y frío, y el pobre Sapo empezó a temblar, en parte por el miedo de lo que podían encontrar más adelante, y en parte porque tenía mucho frío. La linterna se perdía en la distancia, y él se estaba quedando atrás en la oscuridad. Entonces escuchó que la Rata le gritaba: «¡Ven, Sapo!», y le entró el pánico de quedarse atrás, en la oscuridad, y «fue» con tanta prisa que empujó a la Rata contra el Topo, y al Topo contra el Tejón, y por un momento hubo una gran confusión. El Tejón

creyó que los atacaban por detrás y, como no había sitio para levantar el palo, sacó una pistola y estuvo a punto de disparar contra el Sapo. Cuando se dio cuenta de lo que había sucedido, se enfadó muchísimo y dijo:

—¡Esta vez el estúpido Sapo se queda atrás!

El Sapo empezó a llorar, y los otros dos prometieron hacerse cargo de su buena conducta, y al final el Tejón se calmó, y siguieron avanzando; pero esta vez la Rata iba de último, y llevaba al Sapo agarrado por los hombros.

Así que siguieron caminando a tientas, con las orejas arriba y empuñando las pistolas, hasta que por fin el Tejón dijo:

—Ya debemos estar debajo de la Mansión.

De repente pudieron oír a lo lejos por encima de sus cabezas un murmullo confuso, como si mucha gente estuviera gritando y riéndose, y dando patadas en el suelo y golpes en las mesas. El terror volvió a dominar al Sapo, pero el Tejón comentó tranquilamente:

—¡Lo están haciendo las Comadrejas!

El túnel empezó a subir un poco; siguieron avanzando, y luego volvieron a escuchar aquel ruido, esta vez muy cerca de ellos. Oyeron «¡Hu-rra hu-rra hu-rra!» y luego patadas en el suelo y el sonido de unas copas y golpes en las mesas.

—¡Qué bien se lo están pasando! —dijo el Tejón. — ¡Vamos! Apresuraron el paso por el túnel y se detuvieron de repente, justo debajo de la trampilla que daba a la despensa.

Había tanto ruido en el salón del banquete, que no corrían peligro de que los escucharan. El Tejón dijo:

—¡Vamos, chicos, todos juntos!

Y los cuatro levantaron con los hombros la puerta de la trampilla. Luego se deslizaron por ella y se encontraron en medio de la despensa, y sólo una puerta los separaba del salón del banquete, donde sus enemigos estaban tomando. Cuando salieron del túnel, el ruido era verdaderamente ensordecedor. Por fin las risas y los golpes se hicieron más tenues, y se oyó una voz que decía:

—No quiero tomar mucho de su tiempo... (muchos aplausos) ... pero antes de volver a mi sitio... (más aplausos) ... me gustaría decir algunas palabras sobre nuestro amable anfitrión, el señor Sapo. Todos conocemos al Sapo... (muchas risas) ... ¡el bueno, modesto y honrado Sapo!... (más risas histéricas) ...

—¡Espera a que lo agarre! —murmuró el Sapo, con un rechinar de dientes.

—¡Aguántate un minuto! —dijo el Tejón, reteniéndolo con gran dificultad

. — ¿Están todos preparados?

—Déjame cantar una canción —continuó la voz— que he compuesto sobre el Sapo... (muchos aplausos) ... Entonces el Jefe de las Comadrejas (ya que era él) empezó a cantar con voz aguda:

El sapo se fue de la fiesta
muy contento calle abajo...

El Tejón se acercó a la puerta, tomó con fuerza el enorme palo, miró a sus compañeros y gritó:

—¡Ha llegado la hora! ¡Síganme! Y abrió la puerta de golpe.

¡Dios mío! ¡Cuántos gritos y quejidos llenaron el aire! Las Comadrejas horrorizadas se escondían debajo de las mesas y desaparecían por las ventanas. Los Hurones intentaron escaparse por la chimenea y se quedaron atascados. Las mesas y las sillas se cayeron, se rompieron los platos en el momento de pánico, cuando los cuatro Héroes irrumpieron con violencia en el salón. El gran Tejón, con los bigotes rulos, sacudía su enorme palo. El negro Topo, moviendo la porra, cantando su grito de guerra: «¡Un Topo! ¡Un Topo!». La Rata, muy decidida, llevaba colgadas de su cinturón armas de todos los tipos; el Sapo, desesperado y herido, hinchado hasta el doble de su tamaño, daba brincos por el aire y se quejaba a todo pulmón.

—¡Con que el Sapo se fue de fiesta! —gritó. — ¡Ya les enseñaré lo que es bueno!

Y se fue derecho hasta el Jefe de las Comadrejas, que no eran más que cuatro, pero a las Comadrejas aterradas les pareció que el salón estaba lleno de animales monstruosos, grises, negros, marrones y amarillos que se gritaban y tenían enormes garrotes. Intentaron escaparse con gritos de terror y pánico, corriendo por todas partes, saltando por las ventanas o trepando por la chimenea, por cualquier lugar, con tal de ponerse a salvo de aquellos horribles golpes.

El problema se acabó muy pronto. Los cuatro Amigos recorrieron al salón, dando golpes a todas las cabezas que se atrevían a asomarse. Y en cinco minutos el salón quedó desierto. A través de las ventanas rotas podían percibir las agudas quejas de las Comadrejas asustadas, que atravesaban los jardines. Una docena de enemigos yacían en el suelo, y el

Topo estaba ocupado poniéndoles las esposas. El Tejón se apoyó en su estaca para descansar y se fue al frente.

—Topo —le dijo, — ¡eres un muchacho excelente! ¿Por qué no sales y echas un vistazo a tus queridos Armiños centinelas, a ver qué están haciendo? Me da la impresión de que, gracias a ti, no nos darán demasiados problemas. El Topo desapareció por la ventana, y el Tejón pidió a los otros dos que levantaran una mesa, unos platos y cubiertos entre el desastre, y que encontraran algunas cosas para cenar.

—¡Yo tengo hambre! —dijo en aquel tono un tanto brusco, tan típico de él. —¡Ven, Sapo! ¡Te devolvimos la casa, y tú no nos ofreces ni un bocadillo!

El Sapo se sintió ofendido de que el Tejón no le dijera cosas agradables como había hecho con el Topo, por ejemplo, que era un chico excelente y que había luchado muy bien. Estaba muy orgulloso del modo en que había controlado al Jefe de las Comadrejas y lo había hecho salir volando por encima de la mesa de un golpe. Pero la Rata y él se pusieron a buscar, y muy pronto encontraron una fuente de gelatina de guayaba, un pollo en fiambre, una lengua casi sin empezar, un pastel de frutas, y una buena cantidad de ensalada de langosta. Y en la despensa encontraron una cesta llena de panes y una buena cantidad de queso, mantequilla y apio. No habían hecho más que sentarse a la mesa cuando entró el Topo por una ventana, con los brazos cargados de escopetas.

—¡Se acabó! —les dijo. — En cuanto los Armiños, que ya estaban muy nerviosos, oyeron los gritos y quejidos en el salón, muchos soltaron las escopetas y salieron corriendo. Los otros aguantaron un poco más en sus puestos, pero, cuando las Comadrejas se los echaron encima, ellos se sintieron traicionados y atacaron a las Comadrejas, y ellas lucharon para escaparse, y se estuvieron peleando unos con otros, ¡y muchos de ellos

rodaron hasta el río! Ahora todos se han ido, y me he quedado con sus escopetas. ¡Así que todo está resuelto!

—¡Qué animal más bueno y valiente! —dijo el Tejón con la boca llena de pollo y pastel de frutas. — Sólo quiero que hagas una cosa más, Topito, antes de sentarte a cenar con nosotros. No te lo pediría a ti si no fuera porque confío en ti, y me gustaría poder decir lo mismo de todos los que conozco. Se lo hubiera pedido a la Rata, si no fuera un poeta. Quiero que lleves a todos los que están en el suelo al piso de arriba, y les arregles algunas habitaciones cómodas. Asegúrate de que barran también debajo de las camas y que pongan sábanas limpias, que dobrén una esquina de las mantas, como tú ya sabes que se debe hacer. Y que pongan una jarra de agua caliente, toallas limpias y jabón en cada habitación. Y después, si te apetece, les puedes dar una paliza y echarlos por la puerta trasera, y estoy

seguro de que no los volveremos a ver. luego ven a cenar un poco de esta lengua en fiambre. ¡Es de primera clase! ¡Estoy orgulloso de ti, Topo!

El bondadoso del Topo recogió un palo, formó a sus prisioneros en fila, les dio la orden de marcha y llevó al escuadrón al piso de arriba. Al cabo de un rato volvió a aparecer, sonriente, y dijo que todas las habitaciones estaban listas y arregladas.

—Y no necesité darles una paliza —añadió. — Me pareció que ya habían recibido bastantes palizas esta noche, y ellas estaban de acuerdo cuando les expliqué mi opinión, y me prometieron ser obedientes. Estaban muy arrepentidos, y dijeron que sentían muchísimo todo lo que habían hecho, pero que todo era culpa del Jefe de las Comadrejas y de los Armiños, y que si alguna vez podían hacernos un favor para compensar lo que habían hecho, que no dudáramos en pedírselo. Así que les di un panecillo a cada una, y las dejé marcharse por la puerta trasera. ¡Y se fueron corriendo a toda velocidad!

Entonces el Topo acercó la silla a la mesa, y atacó con ganas la lengua en fiambre. Y el Sapo, que era todo un caballero, se olvidó de todos sus celos y dijo de todo corazón:

—¡Muchísimas gracias, querido Topo, por todo lo que hiciste esta noche, y sobre todo por tu valentía esta mañana! Al Tejón le agradó aquello, y dijo:

—¡Así se habla, querido Sapo!

Terminaron de cenar muy contentos y luego se retiraron a descansar entre sábanas limpias, sanos y salvos, en la antigua Mansión del Sapo, que habían recuperado gracias a su incomparable valor, estrategia y óptimo uso de las estacas.

A la mañana siguiente, el Sapo, que como de costumbre no se despertó hasta muy tarde, bajó a desayunar y encontró en la mesa una buena cantidad de cáscaras de huevo y unas tostadas frías y duras, la cafetera vacía; lo cual no le agradó, pues al fin y al cabo era su casa. A través de los ventanales del salón- se podía ver en el comedor al Topo y a la Rata sentados en unos sillones de mimbre en el jardín, contándose historias y riéndose a carcajadas. El Tejón, que estaba sentado en un sofá, concentrado en el periódico de la mañana, levantó la vista e hizo una señal con la cabeza cuando entró el Sapo. Pero el Sapo conocía bien a su amigo, así que se sentó y disfrutó como pudo del desayuno, y pensó que tarde o temprano estaría bien con los demás.

Cuando casi había acabado, el Tejón levantó la vista y dijo:

—Lo siento, Sapo, pero me temo que vas a tener mucho trabajo esta mañana. Verás, creo que tendríamos que organizar un banquete

enseguida, para celebrar esta victoria. Todos lo están esperando... y, de hecho, es la regla.

—¡Bueno! —dijo el Sapo sin dudarlo. — Haría cualquier cosa por contentar a la gente. Aunque no entiendo por qué quieres dar un banquete por la mañana. Pero ya sabes que yo no vivo para mí mismo, sino para mis amigos, y luego hacerlo, mi querido Tejón.

—No te hagas el estúpido —contestó el Tejón enfadado, — y no te rías ni balbucees mientras estás bebiendo el café. Es de mala educación. Lo que quiero decir es que el banquete se dará esta noche, pero hay que escribir y enviar las invitaciones inmediatamente, y tú tienes que escribirlas. Así que siéntate en aquella mesa. Encontrarás encima un montón de papel de escribir con «Mansión del Sapo» grabado en letras doradas y azules. Escribe a todos nuestros amigos y, si no pierdes el tiempo, podemos enviarlas antes de comer. Y yo te echaré una mano y haré mi parte de trabajo. Yo organizaré el banquete.

—¡Qué! —gritó el Sapo consternado. — Yo me tengo que quedar en casa y escribir todas esas cartas en una bonita mañana como ésta, cuando quiero salir a pasear por mi propiedad, organizarlo todo de nuevo, y divertirme un poco.

¡De eso nada! Yo me encargo... ¡Por supuesto, mi querido Tejón! ¿Qué significa mi placer comparado con el de los demás? ¡Si tú lo deseas así, así será! De acuerdo, Tejón, encárgate del banquete, y pide lo que quieras. Y luego, únete a nuestros jóvenes amigos ahí fuera y diviértete con ellos, sin pensar en mí ni en mis deberes y preocupaciones. ¡Sacrifico esta hermosa mañana por el deber y de la amistad!

El Tejón lo miró con desconfianza, pero la actitud sincera y abierta del Sapo no le permitía sospechar ningún motivo deshonesto en su repentino cambio de opinión. El Tejón salió del salón y se dirigió a la cocina, y en cuanto la puerta se cerró a sus espaldas el Sapo se sentó en el escritorio. Se le había ocurrido una idea brillante mientras hablaba. Él escribiría las invitaciones. Y de paso mencionaría el importante papel que había tenido en el ataque, y cómo había derrotado al jefe de las Comadrejas. Y alardear algunas de sus aventuras, a la triunfal carrera que tenía por delante. En la invitación sugeriría un tipo de programa para la tarde, que había planeado en su mente del modo siguiente:

DISCURSO DEL SAPO (Habrá otros discursos del Sapo durante la tarde).

PRESENTACIÓN DEL SAPO, SINOPSIS:

- Nuestro sistema penitenciario.
- Los canales de la vieja Inglaterra.

- El mercado de caballos y de cómo venderlos.
- La propiedad sus derechos y deberes.
- De vuelta a casa.
- Un típico caballero inglés.

CANCIÓN DEL SAPO (Compuesta por él mismo).

OTRAS COMPOSICIONES DEL... SAPO

serán interpretadas en la fiesta por el... COMPOSITOR

Estaba muy orgulloso de aquella idea, y trabajó duro, y acabó todas las cartas a mediodía, entonces le informaron de que había una pequeña Comadreja que preguntaba tímidamente si podía hacer algo por los señores.

El Sapo salió del salón y se encontró con uno de los prisioneros de la tarde Del día anterior, muy respetuoso y deseoso de complacerle. El Sapo le dio unas palmaditas en la cabeza, le puso el paquete de invitaciones entre sus patas y le pidió que las repartiera lo más rápido posible y le dijo que, si tenía ganas de volver por la tarde, quizás podría haber un chelín para él, aunque quizá no lo hubiera. Y la pobre Comadreja, que parecía muy agradecida, salió de prisa a cumplir su misión.

Cuando los otros animales volvieron a comer, muy alegres y animados tras una mañana en el río, el Topo, que no tenía la conciencia tranquila, miró con desconfianza al Sapo, esperando encontrarlo de mal humor o deprimido. Sin embargo, estaba tan animado y orgulloso que el Topo empezó a sospechar algo. Y la Rata y el Tejón se miraron.

En cuanto acabaron de comer, el Sapo se metió las manos en los bolsillos y comentó sin darle la mayor importancia:

—¡Bueno, muchachos, divírtanse! ¡y coman todo lo que quieran!

Y se dirigió orgzosamente al jardín, donde quería desarrollar algunas ideas para sus discursos, cuando la Rata lo agarró por el brazo.

El Sapo sospechaba lo que ella quería, e intentó escaparse. Pero cuando el Tejón lo agarró con fuerza por el otro brazo, el Sapo se dio cuenta de que el juego se había acabado. Los dos animales se lo llevaron hasta el salón, cerraron la puerta tras ellos, y lo sentaron en una silla. Luego los dos se colocaron delante, mientras el Sapo los miraba en silencio, con desconfianza de mal humor.

—Escucha, Sapo —dijo la Rata. — Con respecto al banquete, siento mucho tenerte que hablar así. Pero queremos que comprendas de una vez que no habrá ni discursos ni canciones.

Procura comprender que esta vez no estamos discutiendo contigo; te lo estamos advirtiendo.

El Sapo se dio cuenta de que no tenía escapatoria. Ellos le conocían, habían adivinado sus intenciones, y lo habían descubierto. Su dulce sueño se había esfumado.

—¿No puedo cantar ni siquiera una canción? —les rogó.

—No, ni una sola —contestó la Rata con firmeza, aunque se le partió el

corazón al ver temblar los labios del pobre Sapo. — No insistas, Sapito. Bien sabes que tus canciones son vanidas y egocéntricas, y tus discursos son alabanzas propias, demasiado exagerados... y... y...

—Y estupideces —añadió el Tejón, con tono algo brusco.

—Lo hacemos por tu bien, Sapito —continuó la Rata. — Ya sabes que Tarde o temprano tendrás que empezar de nuevo, y éste parece el momento perfecto. Será un punto decisivo en tu carrera. Por favor, créeme que esto me duele más a mí que a ti. El Sapo se quedó pensativo un buen momento. Por fin levanto la mirada, y su rostro mostraba huellas de una fuerte emoción.

—Han ganado, amigos —dijo con la voz quebrada. — Era muy poco lo que les pedía, sólo el poder florecer una última vez, dejarme celebrar por todo y escuchar los aplausos que, a mi parecer, me hace estar en mi mejor momento. Sin embargo, tienen razón, ya lo sé, yo me equivoco. De ahora en adelante seré un Sapo diferente. Amigos míos, nunca más tendrán que sentirse avergonzados de mí. Pero, Dios mío, ¡qué dura es la vida! Y con un pañuelo en los ojos salió de la habitación arrastrando los pies.

—Tejón —dijo la Rata, — me siento mal. ¿Y tú?

—¡Oh! Ya lo sé, ya lo sé —dijo tristemente el Tejón. — Pero teníamos que hacerlo. Este muchacho tiene que vivir aquí, y tiene que ganarse el respeto de los demás. ¿Te gustaría que fuera el hazmerreír de la gente, y que las Comadrejas y los Armiños se burlaran de él?

—Claro que no —contestó la Rata. — Y hablando de Comadrejas, menos mal que nos encontramos a aquella Comadreja que llevaba las invitaciones del Sapo. Me sospechaba algo, y eché un vistazo a un par de ellas. Eran una vergüenza. Las confisqué todas, y el buen Topo está sentado en la mesa, escribiendo unas sencillas invitaciones.

Por fin se acercaba la hora del banquete, y el Sapo, que se había retirado a su dormitorio, estaba sentado muy pensativo y triste. Con la cabeza apoyada en la mano estuvo meditando un buen rato. Poco a poco se fue animando, y empezó a sonreír. Luego se empezó a reír de una

manera tímida. Por fin se levantó, cerró la puerta con llave, cerro las cortinas, puso todas las sillas de su habitación en semicírculo y se colocó ante ellas hinchado de orgullo. Luego hizo una reverencia, tosió un poquito y, dejándose llevar, se puso a cantar a ante los cautivados espectadores que su mente

había imaginado:

ÚLTIMA CANCION DEL SAPO

¡El señor Sapo volvió!

Hubo pánico en los salones, y gritos en los pasillos

estaba en el establo y en el pesebre lamentos,

¡cuando el Sapo regresó!

¡Cuando el Sapo regresó!

Se rompieron las ventanas y las puertas,

caían las comadrejas huyendo ya medio muertas,

¡cuando el Sapo regresó!

¡sonó el redobló de los tambores!

Los soldados saludaron, resonaron los trombones,

todos los automóviles sonaron, dispararon los cañones,

¡cuando el Héroe regresó!

¡Gritaron hurras en respuesta!

Que griten todos muy fuerte, que armen gran algarabía

a mayor honra del Sapo, nuestro orgullo y alegría,

puesto que hoy es su gran fiesta!

Esto lo canto muy fuerte, con gran entusiasmo y cuando había terminado, lo canto todo de nuevo. Luego suspiró; fue un suspiro muy hondo. posteriormente mojó el peine en el agua de la jarra, se hizo la raya en medio y se peinó con mucho cuidado, por fin abrió la puerta y bajó a saludar a sus invitados, que se estaban reuniendo en el salón.

Los animales lo saludaron cuando apareció, y se le acercaron felicitarlo y a alabar su valor, su inteligencia, y sus cualidades de luchador. Pero el Sapo sonrió tímidamente y murmuró: «¡Nada de eso!» o «¡Al contrario!». La Nutria, que estaba delante de la chimenea describiendo a un grupo de amigos lo que ella hubiera hecho si hubiera estado ahí, se acercó al Sapo con un grito de alegría, lo abrazó e intentó que diera una

vuelta alrededor del salón en una marcha triunfal. Pero el Sapo, muy educado, no hacía más que decir: «El Tejón fue el genio; el Topo y la Rata fueron los luchadores. Yo casi no hice nada». Los invitados se quedaron asombrados ante tan extraña actitud. Y el Sapo seguía, mientras iba de invitado en invitado, contestando con mucha modestia, que todos estaban muy interesados en él.

El Tejón había encargado lo mejor de todo, y el banquete fue un gran éxito. Los animales estuvieron hablando y riéndose, pero, durante toda la cena, el Sapo, que era el anfitrión, se limitó a contestar con humildad a los animales que tenía a su lado. De vez en cuando miraba al Tejón y a la Rata, y ellos se miraban boquiabiertos. Y esto le produjo una gran satisfacción. Algunos de los animalitos más jóvenes y animados empezaron a comentar, mientras avanzaba la tarde, que las cosas no eran tan divertidas como en los buenos y viejos tiempos. Y algunos gritaron:

«¡Sapo! ¡Da un discurso! ¡Un discurso del Sapo! ¡Una canción! ¡La canción del señor Sapo!». Pero el Sapo sólo movió la cabeza, levantó una mano para protestar, y, hablando humildemente con sus invitados, preguntando por los miembros de la familia que eran aún demasiado jóvenes para asistir, consiguió hacerles comprender que la cena era estrictamente convencional. ¡Desde luego, era un Sapo muy distinto!

Después de este punto culminante, los cuatro animalitos siguieron viviendo sus vidas, que la guerra civil había alterado con gran alegría, y sin más problemas ni invasiones. El Sapo, tras haber consultado con sus amigos, eligió una preciosa cadena de oro con un broche de perlas, que envió a la hija del carcelero, con una carta que incluso el Tejón juzgó modesta, agradecida y amistosa; y el maquinista, por su parte, recibió una recompensa por su ayuda. El Tejón también obligó a enviar a la mujer del bote el dinero por su caballo. Aunque el Sapo protestó mucho y dijo que él era un instrumento del Destino enviado para castigar a mujeres gordas que no sabían reconocer a un verdadero caballero. La cantidad de dinero no fue excesiva, pues resultó que el gitano había ofrecido una suma correcta.

De vez en cuando, en las tardes de verano, los cuatro amigos salían a pasear por el Bosque Salvaje, ahora bastante entrenados. Daba gusto ver con cuánto respeto los recibían los habitantes, y cómo las madres Comadrejas sacaban a sus hijitos por las bocas de las madrigueras y les decían, señalando a los cuatro amigos:

—¡Mira, chiquito, por allí va el señor Sapo! ¡Y aquélle es la elegante señora Rata, que camina junto a él! ¡Y detrás va el señor Topo, del que tanto han escuchado hablar a su padre! Pero cuando los niños eran malos y no había modo de controlarlos, los hacían callar diciendo que, si no se calmaban, el horrible Tejón gris vendría y se los llevaría. Esta era una

injusta difamación, ya que, al Tejón, al que le importaba poco la Sociedad, le gustaban mucho los niños. Pero desde luego la amenaza daba resultado.

Fin.